

SOLE, SOLEDAD

LUISA J. C



Círculo Rojo
de Torrelaguna



Círculo Rojo

Sole, Soledad

Luisa J. C



Primera edición: septiembre 2019 Depósito legal
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Luisa J. C

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: depositphotos

Editorial Círculo Rojo www.editorialcirculo rojo.com info@editorialcirculo rojo.com Impreso en

España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

*A mis tres ángeles,
Iñaky mi hijo, a papá y a mamá.
A Javi por su apoyo.
A mi ECO Antonio.*

1

Voy a presentarme.

Me llamo Sole, tengo 39 años, trabajo en una oficina, donde soy administrativa desde hace doce años. Mido uno setenta y no me quejo de la figura que tengo. Soy rubia oscura, y mis ojos son azules. Mis amigas se llaman Jimena, Carla, Sofía e Iratxe. Nos conocemos desde que íbamos al colegio; nos hemos apoyado siempre, en las buenas y en las malas, y así seguiremos.

Está decidido. Me levanto, abro el WhatsApp y mando uno al grupo que tenemos.

«Buenos días. Chicas, ¿quedamos a las seis en el Akelarre? Tengo que hablar con vosotras».

«Por mí, bien», dice Jimena.

«Ok, Sole», dicen las demás.

Me encantan mis chicas, somos una piña. Somos cinco chicas, dos tienen marido, pero seguimos teniendo las mismas quedadas. El Akelarre es nuestro sitio de referencia. Llevamos años yendo allí y nos gusta a todas. Tengo que hablar con ellas; tengo que contarles mis dudas y la decisión que voy a tomar.

Conocí a Javi en la boda de Jimena y Arturo; de eso hace ya más de un año. Empezamos con un tonteo, y ahora es «cuando me apetece te llamo», y estoy cansada de esto.

Creo que voy a terminar con esto.

Me preparo el desayuno y pongo las noticias; me gusta verlas mientras como. Cuando he recogido la cocina, me lío con la casa. Hoy es sábado y tengo dos días por delante para ordenarlo todo y descansar.

Tengo que salir a comprar unas cosas que me hacen falta.

Cuando me dispongo a ello, llaman al teléfono. Es Javi. Pongo cara de póker y lo descuelgo.

—Hola —digo.

—Hola, Sole, ¿qué tal?

—Bien —le contesto—. ¿Y tú?

—Bien, liado, como siempre. ¿Quieres que quedemos esta tarde? —me pregunta.

—No, he quedado con las chicas —le digo.

—¿Y no puedes cancelarlo? —me pregunta.

—Pues no, Javi.

—*Bua*, yo que tenía pensado pasar el sábado contigo —me suelta.

—Claro, es a lo que estás acostumbrado, Javi. Llamas y yo tengo que dejar de hacer lo que tuviera pensado para ir a tu cama. Pero no, Javi, estoy cansada —le digo.

—¿Qué estás diciendo, Sole? —me pregunta.

—Lo que estás oyendo. Se terminó, Javi. Paso de todo esto.

—No sé a qué viene esto. Ya sabes lo que pienso de tener una relación estable —me dice.

—Ya lo sé, pero yo no pienso seguir así. Yo busco otra cosa—contesto.

—Pues yo no te puedo dar eso que quieres, Sole. Creía que esto ya estaba hablado, y muy claro, además.

—Sí, ya estaba claro, pero se terminó, Javi. No voy a seguir así —le digo.

—Como quieras, Sole. Es tu decisión.

—Que te vaya bien —le digo.

—Igualmente, Sole. Adiós.

—Adiós.

Ya no salgo a comprar, no tengo ganas. Esto sabía que iba a pasar: él no quiere ataduras, y yo me considero una tía mayor para andar de follamigos. Quiero formar una familia y no andar así. Las dudas que les iba a contar a mis amigas se esfumaron; ya no las hay. Les contaré las novedades.

Es lo que hay.

Cuando nos juntamos todas, Sofía dice:

—Arranca, Sole.

—Pues nada, que he roto con Javi. Bueno, roto no se puede llamar, porque no había nada, pero le he dicho que se acabó.

—¿Y qué ha dicho él? —pregunta Jimena.

—Pues que ya estaba todo hablado y que él no quiere más de lo que hay.

—Bueno, pues si a ti no te interesa lo que hay, fuera —me dice Jimena.

—Es lo que he hecho —digo—. Paso de seguir así. Está muy bien, es bueno en la cama, tiene un buen puesto, pero no me interesa nada de esto. Quiero una pareja.

Carla me dice que me esté tranquila.

—Si tranquila estoy; hoy se ha llenado el vaso y he dicho hasta aquí y ya está. No pasa nada. Cambiemos de tema. ¿Tú cómo estás, Jimena?

—A punto de reventar.

Risas de todas

—Te queda una semana para salir de cuentas, hazte a la idea ya —le dice Carla.

—Ya estoy hecha a la idea. La doctora me ha dicho que seguramente no pase de la semana. Cuanto antes, mejor; tengo ganas de ver su carita.

—Ayy, la mamá. Quién te lo iba a decir a ti, Jimena —le dice Sofía.

—Además que sí —dice Jimena—. Ya tengo todo preparado, así que... Que nazca ya.

—¿Arturo está nervioso? —le pregunta Iratxe.

—Sí. Bueno, para ser franca, estamos los dos nerviosos. Mis padres se van a venir unos días para ayudarme, pero aun así lo que tenemos por delante nos impone un poco. Pero no pasa nada —dice Jimena.

—Cariño, estamos aquí para lo que necesites, ya lo sabes —le digo.

—Lo sé, no os preocupéis, que yo os aviso —dice Jimena.

—A ver si gano la apuesta —dice Iratxe.

—La apuesta la ganaremos Carla y yo —añade Sofía.

—No —digo yo—. Si es niño, que es lo que va a ser, ganamos Iratxe y yo.

—Pero va a ser niña —dice Carla.

—No —digo yo.

—Sí —insiste Carla—, va a ser niña.

—Chicas, por favor —dice Jimena—. Da igual, dos vais a perder.

Viene Arturo a buscar a Jimena. Nos despedimos de ellos y se montan en el coche.

—Qué pareja más divina hacen —digo yo.

Todas están de acuerdo conmigo. Quedamos en llamarnos y nos vamos. Sofía me propone acercarme a casa, pero le digo que no; prefiero ir dando una vuelta. Nos despedimos, se monta en su coche y se va.

Empiezo mi paseo a casa. Por el camino voy pensando en dar un cambio a mi vida. ¿Por qué no pido una excedencia? Voy a mirarlo y lo pienso.

Cuando llego a casa, estoy más animada. «Sí», me digo, «un cambio de aires me vendrá bien».

El domingo lo paso un poco de bajón, pero me niego a seguir así. «Esto no va a ser así», me digo. Saludo a mis chicas y decido que me voy al Retiro, ese pedazo de parque que tenemos en Madrid y al que tanto nos gusta ir a nosotras. Me pongo ropa cómoda y me voy hasta allí. No me puedo tumbar en el césped porque está mojado, pero da igual. Me siento en un banco y veo a la gente pasar, a los niños jugar, a una pareja de ancianos cogidos de la mano. Me encanta verlos, cómo se apoyan uno en el otro. «Eso es lo que yo quería, Javi: tener un apoyo contigo, pero no puede ser», pienso.

Me levanto del banco y echo a andar al lago a ver las barcas. Hace frío, o sea, que no hay muchas. Decido volver a casa, aunque antes de llegar me paro a tomarme un café con leche en una terracita de invierno donde se está de maravilla.

Me suena el móvil; es mi madre.

—Hola, mamá —digo.

—Hola, hija. ¿Qué tal estás? —me pregunta.

—Bien, y ¿vosotros qué tal?

—Bien, hija, estamos bien los dos. Te llamo porque ha llamado tu hermana, que venían a cenar. Para que te pases.

—No, mamá, gracias. Estoy tomándome un café ahora mismo cerca de casa, que vengo del Retiro de dar un paseo, y me voy a duchar. Cenaré algo y a la cama, que mañana tengo curro.

—Como quieras. Pásate esta semana, cariño, y nos vemos — me dice.

—Vale. Esta semana te llamo y quedamos —le digo—. Besos, mamá.

—Un beso, cariño —me dice.

Pago el café y me voy para casa. Estoy dándole vueltas continuamente a lo de la excedencia para largarme durante un año. Me puedo permitir ese capricho y, además, me va a sentar bien. Mañana mismo hablo con recursos humanos y que me digan cómo hacerlo.

Cuando llego al trabajo me dirijo a recursos humanos directamente. Me dicen que aún no ha llegado, que venga luego.

—Ok —digo.

Bajo a mi oficina y me pongo manos a la obra. Antes de que llegue la hora del desayuno me paso otra vez por allí. Esta vez sí está. Llamo y entro.

—Buenos días, Daniela.

—Buenos días, Sole, ¿qué tal?.

—Bien, ¿y tú?.

—Aquí andamos, liadas. ¿En qué puedo ayudarte? —me dice.

—Me gustaría pedirme un año de excedencia y quería saber los pasos que tengo que seguir — le digo.

—Oh, ¿año sabático? —me pregunta.

—Pues va a ser que sí, Daniela.

Me dice lo que tengo que hacer, se lo agradezco y salgo. Voy a desayunar un poquito. Tendré un mes por delante una vez entregue la solicitud, lo justo, ya que más o menos tengo pensado qué hacer, pero aún quedan muchos planes que preparar.

Cuando llego a la cafetería me encuentro con Carol. Es una de mis compañeras, que lleva el mismo tiempo que yo. Nos llevamos estupendamente y le cuento mis planes. No hace falta que le diga que no comente nada a nadie; lo que nos contamos no sale de nosotras. Carol me dice que lo que ha pasado con Javi tenía que pasar tarde o temprano, y que lo de la excedencia le parece una forma genial de cambiar por una temporada de aires.

—Haces muy bien —me dice Carol.

—Gracias, espero que sí —le digo.

Antes de irme del trabajo dejo hecha la solicitud. Mañana se la entregaré.

Me voy para casa.



Cuando llego a casa mando un wasap al grupo que tenemos las chicas; de momento se llama Las Maris. Siempre le cambio yo el nombre, y este está durando mucho, pero de momento se llama así.

«Chicas, acabo de escribir la solicitud para pedirme una excedencia. Mañana la entregaré. Me cojo un año ¿sabático? No sé si lo será, pero pienso montármelo muy bien. ¿Qué os parece?».

Al rato me contesta Sofía.

«Síííí, haces muy bien».

Iratxe me dice que le parece una buena idea.

Carla me pregunta: «¿Y dónde va a ser ese año sabático?».

«Ja, ja, ja, estoy pensándolo aún».

«Pero bueno, y esto a qué viene ahora», me dice Jimena.

«Viene a que quiero cambiar de aires una temporada. No significa que vaya a estar un año fuera, pero sí un tiempo», le digo.

«Si lo tienes así de claro, me parece genial», dice Jimena.

«Sí, lo tengo decidido», le digo.

«Pues te apoyamos en todo», dice Sofía.

«Síííí», dicen todas.

«Gracias, chicas», les digo. «Jimena, ¿cómo estás?», le pregunto.

«Cansada. Es que tengo un tripón que no puedo más».

«Venga, que ya queda nada, ya verás», le digo.



Lo primero que hago nada más llegar al curro es entregar la solicitud en recursos humanos. Daniela me dice que como mucho en un mes tendré la respuesta.

—Vale, no tengo prisa. Muchas gracias, Daniela.

—De nada, Sole —me dice.

—Chao —le digo.

—Buen día —me dice.

Me lío con el curro y a la hora del desayuno bajo a la cafetería a tomarme un café. Estoy contenta. Todavía en el descanso, me llama Carla.

—Sole, se acaba de llevar Arturo a Jimena al hospital. Parece que está de parto ya.

—¿Yaaaa? Ay, madre, mi niña, que va a parir. ¿Cómo lo vas a hacer tú? —le pregunto.

—He quedado con Arturo en que me vaya contando si se queda o la mandan para casa, y si la ingresan pues cuando salga del curro me acercaré —dice Carla.

—Vale, ve diciéndome y hago lo mismo. Nos vemos allí, ¿ok? —le digo.

—Ok —me dice.

No hago más que acordarme de Jimena. Madre mía, ya está aquí el bebé; quién nos lo iba a decir a nosotras, y ya madre. Que sea una hora cortita, como dicen las madres. Carla me manda un wasap: «Han ingresado a Jimena, está de parto. Nos vemos allí».

Se me hace el día largo. Estoy deseando estar en el hospital, ver a mi niña y a la criaturita que viene, que no sabemos qué es, porque ellos no han querido saberlo. Así que, ¡sorpresaaa!

Cuando llego al *parking* del hospital llamo a Arturo para que me diga dónde están.

—Estoy esperando a que la suban a la habitación, ya ha nacido —me dice.

—¿Ya? Pero bueno, y ¿qué tal todo? ¿Cómo están Jimena y el bebé? ¿Qué ha sido? No, no me lo digas, quiero verlo yo —le digo toda nerviosa.

Arturo se ríe.

—¿Alguna pregunta más? —me dice.

—Sí, no. Ay, no sé —le digo—. Ahora te veo.

—Vale —me dice—. Estoy en la sala de espera de los paritorios —me dice.

—Voy para allá —le digo.

Llego justo en el momento en el que la van a subir a la planta. Me da tiempo a verla; va con su bebé, me emociono. Oh, mi niña.

—¿Qué tal, cariño? —le pregunto.

—Muy bien —me dice Jimena—. ¿Has visto, mi niño, qué guapo es?

—Sí, es precioso, y es un niño; lo que yo decía —le digo—. ¿Y cómo se va a llamar esta preciosidad? —le pregunto.

—Martín —me dicen los dos.

—Precioso nombre, chicos, como él —les digo.

Los padres de Jimena y Arturo están allí también, emocionados todos. Vamos a planta y empieza a venir la gente: hermanos y cuñados, sobrinos..., todos están como locos con el bebé. Carla y Sofia vienen juntas. Se quedan anonadadas con Martín. «Qué preciosidad», dicen. Cuando viene Iratxe y ve a Jimena con el bebé en sus brazos, se echa a llorar, se abraza a ella y pregunta por ella y el bebé.

—Es un niño —le dice Jimena—. Se llama Martín.

Iratxe me mira y me dice:

—Hemos ganado.

—Sí —le digo.

—Ay, qué cosita, por Dios. Qué bonito es, Jimena. ¿Cuánto ha pesado? —pregunta Iratxe.

—Tres kilos doscientos cincuenta —dice Arturo.

—Oh, mi niño —dice Iratxe.

En ese momento se abre la puerta y entra Javi.

«El que faltaba», pienso.

Viene con un enorme ramo de rosas. Saluda en general. Se abraza a Arturo y luego besa a Jimena. Se asoma a ver al niño, le pregunta qué tal todo a Jimena. Ella dice que genial, y entonces se gira y empieza a dar besos a todos. Cuando llega a mí, me mira y me planta dos besos muy despacio, poniéndome los labios bien marcados en las mejillas.

—Hola, Sole —me dice—. ¿Qué tal todo?

—Bien, gracias —le digo.

Como ve que no quiero seguir hablando con él, agacha la cabeza y se da la vuelta. Habla con Arturo y los padres de este. Somos muchos en la habitación, así que decidimos turnarnos y salirnos unos pocos. Javi se queda con ellos. «Mejor», pienso yo.

Estamos tomándonos un café cuando baja Javi con Iñaky, el hermano de Arturo. Se acercan a nosotros y, en un momento dado, Javi se gira hacia mí y me pregunta:

—¿Quieres que vayamos a cenar y hablamos?

Dudo un momento, pero me digo «¿por qué no?».

—Vale —le contesto.

—Bien. Has traído el coche, imagino —me dice.

—Sí, claro —le digo.

—Pues vamos a tu casa y dejas el coche. Vamos con el mío, ¿vale?

—Perfecto —le digo.

Me mira muy fijamente, tanto que me da que estoy como un tomate. Él es así, tiene una mirada penetrante, unos ojos negros como su pelo y piel morena. La altura también ayuda a que imponga, con su 1,87 de estatura y su manera de vestir, siempre tan elegante. Da igual que vaya en traje, como es el caso de ahora, o que vaya en vaqueros. Madre, con ese culo tan bien formado. Siempre lo he dicho: nunca sabes dónde mirarle, si a la cara o al culo. Es perfecto.

Subimos a la habitación. Martín está comiendo; me entenece ver a Jimena con el bebé. Cómo te cambia la vida en un momento. Me acerco a la cama y le pregunto a Jimena cómo se siente.

—Después de todos los dolores que he pasado, viendo a Martín se me han olvidado. Pero es maravilloso, Sole. Lo que he sentido cuando me lo han puesto encima fue indescriptible. Estoy feliz —me dice.

—Y Arturo —le digo— está que necesita un babero, tanto hablando de ti como de su niño.

—Es verdad —dicen todos.

Javi se ríe. Dice que nunca ha visto a nadie tan ñoño como Arturo. «Será cabrito», pienso. «Claro, como tú no quieres responsabilidades».

Ati, la madre de Arturo, le dice:

—Ya te veremos a ti, Javi.

—No creo —contesta él.

—Bueno, eso dices ahora. Ya te tocará —le dice Ati.

—Bueno, gente, me tengo que ir —les digo.

Me despido de Jimena y les digo que mañana volveré a verles.

—Pasad buena noche —digo.

Cuando voy a por el bolso, Javi se acerca a mí y me pregunta:

—Nos vamos a cenar, ¿no?

—Sí, claro —le digo.

—Ah, es que parecía que te ibas por tu cuenta —me dice.

—Cierto, se me había olvidado.

Las chicas que saben todo el tema, están pendientes de todo, así que me giro hacia ellas y les digo:

—Hablamos mañana, chicas.

—Ok —dicen todas.

A Jimena y a Carla las veo con cara de preocupación, pero les hago un gesto para que no se preocupen. Vamos a ir a cenar, tampoco va a pasar más. O eso espero.

Cuando salimos del hospital, nos dirigimos al parking. Vamos hablando tan tranquilos. Realmente somos mayorcitos para andarnos con enfados. Llegamos a mi coche, me abre la puerta y me dice:

—Te sigo.

—Vale —le digo.

Cuando estoy esperando a que cierre la puerta, se agacha y me besa en los labios. Se incorpora y cierra la puerta.

«Cabrito», pienso. No sabe nada el amigo.

Arranco el coche y, cuando voy a salir del *parking*, le veo parado a un lado, le adelanto y me

sigue. Llego a casa, meto el coche en el garaje y salgo. Está esperándome, me monto en el coche y arranca.

—¿Quieres que vayamos a cenar al japonés? —me pregunta.

—Sí, me apetece un poco de sushi.

—Pues vamos para allá.

Vamos hablando por el camino del curro. No quiero decirle aún que me he pedido una excedencia, se lo diré en la cena. Llegamos y pedimos de beber. Cuando nos traen la bebida, les pedimos la cena y, mientras esperamos a que la traigan, le digo:

—He pedido una excedencia.

Cara de sorpresa.

—¿Y eso? —me pregunta.

—Me voy a ir fuera una temporada —le digo.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Porque sí. Estoy saturada de cosas y quiero cambiar de aires, ver qué pasa y venir con fuerzas renovadas.

—No me gusta la idea —me dice.

—No tiene por qué gustarte, Javi.

—Ya, pero no me gusta —insiste.

—Es una decisión que he tomado yo. Si me la conceden, eso haré —contesto.

En su cara se refleja la poca gracia que le hace, pero me da igual. Él elije su forma de vida, y yo elijo la mía, le pese a quien le pese.

—¿Dónde tienes pensado ir? —me pregunta.

—Estoy barajando Praga. Tengo allí a un amigo que puede ayudarme un poco con el tema de la vivienda. Aunque si no tiene pareja ahora puede que me permita vivir con él una temporada.

Su cara se va avinagrando por momentos; eso de ir a casa de un amigo le gusta menos aún. Claro, que él no sabe que le gustaría más él que yo, ya que es gay. Pero no se lo voy a decir; total, que sufra un poquito.

—¿Le conozco? ¿Cómo se llama? —me pregunta.

—No lo conoces. Vive en Praga hace muchos años. Se llama Carlos.

Pedimos el postre y un café. Seguimos hablando del tema de Praga. Insiste en desanimarme, pero para cabezota yo. Además, ya me estoy haciendo a la idea, aunque no sepa aún qué va a pasar. Me llevaría un buen chasco.

Salimos del restaurante y nos dirigimos al *parking*. En ese momento me coge de la mano, me para y se pone frente a mí. Me quiere decir algo, pero no se atreve. Al final me pregunta:

—¿Quieres que vayamos a tomar una copa?

—Me apetece, sí. Pero no debería, es tarde y mañana toca la campana pronto —le digo.

—Una copa solo —me dice, y pone cara de «por favor».

—Está bien. Una solo, ¿eh? —le digo.

—Bien, vamos —me dice, y no me suelta de la mano.

Mal hecho por mi parte, lo de permitirlo, pero con él me ablando. Me pregunta si me importa que dejemos el coche en su garaje; vivimos los dos muy cerca y podemos ir andando. Por supuesto, le digo que sí. Mucho mejor.

Llegamos a la terraza de invierno y pedimos una copa. Le pregunto por el trabajo. Sé que va y viene —muchas veces en el mismo día— a Escocia. Allí tienen unas oficinas no tan grandes como las de Madrid, pero casi. Trabaja junto con Arturo, el marido de Jimena, y Gonzalo en una petrolífera. Son socios.

Me cuenta que esta semana tiene que desplazarse un par de días, y me salta de pronto:

—¿Podrías venir conmigo?

Los ojos se me salen de las cuencas.

¿Perdona? ¿He oído bien? ¿Que vaya contigo? ¿Cuándo has dicho eso? ¿Ahora? Es tarde.

—No puedo, trabajo —le digo.

—Si te van a dar la excedencia, ¿no? —me pregunta.

—No lo sé, Javi. Pueden tardar un mes en contestarme —le digo.

—Ya —dice.

El «ya» no me gusta, pero no le digo nada porque no quiero movidas. Le diría tantas cosas..., pero no, ya me las voy a callar. Puede que no vuelva a verle más, ¿para qué quedar mal? Lo que hemos tenido ha estado muy bien, hasta que yo me he cansado de no ir a más. Pero, como él me dijo el otro día, ya estaba todo hablado.

Sí, es cierto. Estaba todo claro. Ya lo sabía.

—No puede ser. Ya no, Javi —le digo.

—Ya no ¿por qué? —me pregunta.

—Pues porque voy a pasar página. He estado muy bien contigo, lo hemos pasado genial, pero ya no quiero eso. Te lo dije el otro día y, como verás, no te reprocho nada, porque como bien dijiste esto ya estaba hablado. Pero yo necesito dar otro paso.

—Joder, Sole —dice.

—Joder no —le digo—. No pasa nada, Javi, hemos llegado a un punto en el que nos toca separarnos. Sin rencores.

—Pero no me gusta esto —me dice.

—Vale, a ti no te gustará, pero es lo que hay, porque a mí no me gusta lo otro —le digo.

—Es que lo pienso y me da rabia —dice.

—A mí también me da rabia —le digo.

Terminamos de tomarnos la copa. Nos estamos levantando para irnos cuando viene hacia nosotros Gonzalo, su socio.

—Hola, chicos, qué sorpresa encontraros aquí.

Saludamos a Gonzalo; es un tío muy majo, la verdad. Javi le dice:

—Hemos ido a cenar y a tomarnos una copa.

—Muy bien. Os dejo, que estoy con unos amigos. Pasadlo bien, pareja.

—Igual —le decimos nosotros.

Salimos del local y ponemos rumbo a mi casa. Javi me vuelve a dar la mano. Vamos andando cogidos de la mano como cualquier pareja, qué curioso. Llevamos un rato andando cuando me pregunta:

—¿Quieres venir a mi casa?

—No, Javi. Me encantaría, si te soy sincera, pero he tomado una decisión y no voy a dar marcha atrás —le digo.

Agacha la cabeza. No sabe qué decir, pero es que no puede decir nada porque lo que quiere son ambas cosas: seguir conmigo y seguir con su vida. Llegamos a mi portal y ahí decido que ha llegado el momento.

—Bueno, Javi. Solo espero, y te lo deseo de corazón, que te vaya muy bien todo.

—Joder, Sole. No me lo puedo creer, de verdad —me dice.

—Ya. Duele, a mí me duele, por lo menos, pero es lo mejor para los dos.

Me abraza y me da un beso en la cabeza.

—Sole, Sole...

Me suelto del abrazo, le miro y, antes de girarme, le digo:

—Chao.

Se queda plantado en el portal mirándome, pero ve en mi cara que es definitivo. No se mueve hasta que me dice «chao» y me lanza un beso. Entonces él también se gira y desaparece de mi vista.

—Te quiero, Javi —susurro. Y subo a casa.

No quiero llorar. Hemos estado todo este tiempo juntos y hoy hemos cenado, nos hemos ido a tomar una copa, como si fuéramos los mejores amigos del mundo.

Ha sido bonito.

2

Hoy es el último día que voy al trabajo. Mis compañeros me tienen liada una buena. Nos vamos todos a tomar algo cuando salimos. Son un encanto. Me da pena dejarlos, pero solo va a ser un año y cuando vuelva traeré cargadas las pilas y tendré una vida nueva por delante. No hay que mirar atrás. Lo que pasó ahí se queda.

Mi jefe, antes de irse, viene a despedirse de mí.

—Haz que este año que tienes por delante sea lo más fructífero posible. Cuando vuelvas te estaremos todos esperando con los brazos abiertos. Has sido muy buena en tu trabajo y te quiero conmigo de vuelta en un año, no más, ¿eh?

—Muchas gracias, Jacinto. Tú sabes que con este trabajo disfruto, así que dentro de un año aquí estaré. No te vayas a olvidar de mí.

—Ya sabes que no. Pásalo bien —me dice, y me da un abrazo y un beso.

—Lo haré —le digo.

Cuando salimos todos de la oficina nos vamos al bar donde nos reunimos de vez en cuando a la salida del trabajo. Allí está Miguel, que nos quiere a todos con locura, y hoy se ha sumado a la fiesta-despedida. Está decorado para la ocasión. Qué cabritos.

Pedimos de beber y de comer. Nos reímos todos, lo pasamos genial siempre que nos juntamos, y llega la hora de cantar y bailar. Ahí nos metemos de lleno. Cuando hacemos un parón se presentan Mayte y Lucía con una bolsa enorme. Empiezo a gritar a la vez que me río.

—Nooo, lo que sea tan grande no lo quiero.

Ellas saben de lo que hablo. De hecho, por eso se presentan con esa bolsa enorme, porque me dan pánico los peluches grandes y eso tiene pinta de ser uno. Ellas se parten de la risa a la vez que me quieren entregar el regalo, pero que yo no lo cojo.

—Cógelo, pava —me dice Mayte.

—No quiero —digo con pucheros—. Me da miedo. Todos se lo están pasando genial con mi careto.

—Cógelo, venga, hombre —insiste Mayte.

Cuando lo cojo y lo abro veo una caja enorme. La abro y veo que hay otra caja.

—La madre que os parió, no me jodáis que esto está lleno de cajas.

Risas de todos.

Sigo abriendo cajas hasta que la número quince contiene el regalo. Y ese regalo me emociona: una cámara de fotos, una canon réflex igual a la que tenía y que me robaron en un viaje. Me encantan las fotos, pero del método tradicional.

—Me encanta, chicos —les digo a todos.

—Ya sabes para qué es. Es para que nos enseñes Praga como si hubiéramos estado nosotros allí, ¿vale? —me dice Lucía.

>—Claro que sí, os vais a cansar de ver fotos —les digo. Seguimos un rato más con la marcha, pero ya algunos empiezan a abandonarnos. Al final quedamos los de siempre: Mayte, Lucía, Azucena, Daniela, Vanesa y nuestro hombre, Jose. A las dos de la mañana decidimos que ya es hora de irse. Me despido de ellos. Jo, los voy a echar mucho de menos.

Cuando llego a casa me doy una ducha y me pongo a pensar en todo lo que ha pasado en el día.

Tengo tristeza por un lado, pero por otro tengo unas ganas de irme increíbles. Mañana he quedado con las chicas para despedirme. Me voy el domingo, pasado mañana. No he querido retrasarlo más; dicho y hecho.

A dormir.

Día de hacer la maleta.

Madre mía. Meto de todo un poco; la pena es que no me puedo llevar los armarios. Con la de ropa que tengo decidir qué me llevo y qué dejo me estresa. Empiezo con el «y si», «por si», y me pongo de los nervios. Al final, después de sacar más de medio armario, tengo la maleta hecha y la ropa que voy a llevar puesta colgada en el perchero. Así no pienso mañana qué ponerme.

No me apetece ponerme a cocinar, así que llamo por teléfono a un restaurante para que me traigan comida china, que me encanta. Después de comer me tumbo en el sillón a ver una peli, pero sé que no la voy a terminar; la siesta es sagrada para mí. Cuando me despierto, me doy una ducha y me arreglo. Hemos quedado a las siete en el Akelarre. Tengo ganas de ver a mis chicas, pero más ganas de ver a Martín, que ya tiene un mes y medio. Van a venir también Arturo y Leo para despedirme.

Cuando llego allí ya están todos sentados. Al verme se levantan las chicas y me abrazan.

—Jo, que me voy a emocionar, no me hagáis esto —les digo.

—Te tenemos que sobar, que no te vamos a ver en mucho tiempo, Sole —me dice Iratxe.

—Ya, pero es que me emociono, chicas.

—Déjate querer —dice Jimena.

Saludo a los chicos. Martín esta precioso; es un clon de su madre, rubio con ojos azules. Le saco del carro y le lleno de besos.

—Mi niño, madre —le digo.

Él me mira como diciendo: «Ay, madre, que llegó la loca». Me lo como a besos; es mi debilidad.

Pedimos de beber y empiezan a preguntarme por el viaje inminente.

—¿Al final Carlos se tiene que ir de viaje? —me pregunta Carla.

—No, se lo dijeron hace tres días que no iba a viajar de momento. Él creía que con quitarle la escayola del brazo bastaba, pero tiene que ir todos los días a rehabilitación y no puede salir.

—Mejor para ti —me dice Sofia—. Bueno, y para nosotras, porque cuando nos dijiste que Carlos se iba de viaje de negocios nos echamos a temblar las cuatro. No nos hacía nada de gracia pensar que estabas sola allí.

—Pues dejad de comeros la cabeza, que no se me va.

—Mejor —dice Iratxe.

—¿Qué vas a hacer durante este año? —me pregunta Arturo.

—Pues no lo sé, no tengo nada claro qué voy a hacer. De momento, disfrutar un poco, relajarme y ya iré viendo.

—¿No pensarás quedarte por allí? Que nos da algo —dice Sofia.

—No, no lo creo —le digo.

—¿Cómo que no lo crees? —me pregunta Iratxe.

—Nunca se sabe, chicas —les digo.

—Te llevo mañana al aeropuerto —me dice Arturo.

—No, Arturo, me llevan mis padres. El avión sale a las 9:20 y quieren llevarme. Ya veo el drama de mi madre cuando me dejen allí —les digo.

Después de picar algo, llega la hora de irnos. Nos levantamos y empiezan los abrazos, los besos. No me gustan las despedidas; me dan tristeza. Me da pena dejar a mis chicas, pero tengo

que dar ese paso. Me va a venir bien, lo sé.



Cuando llego a casa dejo todo preparado para el día siguiente en el pasillo, para que no se me olvide nada. Suena mi móvil y cuando me acerco a cogerlo veo que es Javi.

—Hola —digo.

—Hola, Sole —me dice—. Te vas mañana, ¿no?

—Sí, ya me voy —le digo.

—¿Me dejas que te acerque al aeropuerto?

—No, Javi, me llevan mis padres.

—Ok, y ¿no podemos vernos antes de que te vayas? —me pregunta.

—No, salgo temprano —le digo.

—¿Y ahora? —me pregunta.

—Es tarde, Javi. Además, es mejor así. El otro día estuvimos juntos, estuvo muy bien. Ya está, de verdad.

—Joder, Sole. Tengo tan mala sensación con todo esto... — me dice.

Mi cara es un poema.

—¿De verdad me estás diciendo tú esto? Javi, no quiero discutir, y al final vamos a hacerlo.

—No hay por qué discutir —insiste él.

—Sí, Javi, porque esto ya es remover todo. Ya lo hablamos, ¿o es que no te acuerdas? Porque fuiste tú el que dijo todo —le digo.

—Muy bien —dice él.

El «muy bien» me toca las narices. Cuento hasta tres para no alterarme; no quiero irme con ese sabor de boca.

—Déjalo estar, Javi. Yo ahora empiezo una etapa diferente y quiero estar tranquila —le digo.

—¿Podré llamarte? —me pregunta.

—Mejor sería que no, pero tampoco voy a dejar de coger el teléfono —le digo.

—Vale, gracias

—No hay que darlas —le contesto.

—Bueno, Sole, que tengas un buen viaje y que vuelvas pronto.

Sonrío. «Qué cabrito», pienso. Pero le digo:

—Muchas gracias.

—Cuídate, Sole.

—Lo haré, tranquilo —le digo.

Y para mi sorpresa me dice:

—Te quiero. Chao.

Me callo. «¿He oído bien?», me pregunto. Y entonces le contesto con un simple «chao» y cuelgo.

Esto es increíble. Estoy flipando, ¿de qué va esto? No me voy a comer la cabeza, mi decisión está tomada y no voy a echarme para atrás. En otra época lo hubiera hecho, pero ya no. Me voy a la cama.

Dulces sueños.

3

Llaman al portero, corro hacia él y contesto.

—¿Sí? —digo.

—Ya estamos aquí —me dice mi padre—. ¿Necesitas que suba a ayudarte?

—No, papá, puedo sola. Ya bajo

—Vale, pues aquí estamos.

—Ya voy

Cuando bajo, mis padres me están esperando en el portal. Les doy un beso a cada uno y mi padre me quita las maletas de las manos. Mi madre está nerviosa perdida; no le hace nada de gracia que me vaya. Pero al menos, el que me vaya con Carlos de momento la deja un poquitín más tranquila. O eso me dice.

Llegamos al aeropuerto, bajamos las maletas y me despido de ellos.

—Os quiero —les digo—. Y no os preocupéis, que os llamaré mucho.

—Ten cuidado, hija —me dice mi madre.

—Lo tendré, mamá.

—Cuídate, cariño —me dice mi padre.

—Sí, papá, prometido. Os dejo, que tengo que facturar.

Besos y abrazos.

Se quedan ahí de pie mientras ven cómo paso las puertas. Me giro y les lanzo un beso. Ellos también lo hacen. Sigo adelante; no quiero llorar.

Miro en las pantallas adónde tengo que ir a coger mi vuelo.

9:20. *Ruzyne (PRG)*

Me dirijo a facturar las maletas. Una vez hecho, me dirijo hacia la puerta de embarque. Como tengo que esperar aún una hora y media, me voy a desayunar. Me pido un cruasán y un café con leche; me encanta este desayuno. Saco el móvil y voy viendo mi Facebook. Me hago una foto y la cuelgo con el mensaje: «Cogiendo fuerzas para afrontar mi nueva experiencia».

Cuando llega la hora de subir al avión, me pongo en la cola. Hay bastante gente. Una vez dentro, me siento e intento relajarme. Me dan un poco de miedo los aviones, además voy sola.

«Pero no pasa nada», me digo yo misma. «Lo vas superando poco a poco, Sole». «Es verdad», me contesto.

Despegamos. Tenemos buen viaje, sin ningún problema, y casi tres horas después estoy aterrizando en Praga.

Llegué.

Cuando bajo del avión y vamos hacia la salida, veo a Carlos. Corro hacia él, nos abrazamos y besamos. Nos preguntamos qué tal todo y vamos a recoger mis maletas. Una vez las tenemos, nos dirigimos al *parking*, donde él ha dejado su coche. Nos vamos a su casa.

Carlos y yo nos conocemos desde nuestra infancia. Crecimos juntos y fuimos al mismo colegio, aunque no a la misma clase. Pero nuestras madres eran íntimas amigas, y estábamos siempre juntos. Si no era en un lado era en otro: su casa, la mía, el parque, las compras. Cuando él terminó los estudios, decidió que tenía que salir de Madrid, y encontró un buen puesto en Praga. De eso hace ya doce años. Antes iba más a vernos, pero desde que su madre falleció en un

accidente de tráfico no viene mucho, la verdad. Pero nosotros siempre estamos en contacto. Nos llevamos bien.

Cuando llegamos a su casa y me enseña la que va a ser mi habitación, le digo que será solo por unos días, que pienso buscarme un piso. No quiero entrometerme en su vida ni ser una carga. Él me dice:

—Mira, Sole, como te conozco lo suficiente para saber que vas a hacer lo que te salga de las narices, haz lo que realmente creas que tienes que hacer, pero a mí no me importa en absoluto que estés en mi casa. De hecho, me encanta que estés aquí. Yo por ahora no voy a viajar, pero en cuanto pueda estaré continuamente fuera. Así que tú decides qué quieres hacer. Aquí estamos a nada del centro, tienes de todo. Para visitar la ciudad andando aquí estarás cerca de todo. De todas formas, me dejarás enseñarte la ciudad a mí, ¿no?

—Por supuesto, me encantará. Y en cuanto a lo del piso, lo pensaré.

—Muy bien —dice Carlos.

—Voy a llamar a casa para decirles que ya he llegado —le digo.

—Bien —me dice.

Sale de la que va a ser mi habitación y cojo el móvil. Llamo a mi casa.

—¿Diga? —dice papá.

—Hola, papá, soy Sole.

—Hija, ¿ya has llegado? —me pregunta.

—Sí, todo bien. ¿Y mamá? —le pregunto.

—Aquí al lado mío, esperando a que suelte el teléfono. Ya sabes cómo es.

Me rio. Es que es verdad: ahora mismo me la estoy imaginando sentada al lado de mi padre, sufriendo porque no le pasa el teléfono. Ella es así.

—Te la paso.

—Vale, papá. Un beso.

—Te quiero, hija. Otro para ti.

—Yo también te quiero, papá.

—Hola, hija —dice mi madre.

—Hola, mamá. Que ya estoy con Carlos en su casa —le digo.

—Muy bien. ¿El viaje bien? —me pregunta.

—Sí, muy bien

—¿Y Carlos cómo está? —pregunta mi madre.

—Pues muy guapo y muy bien —le contesto.

—Dale besos de nuestra parte.

—Sí, mamá, se los doy. Tengo que dejarte, ¿vale? Ya hablaremos.

—Vale, llámame mucho —dice mi madre.

—Sí, no te preocupes, mamá. Te quiero.

—Y yo, hija mía. Un beso.

Cuelgo y mando un mensaje de voz a Las Maris.

«Hola, chicas. Ya estoy en Praga con Carlos, en su casa. El viaje bien, y lo poco que he visto según veníamos del aeropuerto es precioso. Ya os mandaré fotos. Muchos besos».

Me voy hacia el comedor, donde está Carlos. Me ha preparado un refresco y unos *snacks* para picar algo. Me siento enfrente de él, le miro y le digo:

—Cuéntame qué tal te va todo.

—Bueno, ha estado mejor. Pero no quiero quejarme. Tengo un buen curro, que me encanta y disfruto con él. Sin embargo, después de la ruptura con Pablo, me está costando un poco

relacionarme, la verdad —me dice.

—¿Cuánto tiempo habéis estado juntos? —le pregunto.

—Mucho, ocho años. A lo mejor es que me acomodé; según él es así, no lo sé. Pero cuando me vino diciendo que estaba con otro me hundí; no podía creerme que cuando yo estaba de viaje él se entretenía con otro. Eso me dolió —dice.

—Normal. Eso duele a cualquiera, Carlos —le digo.

—Tengo muy buenos amigos y salgo. Además, salgo bastante. O sea, que no me estoy quedando en casa, pero no quiero empezar otra relación. No estoy preparado —dice.

—Ya llegará, Carlos. Eso es así

—No tengo ninguna prisa —dice—. Bueno, ¿y tú qué?

—¿Yo? Pues parecido a ti —le digo.

—Por eso has salido corriendo de Madrid —me dice.

—Más o menos. Bueno, realmente es un sí —digo.

—Me lo temía —dice—. ¿Quieres hablar de ello?

Le pongo al día de todo lo que ha pasado con Javi. No me interrumpe, solo escucha y asiente. Él es así, siempre ha sido así. Cuando le he contado todo, se echa hacia adelante y me dice:

—Sole, lo que tienes por delante es difícil, porque tú sí quieres a Javi y, por lo que me cuentas, él también te quiere a ti. Pero tu decisión es muy buena. Si no vas a tenerle al cien por cien para ti, déjale que siga su vida y toma tú las riendas de la tuya. ¿Quién te dice a ti que no puedes conocer a un checo y no volver más a Madrid? ¿Te imaginas? —dice.

—No es mi idea, la verdad. Pero te digo otra cosa: que no me salga un buen plan, que no pienso dejarlo escapar —digo.

Se ríe.

—Haces bien. Eso es importante, que tengas la mente abierta. A mí se me ha quedado cerrada —dice.

—De momento —le digo yo.

—Cierto, de momento.

—Bueno, nos hemos puesto al día ya, así que a partir de ahora no hay ex de los que hablar, ¿de acuerdo? —me dice.

—De acuerdo —contesto.

—Bien. Pues ¿quieres que vayamos a dar un paseo o lo dejamos para esta tarde? —me dice.

—Si no te importa, lo dejamos para esta tarde. Me gustaría echarme un rato, he dormido poco y mal hoy, y me duele la cabeza.

—Pues tómate una pastilla y a la cama. Yo tengo cosas que hacer. Relájate, que luego, si tardas mucho, te despierto.

—Vale —le digo. Y me voy a la habitación.

Me desnudo y me pongo el *piji*, me meto en la cama y empiezo a pensar. Bueno, realmente sigo pensando en Javi hasta que me quedo dormida.

Cuando me despierto, lo primero que hago es mirar el móvil.

¿Para qué lo miras, si le dijiste que no te llamara? «No es por eso», me digo. «Es por mis chicas». «Sí, ya veo», me vuelvo a decir yo misma. Me han contestado Las Maris; tengo toda clase de mensajes. Las voy a echar de menos, mucho. Siempre están cuando las necesito, somos una piña. Nos queremos con locura las cinco.

Salgo del dormitorio. No veo a Carlos, pero me ha dejado una nota.

He tenido que salir un momento, vuelvo enseguida. Carlos.

«Qué gracioso, firma la nota y todo», pienso.

Me asomo a la ventana. Lo que veo es bonito; creo que me puedo acostumbrar a vivir aquí. Se ve movimiento de gente para arriba y para abajo. Ya me enseñará Carlos dónde están todas las tiendas para ir a cotillear. Oigo la puerta; ya viene.

—Hola —me dice—. ¿Qué tal esa cabeza? ¿Has descansado?

—Hola. Sí, me ha venido bien la siesta. ¿Dónde has ido? —le pregunto.

—Me ha llamado Manuel, un amigo, que estaba por la zona y que si nos tomábamos un café. Y he bajado.

—Muy bien —le digo—. Tú haz tu vida, ¿eh? Que no quiero interponerme. O sea, haz tus planes de siempre.

—No te preocupes por eso, ¿vale?

—Vale —le digo.

Salimos a cenar a un restaurante que me parece encantador. Es como un cuento, y la comida, exquisita. Cuando estábamos con el postre, Carlos ha visto a un amigo y se ha acercado a nosotros. Nos presenta y está un rato hablando con Carlos. Cuando se va, le pregunto:

—Este de aquí no es, ¿no?

Se ríe.

—No, es de Badajoz. Hay muchos españoles aquí. Además, parece que tenemos un imán para conocernos, y una vez que conoces a uno, te metes en un círculo donde hay muchos. Solemos quedar; es una manera de estar en casa también.

—Pues sí —le digo—, eso está muy bien. Aunque tú, después de tantos años aquí, ya tienes que estar superasentado.

—Sí. Praga para mí fue un escape en un principio. Ya sabes que mi padre no llevaba muy bien mi homosexualidad. Mi madre, en cambio, era mi aliada, mi todo, y cuando ella murió ya no hubo nada que me hiciera ir a Madrid, ni siquiera mi padre. Ahora que no está, pienso muchas veces que le dejé de lado y me da pena haber actuado así con él, pero no me salía otra cosa en ese momento. Cuando enfermó estuve todo lo que pude a su lado, pero ahora pienso que quizá no fue suficiente.

—No te tortures por eso, Carlos. Tú mismo lo estás diciendo: estuviste todo lo que pudiste, hiciste todo lo que estaba en tu mano y le ayudaste cuando no podías estar. Cuando él se fue tú estabas con él, y sabes que se fue tranquilo. Había sufrido mucho y no merecía seguir sufriendo. Fue lo mejor, y tú estuviste ahí. Que no se te olvide.

—Ya. ¿Sabes? Echo tanto de menos a mi madre..., su alegría, su no parar, todo el día haciendo o ideando cosas. Era un terremoto. ¿Te acuerdas cuando nos llevaban al parque de atracciones? Siempre que nos daban las vacaciones, ellas ya disponían del día que teníamos por delante con la pulsera. Nosotros nos emocionábamos; estábamos como locos porque podíamos montar en todo lo que quisiéramos y cuantas veces quisiéramos. Qué tiempos aquellos. Los echo de menos, Sole.

—Fueron muy bonitos, sí. Yo también tengo tan buenos momentos... Hemos vivido tan bien, hemos tenido una infancia tan feliz que añoro esos años. Pero ya somos mayorcitos, Carlos, y ahora tenemos que ser nosotros los que busquemos nuestra felicidad. Y vamos a encontrarla, te lo digo yo.

Salimos del restaurante y vamos dando un paseo a casa. Si Carlos puede, mañana iremos a ver un poquito de Praga. Yo le digo que no se preocupe, que él siga con sus planes y su trabajo, que ya habrá tiempo de enseñarme las cosas bonitas. Pienso estar una temporada por aquí.

—Ahora que no puedo viajar aún por la rehabilitación, tendré más tiempo, y me hace ilusión enseñártelo. Me gusta que estés aquí, Sole.

—Y a mí me encanta estar contigo. Muchas gracias por todo.

—No tienes por qué darlas, lo hago encantado.

—Lo sé —le digo.

Pasamos por una calle llena de tiendas y le digo a Carlos:

—¿Ves? Sabiendo dónde están todas las tiendas me vale para unos días.

Nos reímos.

—Tú no te preocupes.

—Estamos cerca de casa, además —me dice.

Hace frío, pero da gusto pasear por estas calles. Son preciosas las casas que veo. Mañana sacaré la cámara y a hacer fotos a todo lo que veo. Me gusta la fotografía, y con la cámara que me han regalado los del curro puedo hacer fotos realmente preciosas.

4

Han pasado tres meses desde que llegué a Praga, y han pasado demasiado deprisa. Me gusta estar aquí, me gusta vivir con Carlos. Salimos mucho con sus amigos y amigas, son todos encantadores y me tienen supermimada. Si Carlos no puede salir por trabajo, vienen a buscarme y me llevan de vuelta a casa; no quieren que me pierda ninguna quedada que hacen, y yo se lo agradezco. Mis amigas están pensando en venirse un fin de semana a verme. Carlos dice que se pueden quedar en casa, es grande y entran todos. Me encantaría que vinieran, porque las echo de menos.

Hablo mucho, tanto con ellas como con mis padres y hermanas, pero el no tenerlos cerca hay días que lo llevo mal. Estoy pensando en buscarme un trabajo por aquí. Estar todo el día sin tener obligaciones me supera, aunque, por otro lado, pienso: «Disfrútalo, que esto se termina y vuelves a los horarios y rutina». No sé, la verdad, qué haré. De momento estoy pasándolo bien, aunque sigo pensando mucho en Javi. No quiero preguntarle a Jimena por él; no quiero hacerme daño, me da miedo que me diga que sale con alguien, aunque no tendría que ser así, pero me dolería.

Estaba pensando en él cuando me suena un mensaje en el móvil.

Javi.

«Hola, Sole, ¿qué tal estás?».

Madre mía, mi cara es de una pava. Estoy sonriendo como una quinceañera. «Solo te ha preguntado cómo estas», me digo.

Nerviosa, le contesto.

«Hola, Javi. Muy bien. ¿Y tú?», le pregunto.

«Bien», me dice. «¿Cómo lo llevas por esas tierras? ¿Te adaptas bien?».

«Sí, muy bien».

«¿Sigues viviendo con tu amigo?», me pregunta.

«Sí. Carlos, se llama», le digo.

«Ah, muy bien», contesta.

Como le conozco tan bien, sé por ese «ah» que le jode mucho.

«Pensaba buscarme un piso, pero me dijo que no hacía falta. La verdad es que él viaja mucho y su casa es grande. Fíjate si es grande que están pensando venir las chicas un fin de semana, y Carlos quiere que se queden aquí. Es un encanto».

«Bueno, tengo que dejarte. Acuérdate de Madrid, es tu sitio», me dice.

Este tío es gilipollas. De verdad que me saca una mala leche...

«Si lo supiera no lo haría», me digo.

«Muy bien. Chao», le digo.

«Adiós», me dice.

Ya me ha jodido el día el tonto de las narices este. Es que no escarmiento. Pasa de él; la próxima vez que te llame o escriba, ni caso. «Es lo mejor, Sole», me digo a mí misma. Parezco tonta.

Cuando viene Carlos de trabajar me nota en la cara que me pasa algo.

—¿Ha pasado algo, Sole?

—Sí, me ha mandado un mensaje Javi y ya me ha jodido el día. No le hace ni pizca de gracia

que viva contigo y es irónico. Me jode, ¿sabes? Porque, aunque no consigo quitármelo de la cabeza, yo estoy intentando hacer mi vida sin molestarlo a él, y digo «molestarlo» porque él es lo que ha hecho hoy. Lo que más me jode es que parezco tonta, y cuando he visto que era él me he ilusionado, para que luego me venga con tonterías como «acuér-date de Madrid, que es tu sitio».

Carlos se ríe.

—Pues no me hace ni pizca de gracia —le digo.

—A mí sí, Sole, y ¿sabes por qué?

—Pues no —le digo.

—Porque estás coladita por él. Y esperas otra cosa de él, una cosa que a lo mejor llega, pero que tiene toda la pinta de que no llegará en el punto que tú quieres, o eso me parece a mí. Si le conociera, te lo diría con más seguridad; se me da bien eso. Pero no creo que llegue a tener el gusto de verle.

—Pues va a ser que no —le digo—. Ya lo que me faltaba, que viniera aquí a decirme si lo estoy haciendo bien o mal. Ahora sí que te digo que se terminó el estar todo el día pensando en él. Se acabó.

—Bien, eso es un paso, Sole, pero tampoco te castigues por tenerle en tu mente, es normal —me dice Carlos—. Una cosa, he quedado con Alberto para ir a cenar esta noche con él. ¿Quieres venir? —me pregunta.

—No, Carlos. Ya sabes que Alberto quiere algo más que cenar contigo y, si me ve, le va a dar algo.

Se ríe.

—Me encantaría ver la cara que pondría si te viera. Pero como es un caballero no lo notarías, te lo aseguro.

—Si vas a venir con él a casa avísame y desaparezco en mi habitación, como si no estuviera —le digo.

—No seas tonta, no va a pasar nada. Pero si pasara, él tiene su casa —me dice.

—Bueno, pero por si acaso, que a ti no te dé apuro. Y que a mí no me importa, de verdad; bastante estás haciendo por mí —le digo.

—No te preocupes —me dice.

En ese momento suena mi móvil y corro a cogerlo. Es Jimena.

—Holaaa —digo.

—Hola, mi niña, ¿cómo estás? —me dice.

—Muy bien, ¿y tú? ¿Y Martín? —le pregunto.

—Martín está precioso. Cinco meses tiene ya; nos tiene locos —me dice.

—Qué ganas tengo de verle —le digo.

—Pues tus palabras son órdenes para nosotros, porque este viernes estamos en Praga —me dice.

—No me digas que al final venís. Qué bien, Jimena, qué ganas de veros a todos. Porque venís todos, ¿no?

—Sí, vamos todos —me dice—. ¿Cómo podemos hacer para ir a tu casa? Nos tendrás que dar la dirección.

—No, voy a buscaros, porque Carlos tiene un amigo que alquila minibuses con chófer. Lo alquilo y os recogemos allí —le digo.

—Perfecto entonces —me dice—. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien —le digo.

No quiero decirle nada de Javi. Total, ¿para qué? Si la pava soy yo.

—Tengo que dejarte, cielo —me dice.

—Vale, estoy deseando que llegue el viernes para veros. Mándame la hora de llegada del vuelo, y dale besos a todos. A Martín alguno más.

—Lo haré. Cuídate, besos.

—Chao —le digo.

Cuando cuelgo le digo toda eufórica a Carlos:

—¡Que vienen mis amigos!

Y me pongo a saltar. Él se ríe y empieza a saltar conmigo. Cuando paramos, le digo que necesito alquilar el minibús con chófer.

—No hay problema. Cuando sepas a qué hora llegan, dímelo y lo dejamos hecho —me dice.

—Gracias de nuevo, Carlos.

—No hay de qué —me dice.

Ilusionada.



Me pongo a hacer planes como una loca. Carlos me va diciendo qué es lo que tienen que ver. Que se vayan con una buena sensación del viaje, que, aparte de verme a mí, vean lo bonita que es esta ciudad. Además, le digo que ninguno ha venido antes. O sea, que es una ciudad por descubrir para todos.

—Mejor aún, enséñasela como es debido.

Me lo quedo mirando, y nos ponemos a reír como dos tontos. Con Carlos siempre ha sido así: hemos tenido una relación tan buena desde pequeños que con solo mirarnos nos lo estamos diciendo todo. Y de pronto le suelto.

—Carlos, ¿por qué no pudo ser que tú y yo nos hubiéramos liado? Ahora tendríamos una familia.

Me mira con cara de póker y me dice:

—Hombre, no pudo ser porque lo mío es obvio. Soy gay — me dice.

—Ya lo sé, pero si tú y yo nos hubiéramos gustado como pareja nos hubiéramos llevado de maravilla. Yo estoy tan a gusto a tu lado... —le digo.

—Y yo al tuyo, cariño, eso ya lo sabes. Eso nos hubiera quitado muchos problemas, ¿a qué sí?

—Y tanto. Hemos tenido mala suerte en el amor —le digo.

—No digas eso. Lo hemos disfrutado también, ¿o no?

—Sí, es verdad, tienes razón —le contesto.

—Además —me dice—, la amistad que hemos tenido tan bonita, si alguna vez nos hubiéramos liado, se habría estropeado. Eso seguro. A mí no me ha pasado, pero conozco casos que al final no merecía la pena perder esa amistad por nada.

—Yo también conozco algún caso

—Bueno, vamos a dejarnos de historietas y sigamos con la ruta —me dice.

—Sí, venga, sigamos.

5

Y llegó el viernes.

Apenas he dormido pensando que hoy veo a mis chicas. Estoy deseando tenerlas aquí conmigo. Viene a buscarme el minibús a las nueve; ellas llegan a las diez, o sea, que me tengo que ir preparando ya para estar abajo en punto. Carlos no está; ha tenido que ir a la oficina. Me hubiera gustado que viniera conmigo, pero no ha podido ser. Hemos quedado en que cuando lleguen pasaríamos por la casa para que descansen un rato, y a ver si con suerte él puede llegar a tiempo de verlos antes de salir.

A las nueve en punto estoy abajo. Veo que viene por la avenida un bus, pero no sé si es este. Estoy nerviosa. Se para delante del portal y baja un pedazo de conductor que me da todo. Vaya pibón. Se acerca a mí y, en un español perfecto, me pregunta:

—¿Soledad?

—Sí —digo yo.

—Para llevarla al aeropuerto —me dice.

—Sí.

Y me abre la puerta para que entre. Una vez que arranca, le pregunto cómo se llama.

—Marek —me dice.

—Qué bonito. ¿Y qué significa? —le pregunto.

—Dios de la guerra romano. Viene de Marte.

—Te pega, sí.

Eso lo quiero decir en mi pensamiento, pero, al ver que me mira, sospecho que lo he dicho en voz alta. Así que le digo:

—Es por lo de dios, que te pega porque eres muy guapo.

Es un tío de 1,90, rubio, con ojos azules, cuerpazo y vestido con el traje de chófer, además de simpático y agradable. Él sonrío; cómo no va a saber él que está buenísimo.

—Gracias —me dice—. Su nombre también es bonito, aunque no creo que le vaya mucho su significado. «Soledad»; se la ve feliz.

—Primero, no me llames de usted, por favor. Y segundo, no me quejo, aunque como siempre digo podía serlo más.

—Todos queremos más, pero muchas veces es mejor lo poco que lo mucho —me dice.

—También tienes razón; muchas veces pedimos de más. En el fondo todos somos egoístas.

—Mucho —dice él.

Llegamos al aeropuerto y me acompaña a esperar a mis amigos. Aún queda media hora hasta que el avión aterrice, con lo cual le digo que si quiere que tomemos un café. Acepta y nos dirigimos hacia una cafetería. Una vez allí, nos pedimos un café y, sin darme tiempo a sacar el monedero, a él.

—No, te invitaba yo —le digo.

—Ya está ado, ahora tienes pendiente una invitación. Si te parece bien, claro —me dice.

«Ay, madre», pienso. «Si me parece bien, dice. Me encantará». Así que le digo:

—Hecho, cuando tú quieras.

—Bueno, pues cuando se vayan tus amigos, si todavía sigue en pie la invitación, quedamos.

—Perfecto —le digo.

Terminamos el café y nos acercamos a la zona de la salida de pasajeros. Cuando empieza a salir gente me pongo nerviosa; ya los tengo aquí. Y veo a Iratxe y a Sofía las primeras. Me pongo a saltar y veo por el rabillo del ojo que Marek sonrío. Mis amigas vienen derechas a mí y nos abrazamos. Luego salen Arturo, Jimena —que viene con Martín en brazos— y, detrás de ellos, Carla y Leo. Se acercan a nosotras y nos abrazamos todas. Doy dos besos a los chicos y a Martín me lo como. Está guapísimo y bien grande.

Les presento a Marek. Todos le saludan, pero veo que Arturo me mira como diciendo: «Y ¿este quién es?». Yo me hago la tonta; no voy a dar explicaciones de nada a nadie. Además, no hay nada que explicar. Aunque, siendo mala, me dan ganas de aparentar algo más con Marek para que se lo diga a su amiguito Javi y le joda. Pero no voy a serlo. Por ahora.

Nos vamos todos hacia el minibús. Una vez montados, empezamos a hablar de todo un poco. Como siempre, parecemos un gallinero; es lo que nos pasa cuando llevamos sin juntarnos mucho. Los chicos están acostumbrados, pero Marek nos mira con cara de estar alucinado. Pensará: «Lo que me espera este fin de semana con estas...».

Cuando llegamos al portal, Marek baja a coger las maletas y se despide de nosotros hasta las cinco, cuando nos llevará a conocer un poco Praga. Antes de que se monte en el minibús, me voy hacia él y le doy las gracias. Me mira, sonrío y me dice:

—De nada. Hasta luego.

—Hasta luego —le digo.

Y me giro y me voy con ellos. Arturo está al tanto de todo. Me hace gracia; es como si le hubiera dicho Javi: «Tú estate pendiente de todo, por si hay algo que me tengas que contar a la vuelta». Pues al final va a ser que voy a ser mala.

Ya veremos.

Una vez arriba, les enseño sus habitaciones y empiezan a acoplarse en ellas. Mientras, yo me voy con Martín al comedor. Está precioso y, mientras vienen los demás, nos dedicamos a cantar. Bueno, él no canta; él balbucea. Pero nos lo estamos pasando bomba: es un niño superalegre y no extraña nada ni a nadie, es increíble. De hecho, acaba de llegar Carlos y le presento al peque. Lo coge y le habla, y Martín sonrío, como si le conociera de siempre. Es una monada.

Cuando todos salen al comedor, les presento a Carlos. Las chicas sí le conocen, pero ellos no. Se saludan y empiezan a hablar de Praga. Decimos de ir a comer fuera, aquí cerca, que se come genial y está muy bien. Decidimos que sí, así que vamos hacia el restaurante dando un paseo. Yo estoy como una niña con zapatos nuevos. Estoy encantada de que estén aquí mis chicas. Las veo muchísimo más guapas a todas, y se lo digo a ellas.

—Sí, claro —dice Iratxe—. Ni que hiciera tres años que no nos ves.

—Pues para mí es casi —digo.

—Nosotras también te estamos echando de menos. No nos gusta no verte cuando quedamos, nos falta algo —dice Jimena.

—Y yo, chicas, también os echo de menos. Estoy super a gusto aquí, y con Carlos es una maravilla vivir, pero mi España, mi Madrid, está muy dentro de mí. Y vosotras y mi *family*, no os digo *naaaaa*.

—Normal, nunca has estado tanto tiempo fuera de casa sin ver a tu gente —me dice Sofía—. ¿Cuándo piensas volver?

—No lo sé, la verdad. Creo que todavía no ha llegado el momento de volver y, si os soy sincera, con lo que acabo de conocer... —les digo.

—¿Cómo? —dice Carla—. Cuenta, cuenta.

—Hoy he conocido a Marek, el conductor del minibús — les digo.

—No me extraña que sea una de las razones para quedarte, porque cómo está el nene —dice Iratxe.

Me río.

—Es verdad. Bueno, cuando hemos llegado al aeropuerto, como todavía quedaba para que llegarais vosotras, le he dicho de ir a tomar un café y al final ha ado él, y al decirle que eso era cosa mía me dice que así tengo una invitación pendiente, que cuando os fuerais pues que quedábamos. Y no tengo ganas de que os vayáis, pero sí de quedar con él. Aunque le voy a ver este finde, puesto que es nuestro chófer, no va a ser lo mismo. Quedar fuera del trabajo y ver qué pasa..., porque estoy dispuesta a todo. Tengo que recrearme con ese cuerpo.

—Haces bien —me dice Sofía—. Tú disfruta todo lo que puedas. Jimena me mira y me dice:

—Arturo me lo ha dicho cuando hemos estado en la habitación, que parecía que había algo entre vosotros. Yo le he dicho que no creía, porque no nos habías dicho nada, pero que, si era sí, perfecto. Ya que no tienes que darle explicaciones a nadie.

—¿Y qué ha dicho él? —le pregunto.

—Bueno, ha asentido con la cabeza, pero ya sabes. Retorcido, no entiendo por qué, cuando su amigo es el que no quiere ataduras. Y así se lo he dicho. Y me dice: «Bueno, eso es lo que dice, pero no lo que quisiera».

—Buenooo, esto se pone interesante —dice Iratxe.

Sonríó con cara de mala. «Sí, se pone interesante, sí. Me parece que le va a tener que contar algo a Javi cuando llegue a Madrid».

—Esa cara la conozco, ya lo creo que sí, y me gusta —dice Sofía.

—Sabemos de lo que estamos hablando.

Todas nos echamos a reír.

Llegamos al restaurante y, una vez que hemos pedido la comida y de beber una buena cerveza, Carlos les dice que han preparado unas rutas para que vean Praga y conocerla de primera mano, si no les importa que se una él al grupo.

—Para nada, nosotros encantados de que vengas con nosotros, Carlos —le dice Arturo.

Todos estamos de acuerdo.

Tenemos una sobremesa perfecta. Hasta Martín se está portando genial; es un niño encantador.

Salimos del restaurante y volvemos dando un paseo. No hace mucho frío y hay sol. Hasta las cinco, que hemos quedado con Marek, decidimos ir a descansar un poco.

Cinco minutos antes de las cinco estamos todos abajo. Con puntualidad, Marek aparece a la hora citada exacta. Baja y nos saluda a todos, aunque a mí me mira de una manera especial. Le miro y le sonrío. «Pero qué coño estoy haciendo», me digo. «Pues vivir, hija, y disfrutar», me digo. Nos montamos en el minibús y empieza nuestra clase de historia. Carlos coge un micrófono y nos empieza a explicar:

—El núcleo histórico de la ciudad consta de seis partes que hace tiempo fueron ciudades independientes. Tradicionalmente Praga a tenido otros nombres, como la Ciudad Dorada, la Ciudad de las Cien Torres y el Corazón de Europa. Praga es la capital de la República Checa y la ciudad más importante de la región de Bohemia. Tiene una situación privilegiada en el centro de Europa y está muy bien comunicada con los países vecinos, lo que la convierte en uno de los destinos más visitados del continente. Praga se compone de la unión de cinco antiguas ciudades y está bañada por las aguas del río Moldava. Tradicionalmente, ha sido el centro político, cultural y económico de la República Checa...

Pasamos por sitios maravillosos y Carlos nos va diciendo todo. Estamos todos atentos a lo

que nos cuenta, y vamos mirando lo que nos señala y explica. Cuando llegamos a un sitio donde puede aparcarse el minibús, paramos y nos bajamos a tomarnos una cerveza y algo a picar. Le decimos a Marek que se venga con nosotros. Nos dice que no, pero le insistimos tanto que al final accede a venir. Es un encanto de tío. Carlos se une a él y juntos van hablando, hasta que se paran Leo y Arturo a esperarles, y los cuatro siguen el camino. Joder, me guste esta estampa. Marek es uno más.

Entramos en la cafetería y pedimos de beber unas cervezas, menos Marek, que tiene que conducir y está trabajando. Además, nos recomienda que pidamos una *tlacinka*, que es embutido parecido a la cabeza de jabalí, y un queso que es uno de los más consumidos allí, que se llama *smazeny syr*, así que nos dejamos aconsejar y lo pedimos. Todo riquísimo. Salimos de la cafetería y nos montamos otra vez en el minibús.

Nuestra ruta sigue.



Cuando llegamos al portal, Marek para y abre el minibús.

—Hemos llegado a destino —dice.

—Se nos ha hecho corto —dice Iratxe.

Nos echamos a reír. Martín necesita descansar, ya que, aunque ha dormido la mitad del tiempo, no es lo mismo. Quedamos a las nueve de la mañana del día siguiente para seguir haciendo turismo y pasar todo el día fuera. La verdad es que me gusta la idea de pasar el día con Marek, me gusta. Nos despedimos de él. Cuando paso a su lado, me dice:

—Hasta mañana, Soledad.

Le miro y le contesto:

—Hasta mañana, Marek.

Sigo adelante y pienso en lo bueno que está, porque madre mía cómo está el niño. Subimos a casa y nos tiramos en los sillones. Estamos rotos. Dice Carlos de pedir la cena; hay una pizzería muy buena. Estamos todos de acuerdo. Mientras, Jimena le prepara el baño a Martín. Hoy quiero bañarle yo. Y allí alrededor estamos las cuatro Maris. Martín está en su salsa: tiene a cuatro locas haciéndole toda clase de carantoñas. Una vez bañado y puesto el pijama, a cenar y a dormir, que mañana le espera otro día duro.

Carlos es el mejor anfitrión que conozco. Está disfrutando de todo esto y le agradezco un montón que esté junto a mí. Es muy *salao*, siempre con esa sonrisa. Le quiero con toda mi alma.

Arturo se acerca a mí y me pregunta qué tal llevo todo esto.

—Bien, Arturo —le digo.

—¿Has hablado con Javi? —me pregunta.

—Sí, hace un par de meses me llamó

—¿Y? —me pregunta.

—¿Y, qué? —le pregunto.

—¿Qué pasó? —insiste.

—Pues nada, Arturo. Porque él es como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. A mí me encanta Javi, lo sabes, le quiero con locura. Pero lo que no puedo hacer es seguir con la misma situación en la que él quiere continuar. Quedamos cuando le apetece, follamos, cenamos, pasamos el finde. Si hay alguna fiesta, quedamos y vamos juntos, pero luego para casa. Yo quiero otra vida, Arturo. Quiero formar una familia, quiero venir de trabajar y tener a mi pareja, contarle y que me cuente cómo nos ha ido el día. Una vida que tú estás disfrutando junto a Jimena. No pido mucho, pero para él sí es. Y, como me dice él, no puede darme más. No se lo reprocho. Así que,

simplemente, que me deje hacer mi vida. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro, cómo no lo voy a entender. Lo que pasa es que Javi lo está pasando mal. No lleva nada bien que estés fuera de España, sola, viviendo además con un tío. Se le está yendo de las manos, y creo que después de esto va a recapacitar, porque ya lo está pensando. Piénsalo tú, Sole.

—No sé, la verdad. Hasta hace poco, con un poco de esperanza me habría tirado a sus brazos, pero ahora no lo sé. Ha habido veces en las que me he sentido mal conmigo misma. Cuando mis padres me preguntaban les decía: «Es un amigo». ¿Qué les digo?

¿Es el tío con el que quedo para follar? Mis padres pensarían que él me usa; no es así, porque nos usamos los dos. Es nuestro interés. Pero ya no quiero eso.

—Yo no soy nadie para deciros ni a ti ni a Javi cómo hacer las cosas. Sí te digo que lo está pasando mal y que quiere hablar contigo. Creo que está arrepentido de haber hecho así las cosas, pero tampoco quiero decirte nada. No sé si tienes algo con Marek, que me parecería muy bien, porque además es un tío estupendo y estás en todo tu derecho.

—Arturo, conocí a Marek ayer cuando vino a buscarme para ir al aeropuerto a por vosotros. No hay nada entre nosotros, no nos conocemos. Pero me gusta, y cuando os vayáis, si él quiere, nos conoceremos.

—Muy bien, Sole. No pienses que me quiero meter en tu vida, no es así.

—Ya lo sé, pero te digo una cosa: me da igual si le dices a Javi lo que te acabo de contar. De hecho, díselo.

—Vale, sabes que lo voy a hacer.

—Sí, no importa. Y en cuanto a Carlos, como habrás podido notar, es gay. Eso era otro de los comecomes de Javi, que viviera con un hombre.

Se ríe.

—Pues sí, lo está pasando muy mal. Me va a encantar ver su cara cuando se lo cuente. Lleva unos meses que no hay quien le aguante —me dice.

—Yo decidí callarme. No tenía que darle explicaciones, y me hacía gracia que le jodiera —le digo.

Se une a nosotros Jimena.

—¿Qué pasa por aquí? —pregunta.

—Nada, estamos hablando de Javi —le digo.

Jimena mira a Arturo y le dice:

—No entiendo por qué.

—Bueno, simplemente hablamos de él. No le estoy diciendo lo que tiene que hacer —dice él.

—Estaría bueno. En todo caso, se lo tendrías que decir a él, que es lo normal que hiciera —dice Jimena.

—Chicos, vale, no discutáis —les digo—. Estoy en un momento de mi vida que hago lo que me da la gana. No me influye nadie —les digo.

—Bien, pues ya está —dice Jimena—. Vamos con los demás.

—¿Y Martín? —pregunta Arturo.

—Durmiendo —contesta Jimena.

La coge de la cintura y nos vamos donde están todos. Hacen una pareja maravillosa; me encantan.

Todos a cenar.



Al día siguiente.

Bajamos todos a la hora prevista. Ya está Marek esperándonos fuera del minibús. Nos saluda a todos y nos montamos. Una vez que estamos todos dentro, se monta Marek y arranca. Carlos coge el micrófono y empieza a cantar la canción que todos hemos cantado en las excursiones del colegio:

—Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña...

Y todos le seguimos. Ahora el que flipa es Marek. Se ríe.

Cuando llegamos a los alrededores del cementerio judío, aparca el minibús y bajamos. Esta vez son los chicos los que le dicen a Marek si quiere venirse con nosotros. Él asiente y echa a andar con ellos.

Después de horas andando, paramos a tomarnos unas cervezas y a comer algo. Hablamos, nos reímos; nos lo estamos pasando genial. Salimos del restaurante y seguimos la ruta hasta que ya estamos cansados y decidimos irnos para casa. Marek nos lleva de vuelta a casa. Cuando llegamos, Arturo le dice que a qué hora va a venir a buscarlos para llevarlos al aeropuerto.

—Me dijo Soledad que el avión sale a las dos de la tarde, así que estaré aquí a las doce —le dice Marek.

—¿Da tiempo de sobra? —pregunta Arturo.

—Sí, tranquilo, da tiempo —le contesta.

Nos despedimos de él hasta el día siguiente.

Cuando hemos cenado y nos relajamos todos, hablamos de lo bien que nos ha salido todo. Lo hemos pasado genial, hemos estado todos juntos de maravilla y nos queda un buen sabor de boca a todos. Carlos se une y dice que los va a echar de menos. Le ha encantado conocerlos y solo le queda decir que ahí tienen a un amigo para lo que sea.

Ellos le contestan lo mismo, y Arturo le dice que cuando vaya a España tienen que quedar y hacer una salida por el Madrid que nos gusta a todos. Carlos le dice que eso lo tenga claro, que tiene desde ya un viaje pendiente a Madrid.

Nos acostamos. Ha sido un día duro y estamos cansados.

Buenas noches.



Cuando nos levantamos, Carlos nos ha preparado un pedazo de desayuno; es un amor. Desayunamos todos juntos y lo estamos disfrutando. La verdad es que disfrutamos todo. Somos así, nos encanta estar juntos y le sacamos el mayor partido a nuestras quedadas. Pero estar aquí, fuera de casa, nos hace vivirlo todo más.

A las doce estamos en el portal y llega Marek. Nos montamos y arrancamos camino del aeropuerto. Cuando llegamos, nos bajamos y nos despedimos.

—Ay, mis chicas, os voy a echar de menos otra vez —les digo.

—Y nosotras a ti —dice Carla.

Empieza el desfile de besos y abrazos.

Se van.

Mis chicas se van.

Mi cara es de tristeza. Marek se acerca a mí y me pasa un brazo por el hombro. Le miro y le digo:

—Gracias.

Cuando ya no les veo, nos giramos y vamos al minibús. Estoy triste. Marek abre y subo. De vuelta a casa, intenta distraerme por el camino, y se lo agradezco, pero ahora mismo estoy en mi mundo. Cuando llegamos a casa, para y me dice:

—Toma, este es mi número de teléfono. Llámame y quedamos para tomarnos algo.

—Sí, lo haré —le digo—. Muchas gracias por todo, has sido un encanto.

Y me acerco a él y le doy dos besos.

—Gracias a vosotros, habéis sido encantadores, de verdad — me dice.

—Sí que lo son —le digo.

—Lo eres —dice él.

Y me bajo del bus. Me giro y le digo:

—Nos vemos pronto. Chao.

—Adiós —me dice.

6

Han pasado dos días desde que mis amigos se fueron. Tuvieron un buen viaje de vuelta y les ha gustado mucho estar el fin de semana conmigo aquí. Bueno, y con Carlos y Marek. En el grupo de Las Maris hemos estado hablando de Javi. Les conté lo que estuve hablando con Arturo, y las chicas me apoyan en todo lo que haga, por supuesto. Pero Jimena, que es la que ve a Javi, me dice lo mismo que Arturo: que lo está pasando muy mal, pero no sabe qué hacer exactamente. Le da miedo dar un paso y que sea en falso.

Yo les he dicho que quiero con locura a Javi, pero que no estoy dispuesta a seguir en esas condiciones. Y lo que tampoco quiero es que él se vea obligado a ello. Si quiere, bien. Pero que sea por él.

Jimena me preguntó que, si él daba el paso, qué le diría yo.

«Pues no sé», le contesté. «Aunque sabéis que cuando le tengo delante me aflojo».

Iratxe me dijo que qué iba a pasar con Marek.

«Tengo una cita pendiente con él. No sé qué va a pasar, estoy abierta a todo. Es un buen tío y está buenísimo. Pero, para seros sincera, no sé».

Las chicas están todas de acuerdo en que Marek es un buen tío y me dan la razón en que está buenísimo.

Sofía dice que, si no lo quiero yo, que se lo mande. Qué bruta.

Dos días después llamo a Marek.

—Hola, Marek.

—Hola, Soledad, qué alegría escucharte.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien, ¿y tú? —me dice.

—Bien, no me quejo. ¿Puedes quedar un día de estos? —le pregunto.

—Sí, mañana libro, ¿te parece bien?

—Por mí, genial. ¿Vienes a buscarme? .

—Sí, a las seis en tu portal.

—Vale, nos vemos mañana.

—Hasta mañana —me dice.

—Hasta mañana —le contesto.

Cuando cuelgo veo que no estoy tan entusiasmada como debería al quedar con un adonis, rubio, de ojos azules y todo un caballero. Pero bueno, tampoco se trata de una cita. O eso creo.

Salgo de la ducha y escucho el móvil a lo lejos. Voy corriendo y veo en la pantalla: «Javi».

«El que faltaba», pienso.

—¿Sí? —contesto.

—Hola, Sole, ¿cómo estás? —me pregunta.

—Bien, y ¿tú qué tal?

—No tan bien como tú —me dice.

—¿Y eso? ¿Te pasa algo? —le pregunto.

—Sí. Me pasa que no estoy bien, que te echo de menos, que lo estoy llevando mal el no verte, el no poder llamarte todo lo que yo quisiera —me dice.

—Bueno, se te pasará —le digo.

—Sole, ¿te estás cachondeando de mí? —me dice.

—No, para nada —le contesto.

—Pues parece que sí. Joder, Sole, es que no entiendo por qué hemos llegado a esto.

—Mira, Javi, no tengo ganas de mosquearme, así que vamos a dejar el tema ...

—Qué fácil es para ti —me dice.

—¿Fácil? ¿Tú crees que para mí es fácil? Para ti sí que lo ha sido —le contesto.

—Eso lo dices tú —me dice.

—Pues claro que lo digo yo, porque ha sido así. Y si no, tenías otra alternativa, pero no te interesaba. Así que ahora tendrás que apachucarse con tu elección —le digo, alterada.

—Joder, es que no te estás dando cuenta de lo que te estoy diciendo —me dice.

—Sí, Javi, me doy perfectamente cuenta de lo que me estás diciendo. Pero es que lo que yo creo es que no tienes nada claro lo que quieres, entonces no me vale nada lo que me digas.

—Sí sé lo que quiero —me dice.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber qué es? —le digo.

—Te quiero a ti, Sole. Quiero ir a por todas contigo. ¿Qué me dices?

—No sé qué decirte ahora mismo, Javi. Necesito pensar.

—Vale —me dice—. Piénsalo y me dices.

—Muy bien, ya hablaremos —le digo.

—Te quiero, Sole.

—Adiós, Javi.

Tengo sentimientos encontrados. Esto me hubiera hecho saltar de alegría en otro momento de mi vida, ¿por qué ahora no? No sé realmente cómo me siento. Cuando viene Carlos le cuento lo que ha pasado. Él me escucha atentamente, no me interrumpe, y cuando he acabado de hablar me dice:

—Vamos a ver, Sole, lo que te está pasando es normal. Tú has dado todo por él mientras estabais juntos. No quiero decir que él no, pero cuando tú le pediste más y viste el rechazo en él, eso te minó el alma. De hecho, estás aquí, conmigo, lejos de tu casa, para dejar pasar el dolor que sentías por él. Ahora ves que tú estás mejor, aunque no quiero que te engañes, sigues enamorada de él. Pero puedes rehacer tu vida. No tienes ese dolor del principio, como es normal, pero también quiero que sepas que, cuando vuelvas a tu casa y a tu rutina, no va a ser como ahora. Todo vuelve, y más si le ves. Eso lo tienes claro, ¿no?

—Sí —le digo.

—Bien, porque es importante que sepas que, cuando vuelvas y le veas, tienes que tener claro qué es lo que deseas. Él ya te ha dicho lo que quiere; solo falta que lo digas tú. Ahora dime, ¿has llamado a Marek?

—Sí, hemos quedado mañana —le digo.

—¿Y? —me pregunta.

—Pues que cuando he colgado no estaba tan ilusionada como tendría que haber sido al conseguir que ese pibón se fijara en mí.

—¿Y sabes por qué es? —me pregunta.

—Sí. Porque por muy enfadada que esté con Javi le sigo queriendo.

—Exacto —me dice—. Ahora te digo una cosa: no empieces una cosa si sabes que lo único que puede pasar es que la otra persona sufra. Él ya ha sufrido lo suyo; su mujer lo abandonó, y le dejó con el niño. En aquel momento tenía dos años; ahora tiene cuatro y es un padrazo.

Mi cara dice todo lo asombrada que estoy. Ni por un momento pensé que pudiera tener un hijo;

no me había comentado nada. ¿Con quién lo va a dejar? ¿Se lo llevará? No creo, aunque no me importaría. Carlos y yo seguimos hablando durante mucho rato. Es un tío al que da gusto oír hablar; se nota que la vida le ha dado muchos reveses y sabe de todo, como yo le digo. Nos dan las tantas y decidimos acostarnos. Mañana será otro día.

Tened felices sueños.



Al día siguiente, a las seis, está esperándome en el portal. Le saludo y le doy dos besos. Qué altura tiene el tío; la verdad es que era para que me pillara en otro momento de mi vida y no pensármelo. Aunque él sabe que estoy de paso por aquí, que voy a volver a Madrid. «Bueno, no empieces a dilucidar. A ver qué pasa».

Nos vamos andando hacia el puente de Carlos. Me dice que vamos a cenar en un restaurante típico de allí que me va a gustar.

Cuando llegamos a la zona nos tomamos una cerveza antes de ir al restaurante. Allí nos ponemos a hablar de nuestras vidas.

—¿Qué haces en Praga, Soledad?

—Pues curar el corazón, Marek.

—¿Tanto daño te han hecho?

—No debería de haber sido así, más que nada porque tampoco teníamos una relación normal.

—¿Y qué relación tenías, si se puede saber?

—Una muy cómoda en un principio, pero que luego se me ha ido haciendo poco. Quería más, y la otra persona en ese momento no estaba dispuesta a dármelo.

—¿Y ahora sí quiere?

—Parece ser que sí, que ahora me echa de menos y está dispuesto a dar un paso más adelante.

—¿Y tú quieres dar ese paso ahora?

—No lo sé. Tengo dudas, pero más bien porque, conociendo como conozco a Javi, me asusta que ahora diga que sí para que luego salgamos por peteneras. —Como veo que no ha entendido la palabra, le digo—: Que terminemos mal, ¿me entiendes?

—Sí, te entiendo perfectamente.

—¿Y tú? Cuéntame qué hace un tío tan guapo como tú soltero.

—Soy divorciado, tengo un niño de cuatro años.

—¿Cómo se llama?

—Josef, como mi padre.

—Bonito nombre. ¿Y a quién se parece?

—A mí, es un clon mío.

—Pues el niño tiene que ser una preciosidad.

—Lo es.

—¿Dónde lo tienes ahora?

—Está con mis padres. Ellos me ayudan mucho con él, mientras trabajo y lo poco que salgo. Ellos me animan a que salga, pero eso es quitarle horas a mi hijo.

—¿Por qué no te lo has traído?

—No era el día. Quizá en otro momento lo traiga.

—A mí no me hubiera importado. Tengo que conocerle, ¿eh?

—No te preocupes, ya le conocerás.

—¿Qué pasó con tu mujer?

—Nos abandonó. Un día se levantó, hizo las maletas y me dijo que se iba, que había conocido a otro y que no quería saber nada de mí. Cuando le pregunté por su hijo, me dijo que en un principio no podía hacerse cargo de él, que ya hablaríamos. Y hasta hoy. Bueno, para Josef ha sido lo mejor, porque me llegan cosas que no me gustan, y doy gracias de que su madre no se acuerde de él.

Nos levantamos y nos dirigimos al restaurante. Una vez sentados, pedimos la cena y seguimos hablando.

—¿No has intentado rehacer tu vida? —le pregunto.

—No, me he dedicado a mi hijo. No quiero decirte que no haya estado con mujeres, pero no en una relación.

Cenamos y volvemos a casa. Una vez que estamos en el portal, me propone quedar otro día.

—Vale, encantada.

Cuando de pronto veo que viene por la calle Javi. No puedo creer lo que estoy viendo. Cuando llega, me saluda y me dice que tenemos que hablar, que es urgente. Mira a Marek y, muy educadamente, a pesar de tener una cara de perro, le pide disculpas y le dice que es muy urgente. Marek le dice que sin problema, me da dos besos y se va.

Cuando nos quedamos solos le digo:

—¿Qué haces aquí?

—¿Podemos subir a tu casa?

—No creo que sea lo mejor —le digo.

—Hazme caso, sí es lo mejor. Vamos, por favor.

Me está asustando. No quiero ni preguntar, no quiero saber. Subimos y, una vez que estamos arriba, Carlos se asombra de verle allí. Los presento y Carlos dice que ahora sube, que va a por unas cosas.

Una vez estamos solos, se acerca a mí, me coge de las manos y me obliga a que me siente.

—Sole, estoy aquí porque ha pasado algo muy grave.

Estoy temblando, pero no soy capaz de articular ninguna palabra.

—Leo a muerto.

Empiezo a llorar, a gritar.

—¡No puede ser, no puede haberle pasado eso, es muy joven! Y Carla, ¿cómo está mi niña?

—Destrozada —me dice.

—¿Por qué nadie me ha llamado? —le pregunto.

—Porque no querían que estuvieras sola y, si piensas viajar a Madrid, que hicieras el viaje tú sola.

—Tengo que ir —le digo.

—Ya, no te preocupes. Ya tenemos vuelo de vuelta —me dice.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunto.

—Un accidente de tráfico. Chocó de frente contra un camión; murió en el acto.

—Ay, Leo.

Me hincho a llorar, pienso mucho en él, pero no puedo dejar de pensar en Carla.

—Está destrozada —me dice Javi.

Ella, que tenía todos sus sueños cumplidos con Leo, que era el amor de su vida, ahora pasando por esto... Mi niña, ya voy a tu lado. Nos necesitas a tu lado, aunque no podamos quitarte el dolor que sientes.

—¿Cuándo ha sido? —le pregunto.

—Esta mañana —me dice.

Sigo llorando. Cuánto dolor siento, cuánto dolor tienes que sentir ahora mismo tú, Carla. Qué manera de arrancarle de tu lado.

—¿A qué hora sale el avión?

—Nos tenemos que ir en una hora. Te ayudo a hacer la maleta.

Nos vamos a mi cuarto. Empiezo a meter todo a saco, me da igual. Tengo que irme y llevarme todo. Ahora toca cuidar a Carla.

Carlos sube mientras estoy haciendo la maleta, le oigo, salgo corriendo por el pasillo, llorando. Él se asusta.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

Me lanzo a sus brazos, no puedo parar de llorar. Sale Javi de la habitación y le dice a Carlos que Leo ha muerto en un accidente de tráfico esta mañana. Carlos me abraza con fuerza y llora también. Los días que pasaron juntos hicieron muy buenas migas. No puede creérselo.

—Sole, ¿vas a Madrid? —me pregunta.

—Sí, nos vamos en cuanto termine de hacer las maletas —le digo.

—Yo no puedo irme ahora, pero en cuanto solucione unas cosas del trabajo me voy para Madrid.

—Llámame y te vienes a mi casa.

—No, Sole, me voy donde mi tía. Siempre está diciendo que cuándo voy a ir a verla.

—Bueno, eso da igual. Llámame y te recogemos en el aeropuerto, ¿vale, Javi?

—Por supuesto, te doy mi teléfono para que me llames a mí y vamos los dos a por ti —le dice Javi.

—Gracias —dice Carlos—. Venga, que hay que salir cuanto antes, que a esta hora se ponen las carreteras peor. Voy a llamar a Marek para que os lleve. ¿Te parece bien? —me pregunta.

—Sí, claro, es lo mejor —le digo.

Nos vamos todos a mi cuarto. Ya tengo casi todo dentro. Me ayudan a cerrar las maletas.

En quince minutos estamos bajando. Marek está esperando ya. Cuando estamos en la calle, Marek sale y viene derecho a abrazarme. Se lo ha debido de contar Carlos. No me dice nada, solo me abraza.

—Venga, tenemos que irnos —dice Marek.

Nos montamos en el coche. Carlos viene también; prefiere estar conmigo hasta el último momento y, de paso, se saca el billete para Madrid. Quiere estar allí sí o sí. Eso es lo que conseguía Leo siempre: que la gente se enamorase de él rápido. Siempre pendiente de todo el mundo, siempre al servicio de todos.

Cuando llegamos al aeropuerto, nos bajamos del coche y me acerco a Marek. Le digo:

—Ha sido un placer conocerte, Marek.

—Igualmente, Soledad. No sé si volveré a verte, pero, si no es así, espero que te vaya todo lo bien que te mereces.

—Gracias, te deseo lo mismo. Eres todo un caballero.

Nos damos dos besos y me abraza. Mientras, me dice que cuide de Carla, que estemos a su lado ahora que nos necesita tanto.

—No te preocupes, Marek, así va a ser.

—Cuídala —le dice.

—Lo haré —dice Javi.

Nos despedimos y entramos. Cuando llegamos adonde tenemos que facturar, nos despedimos de Carlos; tiene que comprar el billete.

—Nos vemos en breve, cariño —me dice Carlos.

Le abrazo y le doy las gracias por todo.

—Ni se te ocurra. Venga, que en un rato nos vemos otra vez. Chao.

—Chao —le decimos los dos.

Javi me tiene todo el rato abrazada. Estoy tan destrozada que no tengo ni fuerzas para nada. Una vez que hemos facturado, me lleva hacia una sala donde podemos sentarnos hasta que nuestro vuelo salga. Se me está haciendo eterno; quiero estar allí ya.

—¿Sabemos algo de las chicas? —le pregunto.

—Están todas con Carla —me contesta.

—¿Cómo es que estás tú aquí? —le pregunto.

—Cuando me llamó Arturo para darme la noticia, me dijo que Jimena no sabía cómo hacerlo contigo. Lo tenías que saber, pero les daba miedo que quisieras venir tú sola. Yo le dije que vendría a por ti y me dieron la dirección. No queríamos que hicieras el viaje sola.

—Gracias —le digo.

—No hay que darlas. Yo tenía que estar aquí contigo —me dice.

Le miro y me apoyo en su hombro.

Nos ponemos en la cola para entrar en el avión. Una vez dentro, me lleva hasta el asiento y me sienta. Voy como si fuera flotando. Me agarro con fuerza a él cuando vamos a despegar. Mi miedo a volar. Una vez que estamos arriba, intento tranquilizarme un poco.

Javi no sabe qué hacer conmigo, si hablarme o no. Solo me tiene agarrada, no me suelta. Cuando pasa la azafata con el carrito, me dice que si quiero un café o algo. Le pido un café con leche y él pide algo de picar. Nos sirve. Le pregunto a Javi si nos va a venir a buscar alguien al aeropuerto.

—No —me dice—. Dejé mi coche en el *parking*.

—Mejor, así vamos directos. ¿Verdad?

—Sí, claro. Tú por eso no te preocupes; ellos están en el tanatorio ya. Vamos del tirón.

Se me caen las lágrimas. Pobre Leo, no dejo de pensar en él. Con todo lo que tenía por delante junto a su mujer, siempre haciendo planes juntos..., y ahora en un tanatorio, muerto. No me entra en la cabeza. ¿Por qué? No es justo.

Aterrizamos y bajamos del avión, luego nos dirigimos al *parking*. Javi me lleva de la mano. Cuando llegamos al coche, me abre la puerta y me ayuda a sentarme. Entra en el coche y arrancamos en dirección al tanatorio. Estoy muy nerviosa; me da miedo lo que me voy a encontrar cuando llegue. Me da miedo ver a Carla.

Cuando llegamos, nos bajamos y nos dirigimos a la sala. Al pasar por la puerta veo en una pantalla: «Leo López Quesada, sala 2». Me pongo a llorar. Cuando entramos en la sala, se oyen los lloros. Busco con la mirada a Carla. Cuando la veo, me suelto de la mano de Javi y corro hacia ella. Al verme, llora con una agonía tan grande que me encoge el estómago.

—¡Sole! —grita—. ¡Mi chico, Sole! Mi chico se me ha ido... Me abrazo a ella. Lloramos juntas, no sé qué decirle. ¿Qué puedo decirle? No hay palabras de consuelo, ni para ella ni para sus padres, que están hundidos.

Las chicas nos abrazan. Estamos las cinco así durante un rato, llorando juntas, intentando darle fuerza a Carla. Cuando nos soltamos, la obligamos a que se siente. Me habla de Leo, me dice tantas cosas de él que no paramos de llorar.

—Mira, Sole, donde está. ¡Mira mi chico donde está! —dice con un grito de impotencia en su voz—. Qué duro es todo esto. ¡¿Por qué nos ha pasado esto, por qué a mi chico, por qué?! —insiste.

No podemos decirle nada, solo estar ahí con ella. Vienen mis padres. Les ha llamado Jimena

esta tarde para decírselo; les dijo que yo también vendría. Mis padres van a abrazarse a Carla; está destrozada, llora sin consuelo. Mi madre llora con ella.

—Hija, cuánto lo siento, cuánto siento que estés pasando por todo esto. Era un cielo —le dice mi madre.

—Sí, mi chico era un cielo, mira cómo está el tanatorio, todo el mundo está aquí, todos han venido por él... Siempre tan bueno y tan atento con todo el mundo...

No puede seguir hablando, llora con tanta pena. Mi padre la abraza y la besa. Se retira; este dolor puede con él.

Pasamos toda la noche en el tanatorio con Carla, los padres de Leo y los padres de Carla. Javi también se ha quedado. Está muy pendiente de mí; se lo agradezco, pero no le estoy haciendo mucho caso, ahora no. Aparece de pronto Carlos. No me había vuelto a acordar de él. Llamó a Javi y él fue a buscarle; se lo agradezco. Carlos se acerca a Carla, la abraza y, llorando los dos, no paran de decir que es una pena todo esto. Carla como puede le agradece que esté allí. Se lo agradecemos todos.

A las doce viene el cura a darle un responso, pues a la una está prevista la incineración. Una vez dado el responso, abren la puerta para que Carla y sus padres se despidan de Leo.

Carla está histérica; nos asusta verla en ese estado. Cuando entra a verle los gritos se oyen desde fuera.

—¡No voy a verte más, mi amor! ¡Qué voy a hacer sin ti! ¡Qué sola me dejas!

Todo lo que oímos nos pone los pelos de punta. Qué dolor tan grande.

Cuando salen nos dirigimos a la capilla, le van a hacer una misa. Cuando entramos está el ataúd en el altar. Carla y la familia se sientan en el primer banco; nosotros estamos justo detrás de ellos. Le dan la misa. Los lloros son la música que hay en esa capilla. No podemos parar de llorar: Leo se nos ha ido, Leo se nos va para siempre.

Cuando termina la misa, Carla se levanta y se lanza al ataúd. Lloro, desconsolada. Le dice que le quiere y que siempre estará con ella.

—Te quiero, Leo —le dice.

Estamos todos encogidos de dolor. Nos acercamos a por Carla, que no quiere levantarse, pero insistimos. Tenemos que irnos.

—Pero ¿es que no veis que no le voy a ver nunca más? No puedo irme y dejarle aquí solo.

—Carla, cariño —le dice Jimena—, vámonos. Mañana tenemos que venir a por sus cenizas. Ahora se tiene que ir.

Ella la mira con la cara desencajada de dolor y asiente. Se agarra a la mano de Jimena, salimos de la capilla y pedimos por favor que no le vuelvan a dar el pésame; no puede más y tiene que intentar descansar. La gente lo entiende y se empieza a retirar. Nos llevamos a Carla a casa.

Mañana será otro día.



Hemos pasado una noche horrible, no hay consuelo para Carla. Nos fuimos Iratxe, Sofía y yo con ella a su casa, porque no quiso que fuéramos a la de ninguna de nosotras. Necesitaba estar con las cosas de Leo. A las doce le decimos que podemos ir ya a recoger las cenizas; solo hay que avisar a los padres de Leo, porque también querían estar en ese momento. Al final les llamamos y les decimos que a la una estaremos allí. Ellos también están destrozados; han perdido a su hijo.

Mientras Carla se da una ducha arreglamos un poco la casa, por si viene alguien luego que esté todo en su sitio. Cuando sale de arreglarse lo que se ha puesto nos impacta a todas. Está vestida rigurosamente de negro. Nos miramos y Sofía le dice:

—Carla, no es necesario que vistas así. El amor va por dentro.

—Lo sé, pero hoy estoy así por dentro y quiero estarlo por fuera —le dice Carla.

—Bien —le dice Sofía.

—Cuando queráis, chicas. Estoy preparada —nos dice.

La tomo de la cintura y echamos a andar hacia la puerta. Vamos en el coche de Iratxe. Al montarnos, nos dice que hay que pasar a recoger a Jimena, que ella también quiere ir, así que nos desviamos a por ella. Ya está avisada de que vamos, o sea que cuando doblamos la esquina de su calle la vemos esperándonos en la acera. Paramos y se monta.

—¿Cómo estás, mi niña? —le pregunta a Carla.

—Destrozada, Jimena. Me han arrancado de un bocado mi vida.

—Lo sé, cielo. Es muy duro —dice Jimena.

—Mucho. Tengo un vacío tan grande dentro de mí... —dice Carla.

—Ahora tienes que ser fuerte, Carla, no puedes hundirte. Él no querría que te hundieras —le dice Jimena. Es el miedo que tenemos todas: que se nos hunda.

—Ya lo sé. Él, que siempre miraba por los demás... No lo voy a hacer, chicas, no os preocupéis. No voy a hundirme; se lo debo a Leo.

—Exacto, tienes que ser fuerte por él —le digo.

Cuando llegamos al tanatorio nos están esperando los padres de Leo. Vamos hacia ellos y nos abrazamos todos. Carla y la madre de Leo rompen a llorar; están desconsoladas. Cuando vemos que están más tranquilas, nos acercamos al mostrador y Carla le entrega el papel para que le den las cenizas de su marido.

Cuando viene la señorita con la urna nos la enseña; pone el nombre de Leo en una placa. Carla firma un papel y le entrega las cenizas. Lo abraza contra el pecho y rompe a llorar.

—Mi chico —dice—, mi chico.

Se lo da a su suegra, que hace lo mismo con la urna. No hay consuelo para ellas. Estamos todos destrozados. Cuando llegamos al coche Carla le dice a su suegra que se lleve ella la urna; ella no podría tenerlas en casa, y nunca habían hablado qué hacer con ellas en un caso así. Ella asiente con la cabeza y le da las gracias por llevarse ese cachito de su hijo.

—Iros ya, tenéis que descansar —les dice Carla.

—Tú también, hija. Llámame cuando quieras, no dejes de vernos.

—Así lo haré, no os preocupéis. Os quiero.

—Y nosotros a ti.

Se dan un beso y se van hacia su coche. Nosotros le decimos a Carla que entre en el coche, que ella también tiene que descansar. Tiene una tarea muy importante a partir de ahora.

Salir adelante.

7

Hace una semana que Leo no está con nosotros. Sus padres hacen hoy una misa. Nos juntamos todos en la puerta de la iglesia: Carla viene con Sofia, que ha ido a buscarla. Intentamos dejarla sola lo menos posible, aunque no ha querido ni salir de su casa para ir a una de las nuestras una temporada ni que nos trasladáramos a la suya.

—Esto tengo que pasarlo así, chicas, entendedme —nos dijo el día que veníamos de recoger las cenizas.

Ahora, eso sí, intentamos que salga todo lo posible, y si no, nos pasamos por su casa cuando sale del trabajo. Viene Javi con Arturo y con Jimena. Desde el día del tanatorio no he vuelto a verle. Cuando se acerca a nosotras nos saluda con un beso a cada una, se para a mi lado y me pregunta cómo estoy.

—Dentro de lo que cabe, bien, gracias —le digo.

Yo sigo con la excedencia. Tengo más tiempo para dedicarle a Carla, pero tener tantas horas libres me está matando, por otro lado.

Entramos en la iglesia y empieza la misa. Cuando el cura nombra a Leo, se oyen los sollozos de la madre y de Carla. Cuando salimos, están más calmadas, pero Carla insiste en que quiere ir a dar un paseo por el Retiro, ese parque que tantas alegrías nos ha dado a las cinco y a ella con Leo. Le decimos que estamos de acuerdo, que dejamos los coches ahí y nos vamos dando un paseo. Javi dice que si se puede unir al paseo; me mira de reojo.

—Claro —dice Carla.

Cuando llegamos al Retiro, nos vamos a nuestra zona de siempre. No nos podemos tumbar en el césped, pero nos da igual. Nos sentamos en los bancos, unos arriba y otros abajo, como cuando éramos jóvenes. Pasamos un buen rato; por lo menos estamos entretenidos. En un momento dado, Javi dice de ir a por unos refrescos. Decimos que perfecto, y me dice que si le acompaño.

—Vale —le digo.

Cuando ya sabemos qué quiere cada uno, ponemos rumbo a los refrescos y ahí es donde ataca.

—¿Quieres que quedemos un día de estos? —me pregunta.

—No, Javi. Ahora no estoy para nada. Me estoy dedicando a Carla y, aunque tengo muchas horas libres, las quiero tener en paz y dejar de comerme la cabeza por otras cosas.

—Sole, no creo que haya necesidad de dejar tu vida a un lado —me dice.

—No la estoy dejando —le digo.

—Sí, sí la estás dejando. Tú misma me lo estás diciendo.

—Javi, me fui a Praga para quitarme el mal rollo que tenía. Ahora no lo tengo y no lo quiero en mi vida, así que deja de decirme si hago o dejo de hacer, ¿vale?

—Vale. Si me parece muy bien todo lo que me dices, pero creo que deberíamos hablar —me dice.

—No quiero hablar, Javi. Ya no.

—Joder, Sole.

—Ni joder ni leches. Tú tomaste una decisión, no pensaste si a mí me dolía o no. Pues ahora apechugas con las consecuencias de tu decisión.

—No eres justa —me dice.

—No soy justa, claro. Pobrecito.

—Pobrecito no —me dice.

—Mira, Javi, no sé qué va a pasar de ahora en adelante —le digo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro —le contesto.

—¿Marek y tú habéis tenido algo?

—Creo que esa pregunta te sobra. ¿Yo te he preguntado a cuántas tías te has tirado desde que no follas conmigo?

Su cara es un poema; él sabe que tengo razón. No tengo que dar explicaciones a nadie.

—¿Y si te digo que a ninguna? —me dice.

—No te creería, aunque me tiene que dar igual —le digo.

—Pues créetelo, porque así ha sido —me dice.

En el fondo me gusta saberlo, pero nunca se lo diría.

—Javi, ya da igual. No tenemos que darnos explicaciones de nada.

—Quedamos un día de estos y hablamos —me dice—. Por favor.

Le miro. Es tan guapo... Me tiene loca, pero quiero ser fuerte.

—No lo sé, Javi, de verdad. Creo que no va a ser bueno.

—Sí lo va a ser, ya verás —me dice.

—A lo mejor para ti, pero para mí no lo va a ser —le digo.

—¿Quieres que te recoja mañana al mediodía y nos vamos a comer por ahí? —me dice.

—Madre mía, de quedar un día de estos a mañana —le digo.

—Te recojo a las una y media en tu portal. Dime que sí.

—De acuerdo —le digo.

Llegamos al quiosco y compramos los refrescos y unas patatas. Nos damos la vuelta, y cuando llegamos nos dicen:

—Creíamos que os habíais perdido, chicos.

—Para nada —les digo.

—Ya vemos, ya —insisten.

Nos tomamos el pisco-labis y decidimos que ya ha llegado la hora de volver a casa. Nos vamos dando un paseo hasta los coches. Una vez allí, nos despedimos de Carla y de Sofia, que es la encargada de llevarla de vuelta a casa. Cuando me voy hacia mi coche, Javi me sigue y me para.

—¿Te apetece que vayamos a tomar algo ahora?

—¿Ahora? —le digo.

—Sí, me apetece estar contigo —me dice.

—¿No has traído coche? —le pregunto.

—No, vine con Arturo —me dice.

—Muy bien, monta —le digo.

Cuando estamos en el coche, le pregunto dónde quiere ir.

—¿Vamos a mi casa y pedimos la cena? —me pregunta.

—Vale —le contesto.

Sé que me estoy metiendo en un jardín, pero es que no puedo remediarlo. Cuando estoy con él me aflojo, siempre lo digo. Pero es que es así. Puede conmigo, este pibón.

Llegamos a su casa y, cuando entramos, muchos momentos me vienen a la memoria: momentos muy bonitos, muchas risas, mucho sexo.

Rico sexo.

Nos dirigimos al salón, pero de pronto me coge de la mano, me atrae hacia él y me besa. Yo le sigo, no paro, y nos besamos con tantas ganas, tanta lujuria, tanta pasión... Nos tocamos el uno al otro, tenemos ganas de más, queremos más y, sin soltarnos, nos vamos al dormitorio, nos desnudamos y la pasión se desata.

Nos tumbamos en la cama. Él se despegas de mí, me coge los pechos, me lame los pezones, despacio, como sabe que me gusta. Mientras, me toca el clítoris, me lo frota; estoy muy excitada. Me introduce un dedo, dos, los mete y los saca. Quiero más, pero él no quiere darme aún. Me incorporo y me lanzo a su pene; ahora quiero ser yo la que le dé ese placer. Me introduzco el pene en la boca, lo succiono, lo lamo, le paso la lengua por el glande y me lo meto hasta dentro. El gemido que hace me excita más aún. Sigo; le voy a poner al límite, como él me ha puesto a mí. Seguimos dándonos placer hasta que me monto encima y empiezo a cabalgar, a frotarme con su pubis. Qué gusto, por Dios; cómo había echado de menos esto. Nos movemos, nos frotamos, gritamos de placer y nos llega el éxtasis.

—Oh, síííí, sigue —me dice—, sigue.

Y me sigo moviendo hasta que le llega la explosión.

Me coge para que no me mueva; quiere tenerme dentro aún, me dice. Nos besamos, tenemos ganas de más, pero nos vamos a dar una ducha. Siempre nos ha gustado tener sexo en la ducha, así que cuando nos recuperamos un poco nos metemos en la ducha y, mientras nos tocamos, nos besamos bajo el agua. El pene de Javi vuelve a estar erecto, así que me bajo a por él, y cuando me incorporo me levanta y me introduce el pene de golpe.

—Oh, mmm.

Me presiona contra la pared mientras sus movimientos cada vez son más rápidos. Nos besamos con pasión y, entre los besos y ese movimiento tan mágico, volvemos a sentir cómo viene el orgasmo a nosotros.

Placer.

Salimos de la ducha. A Javi le flojean las piernas. Nos reímos; siempre que lo hacemos en la ducha le pasa. Nos secamos y nos vestimos. Vamos a pedir la cena. Llama Javi al restaurante y pide la cena. Cuando cuelga, se sienta al lado mío, me agarra la mano y me dice:

—Esto es lo que llevo queriendo desde que te fuiste.

—Esto, Javi, es lo que tenías y no es lo que vas a tener. Como ves, nos llevamos estupendamente en la cama, pero después de la cama pocas cosas hemos hecho juntos.

—No es así. Estás exagerando un poquito, ¿no crees? —me dice.

—Ese es tu problema, que todo lo que tú ves normal yo lo exagero —le digo.

En ese momento llaman, nos traen la cena. Se levanta de mala gana, atiende al repartidor y, cuando vuelve, me dice:

—Venga, vamos a cenar.

Ponemos la mesa y nos sentamos a cenar. La charla nos ha dejado más bien callados. Una vez que hemos cenado, recogemos y le digo que me voy.

—Sole, no te vayas, vamos a hablar.

—No, Javi, no hay más que hablar. Esto que ha pasado hoy no tenía que haber pasado, pero ya está, pasó y no hay que echarle más cuenta.

—Joder, Sole.

—Que no, Javi, que hasta aquí. Que te vaya bien.

Y cojo mi bolso y me voy hacia la puerta. Me sujeta, me abraza, pero no quiero más. Es volver a lo mismo.

—Adiós.

—Sole, por favor, no me hagas esto.

—Tiene que ser así, por el bien de los dos. A lo mejor ahora no lo entiendes, pero ten por seguro que es como mejor vas a estar —le digo.

Salgo al jardín, echo un vistazo alrededor; debe ser para que se me quede en la retina todos los momentos que he vivido en esa casa, pues han sido maravillosos, pero escasos, para mi gusto.

Sin volver la cabeza, abro la puerta y salgo.

Se acabó.

8

Un mes y una semana desde que Leo murió.

Un mes y una semana desde que Carla se ahoga en su dolor. Un mes desde la última vez que vi a Javi.

Un mes hace que hicimos el amor, unos días que llevo de retraso. No quiero ni pensarlo; solo me faltaba esto.

Mando un mensaje a Las Maris.

«Chicas, quedamos en mi casa a las seis».

Carla me dice que no le apetece.

«Carla, no estoy preguntando, estoy afirmando que en mi casa a las seis. Tengo que hablar con vosotras».

«Vale», me dice. «Cuando salga del curro voy».

«Así me gusta», le digo.

Jimena, Sofía e Iratxe contestan que sí.

«Gracias, chicas», les digo.

Bajo a comprar; les voy a hacer una merienda rica, rica. Me apetece. Compró unas galletas, margarina y chocolate de hacer. Voy a preparar la tarta que mi madre nos hacía cuando éramos pequeñas. Bueno, y no tan pequeñas. Nos encantaba esa tarta.

Me siento inspirada.

Llego a casa y me pongo manos a la obra. Pobre madre mía, cuántas veces le decíamos que nos la hiciera, y yo, que hago hoy una, me estoy cansando de untar tantas galletas. Una vez que tengo las galletas preparadas, me lío con el chocolate. Le doy vueltas hasta que veo que tiene la espesura correcta, echo las galletas para que se ablanden un poco y mientras las saco me quemo.

—Coño, cómo quema.

Las voy colocando y, una vez hecho el brazo, le echo el chocolate por encima.

A enfriar.

Tiene una pinta estupenda; deseando estoy de que lleguen las seis para probarla. Antes no. Me lío a hacer cosas de la casa. La verdad es que este paréntesis en mi vida laboral me está viniendo bien para hacer unos cambios que quería desde hace tiempo, pero siempre me venía mal para hacerlos. Me está gustando cómo me está quedando todo.

Me preparo un sándwich para comer —no me apetece otra cosa— y me siento a ver la tele. Cada día me da más miedo ver las noticias. Pasan tantas cosas todos los días... Terminó de comer, a la tele y sigo haciendo cosas hasta que llega la hora de mi siesta.

Me pongo el despertador, porque dormir se me da de miedo. No quiero que me despierten las chicas cuando vengan; quiero estar despejada del todo.

A las seis empiezan a venir mis chicas. Según salen del trabajo van viniendo. Carla es la última; es la que siempre sale más tarde. Una vez que estamos todas, preparo café y saco la tarta. Los vítores de ellas me hacen unirme y parecemos niñas. Hasta Carla se ha unido a esos vítores. Nos alegra.

Nos tomamos el café y la tarta. Todo riquísimo, me dicen. Ha salido genial, la verdad. Y bueno, después de habernos puesto moradas les informo.

—Chicas, tengo un retraso en el período.

—No jodas —me dice Jimena.

—Sí. Me tenía que haber venido hace una semana. Ya sabéis que soy como un reloj... Pues no aparece.

—¿Cuándo te vas a hacer la prueba? —me pregunta Iratxe.

—No sé, miedo me da —le digo.

—Ahora mismo bajamos a la farmacia y que te la hagan. Yo conozco una que te la hacen en el momento, no hace falta que te compres el *predictor* —me dice Carla.

—No, Carla. Mañana compro un *predictor* y pasado me la hago.

—No, cariño, porque lo que no quieres es hacértela, y cuanto antes lo sepamos mejor —insiste Carla.

—Venga, vamos a tener una tarde tranquila —les digo.

—Joder, Sole, mira que eres cabezota —me dice Sofía.

—Sí lo es, sí —dice Jimena.

—Dadme un día más —les suplico.

—Sole —dice Jimena—, si da positivo, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a hablar con Javi?

—Por supuesto. Si da positivo tiene que saberlo. Que haga lo que realmente quiera hacer, pero saberlo sí, claro.

—Me parece bien. Ahora, que te damos de plazo hasta pasado mañana, ni un día más. ¿De acuerdo? —dice Jimena.

—De acuerdo —contesto.

Ahora la conversación se va a Carla.

—¿Cómo estás, Carla? —dice Iratxe.

—Mejor..., poco a poco. El duelo tiene que pasar, eso me dice el médico.

—¿Sigues yendo a Miguel? —le pregunta Sofía.

—Sí, Sofi, porque es quien mejor me conoce y no tengo que empezar desde cero con él. Además, me gusta cómo ejerce.

—Si tú estás contenta con él, pues perfecto —dice Sofía.

—Así es —contesta Carla.

Estamos un rato más hablando de todo un poco hasta que Jimena dice que se tiene que ir. Entonces todas se levantan.

—Mañana hay que currar, Sole, aunque a algunas les suene a chino eso.

Me río.

—Qué exageradas, chicas —les digo.

Una vez en la puerta, me acorralan todas y me dicen que si pasado mañana a una hora decente no he mandado ninguna respuesta, que se plantarán en mi casa con lo necesario.

—Vaya mafiosas —las digo.

Se ríen, pero van muy en serio, lo sé. Porque, de no ser yo la que está metida en el ajo, estaría diciendo lo mismo.

—Bueno, chicas, en serio: no os preocupéis, que en dos días lo sabremos.



Al día siguiente bajo a la farmacia a por el *predictor*. Tengo que hacérmelo.

Llevo todo el día dando vueltas a la cabeza. Madre mía, como me dé positivo la que he liado... Y no por mí, ni siquiera por Javi, sino por mis padres. Ellos son más tradicionales y les gustaría que empezara por el principio, no por el final. Como le dijeron una vez a una compañera

de trabajo, «has empezado la casa por el tejado». En este caso no es tan así, pero para ellos lo va a ser.

«Bueno, mañana cuando me levante y vea el resultado», pienso.

He quedado con las compis para comer. Solo tenemos una hora, pero así las veo a todas y pasamos un rato bueno.

Cuando salgo de casa y me dirijo a por el coche me pitan, me giro y veo a Javi. Se para y baja la ventanilla.

—¿Dónde vas? —me pregunta.

No lo querrá hacer, pero me ponen de una mala leche esas preguntas... No podría ser «buenos días, ¿dónde vas?». No, él se salta el saludo.

—De comida —le digo.

—Ah, ¿y con quién has quedado? —me pregunta.

—Pues a ti no te importa, pero para que te quedes tranquilo te lo diré.

Además, su cara es de póker.

—Voy con mis compañeras, si te parece bien —le digo.

—Sí, claro. Me parece estupendo —dice.

—Tengo que dejarte, me esperan.

—Sole, ¿podemos quedar algún día? —me pregunta.

—Lo voy viendo, ¿vale?

—Vale —me dice.

—Chao

—Adiós —me contesta.

«Si supieras en el lío que puedes estar metido, majo...», pienso. Qué le vamos a hacer; esto ha sido cosa de los dos, por ser unos irresponsables. A vuestra edad, nos dirían. Pues sí, a nuestra edad lo hemos sido, y puede que ahora nos vengan las consecuencias.

Llego al restaurante y allí están mis compis.

—Cuánto tiempo sin veros —les digo.

Nos abrazamos todos; son un encanto. Pedimos de comer y empieza el test. Les cuento mis días en Praga, mi vuelta repentina por la muerte de Leo. Ellos no le conocían personalmente, pero sí por mí, por todo lo que les había hablado de mis amigos. Les ha dado mucha pena. Me preguntan por Carla.

—Está mejor. Poquito a poco.

—Eso es así —me dice Azu.

Me preguntan cuándo pienso volver, si voy a pedir otra excedencia.

—Voy a volver el día que tengo para volver. No sufráis, chicos.

Pasamos un buen rato, aunque se nos ha hecho corto.

—Otro día repetimos —les digo.

—Sí —dicen todos.

Nos despedimos y nos vamos cada uno a lo suyo. Me monto en el coche y decido ir a ver a mis padres. Cuando llego, mi padre está echando la siesta, pero mi madre está viendo la tele. Es un momento delicado, porque a ella le gusta escuchar bien lo que se dice, y si hay alguien hablando no le hace gracia. Pero hoy está muy habladora ella, o sea, que no hay problema. Cuando mi padre se levanta de la siesta les digo que me voy ya. Quiero pasarme por la peluquería. Voy a esperar la noticia arregladita.

Cuando llego a la peluquería me dicen que es imposible. Tendría que haber pedido hora; están a tope. Qué le vamos a hacer.

Me voy para casa.
Mañana por la mañana será el día.



Ha llegado el momento.
Entro en el baño y sigo las instrucciones.
A esperar.
Salgo del baño; no quiero estar pendiente de ello. Estoy nerviosa.
Cuando ha pasado ya el tiempo estipulado, me decido a entrar en el baño, cojo el *predictor* y sorpresa.

Estoy embarazada.

Me echo a llorar. No era esta la idea que tenía de hacerme la prueba de embarazo. Me la imaginaba con mi pareja al lado, esperando deseosos los dos que diera positivo.

Pero estoy sola.

A las diez, cuando sé que las chicas salen a desayunar, les mando un mensaje.

«Chicas, me ha dado positivo. Estoy embarazada».

Al momento me contestan todas. Jimena propone quedar esta tarde. Estamos de acuerdo todas, y a las seis vienen a mi casa.

«¿Cómo estás?», me pregunta Carla.

«Después de hartarme a llorar, mejor».

«No llores, cariño. Estamos todas contigo», me dice.

«Ya lo sé. Os quiero», les digo.

«Y nosotras a ti. Luego nos vemos», me dice Carla.

Me tiro en el sofá; me ha dado un bajón tremendo. Tengo una movida por delante de flipar: Javi, mis padres... Tengo que hablar con todos, y sin ningunas ganas de hacerlo. No me apetece. Llorar es lo único que me apetece ahora mismo. Lloro hasta que me quedo dormida en el sillón.

Cuando me despierto son las tres y me viene a la mente Carlos. Me levanto a por el teléfono y me vuelvo a tirar en el sillón. Marco su número y, tras dos tonos, me dice:

—Hola, reina, ¿qué tal estás?

—Hola, cariño. Pues no muy bien —le digo.

—¿Y eso? —me pregunta.

—Me he hecho esta mañana una prueba de embarazo y ha dado positivo, Carlos.

—¡No me jodas! Es de Javi, ¿no? —me pregunta.

—Pues claro, ¿de quién va a ser si no? —le digo.

—No te lo tomes a mal. Me contaste lo del día famoso, pero no hemos vuelto a hablar. No sé si hay otro —me dice.

—Pues no hay otro —le digo.

—¿Vas a hablar claro con Javi?

—Sí, claro. Esto tiene que saberlo. Luego que haga lo que quiera —le digo.

—Bien. El problema está en tus padres, ¿verdad?

—Sí, Carlos. Ya soy mayorcita, pero ellos se van a disgustar mucho. No es la forma más correcta para ellos.

—Ya, me lo imagino. Pero estate tranquila: ellos te van a apoyar. Además, tienes a tus hermanas, que sabes que siempre van a estar ahí para ayudarte a que lo entiendan. Eso les va a ayudar, ya verás.

—Eso espero. Hoy vienen las chicas después de currar.

—Muy bien. Tienes mucha suerte al tener toda esa gente a tu alrededor.
—Lo sé —le digo—. ¿Tú qué tal? —le pregunto.
—Bien, currando ya. Ahora es cuando no paro en casa.
—Ya. ¿Has visto a Marek? —le pregunto.
—Sí, ayer estuve con él y con Josef. Es una monada de niño.
—Me hubiera gustado conocerle. A ver si os venís un finde los tres.
—No estaría mal. Se lo diré.
—Te dejo, Carlos, que tengo que intentar hacer algo. Llevo todo el día en el sillón de bajón.
—Cuídate, cariño —me dice.
—Sí, lo hago. Besos.
—Muchos besos. Chao.
—Chao —le digo.

Cuelgo y me dedico a poner en orden algunos papeles que tenía pendientes. Lo dejo organizado todo; bueno, por lo menos se me pasa el tiempo antes. Ya queda poco para que vengan mis chicas. A ver qué me dicen.

La primera en venir es Jimena y, además, viene con Martín.

—Hola, mi niño. Pero qué guapísimo estás —le digo. Jimena me da un abrazo y me besa.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Hoy, jodida, pero no porque me encuentre mal, sino porque me ha dado por llorar —le digo.

—Pobre —me dice—. Ahora es cuando tienes que estar tranquila, Sole.

—Ya lo sé, pero es que estoy muy nerviosa.

—Normal. Pero no te preocupes por nada, ¿vale?

—Lo intentaré —le digo.

Al rato vienen Iratxe y Sofía. Cuando me ven, me abrazan y me dan un beso.

—¿Qué tal? —me dicen.

—Hoy mal. Estoy llorosa —les digo. Iratxe me abraza fuerte.

—No llores, cariño, que estamos aquí para lo que necesites.

—Ya lo sé, pero es que me ha salido todo del revés, chicas. Es la sensación que tengo.

Llaman al portero. Va a abrir Sofía; es Carla, dice. Cuando sube, la vemos con la cara muy demacrada.

—Carla, ¿estás bien? —le pregunto.

—Eso te lo tengo que preguntar yo a ti, cielo —me dice—. Hoy tengo mal día, eso es todo.

¿Tú cómo estás?

—Hoy llorosa. Tengo sentimientos encontrados. Estoy contenta porque voy a tener un bebé, y vosotras sabéis que es lo que siempre he querido, pero, por otro lado, siento que estoy metida en un buen jardín.

—Bueno, tú no te preocupes: aquí estamos nosotras para ayudarte en todo —me dice.

—Ya lo sé, Carla, pero tengo una tarea difícil por delante. Hablar con Javi y con mis padres...

Ellos son los que más me preocupan.

—Normal —dice.

—¿Cuándo vas a hablar con Javi? —me pregunta Jimena.

—Pues cuanto antes mejor. Necesito saber si está a mi lado o no. Con «a mi lado» me refiero a si va a estar ahí, no que se tenga que comprometer conmigo.

—Te hemos entendido —dice Sofía—. De todas formas, no empieces a hacerte puzles en la cabeza. Habla con él cuanto antes y, una vez que sepas su reacción, pues decidimos qué hacemos y cómo lo hacemos.

—Puede que le llame luego —les digo.

—Sería perfecto —dice Jimena.

—¿Lo sabe Arturo? —le pregunto a Jimena.

—No le he dicho nada. Tienes que ser tú la que le dé la noticia a Javi, y no confío en que no se le escape. Así que, si no lo sabe, mejor. Ahora, también te digo que hables con él ya, porque tampoco me gusta ocultárselo; me siento mal. Es una tontería, pero no me gusta.

—No te preocupes, luego lo llamo, y si puede pasarse por casa se lo digo. Si me dice que no puede os lo digo, para que sepáis que aún no lo sabe.

—Muy bien. Y ¿no te encuentras mal, no vomitas ni nada?

—me dice Iratxe.

—Qué va, la verdad es que no. Me encuentro bien —les digo.

—Qué suerte. Yo lo llevé fatal todo el embarazo. Me fui al hospital a parir con la pastilla de los vómitos —dice Jimena.

—Yo de momento nada, y espero que siga así, porque si no tela. Con lo mal que se me da a mí vomitar... —les digo.

Hablamos un rato más y, antes de que se vayan, les digo que llamo a Javi y así ya saben si viene o no. Les parece buena idea.

Marco y al tercer tono lo coge.

—Hola, Sole.

—Hola, Javi. ¿Puedes pasarte por casa hoy?

—Sí. Estoy en la oficina aún, pero en una hora salgo más o menos. ¿Pasa algo?

—Luego lo hablamos, ¿vale? Es que tengo aquí a las chicas, que se van ya. ¿Vienes de tirón de la oficina?

—Sí, vale. En una hora y media estoy allí.

—Muy bien, gracias —le digo.

—Hasta ahora —me dice.

Cuelgo y les digo a las chicas que viene en una hora y media. Jimena se empieza a reír; todas la miramos, no sabemos qué pasa. Ella para y nos dice:

—Lo siento, Sole, pero aría por ver la cara de Javi cuando le digas que estás embarazada.

Todas vemos el lado cómico de la situación, y efectivamente todas arían por verle. Nos echamos a reír.

—Cierto —les digo.

Las chicas se van, y ahora empiezan mis nervios a salir. Espero que no tarde mucho en venir; ya no puedo esperar más. Necesito decírselo, necesito compartirlo con él.

Con el padre.

Si me hubieran dicho que me iba a ver en una situación así, no me lo hubiera creído. Siempre he sido supercuidadosa en estos temas, y no es la forma en la que yo quería vivir un momento así. Pero la vida te pone trabas y, aunque tengo muy claro lo que quiero, no me gusta verme así.

No hago más que dar vueltas de un lado para otro. Me siento, me levanto, me voy a la cocina, al salón, me siento, me levanto...

Joder, ¿cuándo va a venir?

Oigo hablar a alguien en la escalera. Me acerco a la puerta y miro por la mirilla; no identifico las voces, están en el piso de abajo. Me quedo detrás de la puerta. Espero que sea él; se me está haciendo un mundo. Se van acercando las voces. Miro por la mirilla de nuevo. No es él. En ese momento suena el telefonillo y doy un salto del susto que me ha dado el pitido. Eso me pasa por cotilla. Cojo el portero y pregunto:

—¿Sí?

—Soy Javi.

Le abro sin decir más.

Me quedo en la puerta. Cuando oigo el ascensor vuelvo a mirar por la mirilla y le veo saliendo de él. «La que te espera... Ni te lo imaginas», pienso. Abro la puerta. Se queda mirándome y le digo que pase. Me da dos besos, dos besos de esos que sabe dar él muy bien. «No te despistes, Sole», me digo. «Tienes una larga tarea por delante».

Entramos al salón y le pregunto si quiere tomar algo.

—Una cerveza —me dice.

—Bien.

Voy a por la cerveza y yo me preparo un limón. Saco unas patatas, por si quiere picar algo. Una vez sentados en el sillón, me dice:

—¿Qué pasa, Sole?

—Voy a ser directa, Javi.

—Sí, claro —me dice.

—Estoy embarazada —le digo.

Su cara es, es, es... No sé cómo explicar cuál es su cara. Se queda callado. ¿Qué estará pensando?

—No dices nada —le digo.

—No me esperaba esto, la verdad.

—Normal. Yo tampoco lo esperaba.

—¿Desde cuándo lo sabes? —me pregunta.

—Desde hoy, que me he hecho la prueba. Lo sospechaba porque no me había venido el período, y ya sabes que yo soy como un reloj. Pero saberlo, hoy.

—¿Sabes qué quieres hacer? —me pregunta.

—Sí, claro. Voy a seguir adelante. Lo tengo claro. ¿Y tú? —le pregunto.

—Por supuesto. Es mi hijo —me dice. Y se inclina para abrazarme.

Eso es lo que necesitaba. Un abrazo.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta.

—Muy bien. Estoy estupendamente.

—Tenemos que ir al médico —me dice. Sonrío.

—Sí, tengo que pedir cita para que me lleven el embarazo.

—Cuando sepas el día dímelo; quiero estar contigo en esto. Bueno, quisiera estar contigo en todo. Me gustaría pasarlo contigo, vivirlo desde cero. ¿Qué me dices? —me pregunta.

—Javi, no habría cosa que me gustara más, pero no quiero que esto te haga hacer una cosa que tú mismo sabes que no quieres.

—Esto es diferente. Quiero pasar contigo esto. Déjame, por favor. Quiero tener una relación de pareja contigo, no solo de padre. Déjame intentarlo. Si veo que no puede ser, sin hacernos daño, me retiraré, pero nunca os librareis de mí, ninguno de los dos. ¿Qué me dices?

—Que sí. Si tú estás dispuesto, yo también. Vamos a intentarlo —le digo.

Nos besamos con tanta fuerza que nos hacemos daño, pero es que tenemos ganas uno del otro. Nos hemos echado de menos, y ahora tenemos una buena excusa para probar lo que nos separó en su momento. Nos tocamos, sabemos lo que nos gusta el uno del otro. Nos desnudamos y hacemos el amor con pasión, pero con ternura, allí mismo, en el sillón, donde tantas veces lo hemos hecho porque no nos daba tiempo ir a la cama por la desesperación que teníamos de estar el uno dentro del otro. Ese tema lo tenemos resuelto: nos falta convivir. Eso no ha podido ser nunca, excepto en

algunas escapadas. Pero no es lo mismo. Javi me dice que mañana mismo se viene con sus cosas. Preferimos estar en mi casa; es grande y, aunque no tanto como la de él, de momento nos vale.

Ahora mismo estoy feliz.

—Tenemos que ir a hablar con mis padres —le digo.

—Y con los míos —dice él. Nos echamos a reír.

—Madre, la que hemos liado, Javi.

—Me encanta —me dice.

—Ahora a mí también.

Y me acurruco entre sus brazos. Qué paz siento.

—¿Pedimos algo de cena? —le pregunto.

—No, vístete que vamos a celebrarlo fuera. Esto se merece el mejor restaurante.

—Me parece perfecto —le digo, y me levanto para vestirme.

Voy a ir muy mona para la ocasión. Él va con traje, como la mayoría de las veces, así que yo me pongo un vestido de color negro con mis zapatos de tacón de vértigo. Él es tan alto que me los puedo permitir. Cuando aparezco en el salón él suelta un silbido.

—Estás bellísima, Sole —me dice. Y en su mirada se lo noto. Me pongo roja como un tomate, lo sé. Me da vergüenza que me digan piropos. Se acerca a mí, me coge de la mano y nos vamos. Decidimos ir dando un paseo hasta el restaurante. Lo bueno de vivir en el centro es que tengo de todo a mi alrededor. Y de la mano llegamos al sitio donde hemos decidido cenar. Una vez dentro, pedimos y hablamos de todo un poco, pero el tema principal es nuestro niño.

—Mañana mismo tienes que llamar al médico; cuanto antes te vean, mejor. Hay que saber cómo está el bebé.

—Sí, no te preocupes. Mañana mismo pido cita.

—Yo me mudo también, ¿eh? —me dice.

Me río.

—Que sí, que ya lo sé.

Cenamos, tranquilos y relajados. Me ha venido bien estar con Javi, tener su apoyo en este proceso tan importante para ambos.

Cuando salimos nos volvemos para casa. Javi quiere quedarse en casa esta noche ya. Yo se lo agradezco; me da paz tenerlo cerca. Llegamos a casa y, tras estar un rato hablando, decidimos acostarnos. Nos metemos en la cama desnudos y nos sobra tiempo para tirarnos el uno encima del otro.

Lo deseamos.

9

Tengo hora con el médico a las tres. Javi viene a recogerme para ir juntos. Estamos nerviosos; a ver qué nos dicen, si está todo bien. Aún no hemos hablado con nuestros padres. Hemos pensado que, una vez que nos digan que todo está perfecto, hablaremos con ellos. Además, hemos pensado en invitarles a comer y decírselo a los cuatro del tirón. Creemos que es lo mejor; ya veremos por dónde salimos, porque va a ser un notición. Luego nos encargaremos de hablar con los hermanos. Pero lo primero es lo primero.

Tanto Javi como yo estamos muy ilusionados con el embarazo. De momento las cosas nos van bien... Claro, que llevamos cuatro días viviendo juntos. Cuando Javi me recoge, nos damos un beso y, una vez puestos los cinturones, arrancamos hacia el médico. Cuando llegamos hay gente; no sabemos si todos están para el mismo, ya que todas están muy embarazadas. A lo mejor es que tienen alguna clase de preparación para el parto. Nos sentamos y esperamos a que nos llamen. Al rato sale una enfermera y pregunta por María García. La susodicha se levanta y entra. Antes de meterse en la consulta, la enfermera me pregunta mi nombre.

—Soledad Pedroche —le digo.

—Muy bien —me dice.

Estamos esperando y de pronto se abre una puerta, de la cual salen un montón de embarazadas con cajitas. Javi y yo las miramos con una sonrisa. Van todas tan contentas... Salen y entran las otras. Al momento se va la chica que iba antes que yo, sale la enfermera y me nombra.

—Soledad Pedroche, pase.

Nos levantamos los dos y entramos en consulta. Saludamos. La doctora que está me dice:

—Buenas tardes, ¿qué me cuenta?

Y le digo que llevo un mes de retraso, que me he hecho la prueba y me ha dado positivo. Me hace un montón de preguntas y me manda una analítica. Además, me hace una ecografía y, efectivamente, hay latido de corazón y una cosita pequeña que nos dice que es el feto. Javi y yo nos miramos. Nuestra cara es de emoción; estamos flipando viendo esa cosita que es nuestro bebé.

—Todo está bien —nos dice.

Pero tengo que hacerme la analítica para ver cómo tengo los valores. Salimos de la consulta muy contentos. Estamos superilusionados: vamos a ser papás.

Vamos a tener un bebé. ¿Quién nos lo iba a decir? Pero la vida es así, y ahora pienso que esto lo ha puesto el destino para que Javi y yo nos diéramos una oportunidad.

Eso es lo que pienso. Eso es lo que quiero.

Nos vamos a una cafetería a tomarnos un café. Allí hablamos del tema de nuestros padres.

—¿Cuándo vamos a decírselo? —me pregunta Javi.

—Hoy es jueves. ¿Quieres que el sábado los llevemos a comer? Más que nada porque hay que avisarlos ya para que no hagan planes.

—Vale, pues hoy mismo llamo a mis padres y les digo que el sábado vamos a ir a comer. Por cierto, ¿dónde quieres ir? ¿A la Casa Plateada te parece bien?

—Sí, me gusta. Además, es un sitio muy acogedor para darles ese notición. Madre mía, ¿qué dirán, Javi? Yo estoy nerviosa por ellos. Nosotros estamos como locos, pero ellos no sospechan nada de esto ni por asomo. A mi madre la va a dar algo, ya verás.

—Que no, no te preocupes. Ya verás qué bien se lo toman. Tú tranquila.

—Esta noche les llamo yo también —le digo.

Y así se nos pasa la tarde y nos vamos para casa, que tenemos cosas que hacer. Cuando llegamos a casa, les mando un mensaje a Las Maris.

«Chicas, acabamos de llegar a casa. Todo bien en el médico. Estoy de seis semanas. Ya hablaremos. Besos».

—Javi, voy a llamar a mis padres.

—Vale, cariño —me dice.

Me encanta que me diga «cariño». Estoy feliz, pero, si soy sincera conmigo misma, me da un poco de miedo todo esto. Que nos llevemos tan bien cuando antes Javi no quería ni oír hablar de una relación seria... Y es como si lleváramos toda la vida juntos. Me asusta que salga algo mal. No quiero ser negativa, no quiero pensar mal, intento quitarme de la cabeza lo negativo..., pero debo de ser *masoca*, porque no puedo.

Marco el número de teléfono de mis padres. Se pone mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, hija, ¿qué tal estás?

—Muy bien, y ¿vosotros cómo estáis?

—Pues bien, tu padre aquí está, viendo la televisión, y yo planchando. Pero estamos bien.

—Os quería decir que el sábado a las dos y media estéis en la Casa Plateada, que os invito a comer —le digo.

—¿Tu padre sabe ir? Porque yo no me acuerdo.

—Sí, mamá, él sabe ir.

—¿Y a qué viene eso?

—Bueno, el sábado lo sabréis. Pero no os preocupéis.

—Hija, me dejas en vilo.

—No, mamá, no pasa nada malo.

—Vale, vale. Pues el sábado nos vemos, hija.

—Sí, mamá. Un beso para los dos.

—Otro para ti, cariño.

Cuando cuelgo miro a Javi, que ha estado pendiente de toda la conversación.

—Ay, madre, la que vamos a liar —le digo.

—Tranquila, Sole, ya verás como se lo toman bien. Además, voy a estar yo también, que, quieras o no, por lo menos no ven que su hija está sola en esto.

—Ya, eso sí —le digo—. Ahora te toca a ti. Coge su móvil y marca. Estoy pendiente de él.

—Hola, mamá, ¿qué tal estáis? Yo bien... Sí, trabajando mucho ya sabes. Una cosa, el sábado estáis invitados a comer a las dos y media en el restaurante la Casa Plateada. Sí, donde la otra vez estuvimos todos. No, papá y tú. Sí, tengo que deciros una cosa. No es malo, mamá, que no. Venga, dale un beso a papá y otro para ti, reina mía. —Se ríe—. Pelota no; sabes que lo eres. Un beso. Adiós.

—Con que reina mía. Qué bonito, Javi. No te veía yo llamando a tu madre «reina mía».

—Es que es mi reina.

—Me alegra saberlo —le digo—. Les hemos dejado con una comedura de cabeza hasta el sábado.

—Sí. A mí me da pena mi padre, que la guerra que le va a dar mi madre hasta que se entere va a ser chica —me dice.

Me río y le digo:

—Pues como mi madre a mi padre. Pobrecitos. Hemos sido malos, Javi.

—¿Tú crees? —me pregunta.

—Un poco sí, creo.

—Bueno, ya está hecho. Ahora chitón hasta el sábado —me dice.

Nos ponemos a hacer la cena. Hoy toca una cena *light*: ensalada y filete de pollo a la plancha. Hay que empezar a cuidarse, a no comer muchas grasas, y espero cumplirlo. No quisiera engordar mucho y, como me está sentando tan bien que no tengo ni una náusea, todo va para dentro.

Después de cenar recogemos y nos sentamos a ver una peli. A los dos nos gusta mucho el cine. Como dice Javi, la película ha sido un poco ñoña, y yo me he hartado a llorar. Eso sí lo he notado: estoy más sensible. Cuando termina nos vamos a la cama. Javi tiene que madrugar mucho mañana y yo estoy cansada, así que nos acostamos y, antes de dormirnos, nos damos un repasito al cuerpo. Suave, delicado, con mucho mimo, pero con mucho amor. Sabemos lo que nos hacemos el uno al otro y disfrutamos con ello. Cuando hemos llegado al clímax, nos abrazamos y nos quedamos así hasta que nos dormimos.

Suena el despertador de Javi. Son las cinco de la mañana. Se da una ducha y, cuando sale vestido, se acerca a la cama para darme un beso. Me encanta ese detalle. Siempre se lo ha hecho mi padre a mi madre; la primera vez que lo vi era pequeña y estaba en la cama con ellos, porque me dolía una muela y mi madre me hacía que me acostara con ellos para que me relajara. Cuando mi padre se iba al trabajo vi que se acercaba a mi madre y se agachaba, le dio un beso y me gustó. Como me gusta que Javi lo haga conmigo. Que haya salido de él me trae recuerdos bonitos.

No he dormido mucho más, debe de ser porque estoy nerviosa por lo que va a pasar mañana con los padres de ambos. Me levanto y me preparo un buen desayuno, tostadas y café con leche, rico, rico. Enciendo la televisión y pongo el canal 24 Horas; es el único sitio donde hay noticias a estas horas. Me siento delante de la tele y me pongo morada; es una de las cosas que más me gustan, el desayuno.

Cuando termino, me meto en la ducha. Me recreo con el agua caliente y, cuando salgo, me pongo ropa de deporte. Sin pensármelo dos veces me voy a andar. Sí, ahora lo voy a incluir en mi rutina. Me voy al Retiro; tengo un paseíto, más las vueltas que dé por allí. Es tiempo suficiente con la ida y la vuelta.

Me relaja tanto ir al Retiro que me tengo que sentar en un banco para ver pasar a la gente. Me gusta. Sigo mi camino y,

cuando ya estoy llegando a casa, me paro en una cafetería para tomarme un zumo de naranja y leer el periódico. Me suena el móvil. Lo cojo; es Javi.

—Hola, amor —le digo.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te encuentras? —me pregunta.

—Muy bien. Estoy en una cafetería tomándome un zumo de naranja.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso? —me pregunta.

—Pues que me he levantado y, después de darme una ducha, me he plantado el chándal y me he ido hasta el Retiro andando.

—Muy bien, eso te viene bien. Pero tampoco abuses de andar mucho —me dice.

—Javi, estoy embarazada, no enferma.

—Ya lo sé.

—¿Tú qué tal? —le pregunto.

—Bien. Hemos terminado ahora mismo la reunión y estamos contentos con los resultados. Lo único es que el lunes tengo que viajar a Escocia. ¿Qué te parece acompañarme? —me pregunta.

—Me muero de ganas, Javi. Es uno de los destinos que tengo en la lista de mis deseos —le

digo.

Javi se ríe.

—Pues deseo cumplido. El lunes nos vamos. Le voy a decir a mi secretaria que saque dos billetes. Podemos quedarnos toda la semana y hacer un poco de turismo. ¿Qué me dices?

—Sííí, me encantaaa.

—Te quiero, Sole.

—Yo también te quiero, Javi.

—Tengo que dejarte. Luego te llamo.

—Vale, amor.

Cuando cuelgo estoy emocionadísima. Ese viaje de ensueño para mí, y con la persona que amo, es maravilloso. Todo a mi alrededor es un sueño. Cojo el móvil y mando un mensaje a las chicas.

«Buenos días, chicas. Solo quiero deciros que estoy muy bien, que hemos quedado con los padres de ambos el sábado en la Casa Plateada para comer con ellos y darles el notición. Y, por último, el lunes me voy con Javi a Escocia toda la semana. ¿Qué os parece?».

Rápidamente me contesta Jimena:

«Madre mía, Sole, cuántas noticias nos das, y todas buenas. Me alegro tanto por ti».

«Sí, Jimena, todas buenas».

«Haced una buena excursión por Escocia, te va a encantar», dice Jimena.

«Sí, le diré a Javi que lo planeemos bien. Ya que voy quiero disfrutarlo a tope y ver todo», le digo.

«Haces muy bien, Sole», dice Sofía.

«Síííí», le contesto yo. «Podríamos quedar el domingo y os cuento qué tal la comida del sábado, y nos despedimos, porque el lunes a primera hora nos vamos».

«Por mí sí», dice Jimena.

«Por mí también», contesta Sofía.

Carla dice que *ok*. Iratxe contesta que sí, que a las seis en el Akelarre. «¿Os parece?».

Todas decimos que sí. Nos despedimos y regreso a casa. Voy tan contenta que parezco tonta, pero no puedo evitar ir con una sonrisa en la boca.

Estoy feliz.

10

Sábado.

Nos hemos levantado nerviosos. Es un día muy importante para nosotros, y es que hoy vamos a decirles a nuestros padres que vamos a ser papás. Pero es que no saben siquiera que estamos viviendo juntos, ni siquiera que tenemos pareja, con lo cual ya me diréis si no es para estar nervioso. Hemos quedado a las dos y media, así que vamos saliendo para allá. No queremos que ninguno llegue antes de tiempo y se vean solos.

Vamos dando un paseo hasta allí; no está muy lejos y nos gusta pasear. Cuando llegamos decidimos tomarnos una cerveza en la terraza para esperarlos. Los primeros en llegar son los padres de Javi. Javi se levanta y les da un beso. Se gira y les dice:

—Papá, mamá, os presento a Sole, mi pareja.

La madre, sonriente, se acerca a mí y me dice:

—Soy su madre, pero me llamo Alejandra. —Me da dos besos, me mira y me dice—: Encantada de conocerte.

—Igualmente, Alejandra, yo soy Sole.

Me acerco a su padre y le digo:

—Sole, encantada.

—Antonio —me dice—, y encantado de conocerte.

Se sientan con nosotros y piden de beber una cerveza cada uno. Al momento veo venir a mis padres. Ahora me levanto yo y saludo y beso a mis padres. Me giro y les digo:

—Javi, te presento a mis padres, Andrés y Martina. —Miro a mis padres y les digo—: Es Javi, mi pareja.

Mi madre tiene una cara de sorpresa que me hace sonreír; lo que menos se esperaba ella era eso. Javi se acerca a ellos y le da un beso a cada uno.

—Encantado de conocerles —les dice.

—Igualmente, hijo —dice mi madre. Entonces Javi se gira hacia sus padres y les dice:

—Os presento a los padres de Sole.

Ellos se levantan y se saludan. Nos sentamos todos, y lo que más gracia me hace son nuestras madres. Son únicas; cómo me gusta esa generación. Se ponen a hablar como si se conocieran de toda la vida. Cómo nos cuesta a nosotros eso, y ellas son así. Me encantan.

Decidimos entrar a comer ya. Me gusta cómo se está desarrollando todo. Nuestros padres están continuamente hablando unos con otros, y muy bien. Javi y yo nos miramos y él me guiña un ojo; todo está saliendo bien. Me hace una seña para que esté tranquila.

Pedimos de comer y beber. Todo buenísimo; la verdad es que está todo estupendo. Estamos un poco más tranquilos al verlos tan a gusto a ellos. Una vez que hemos comido el postre y pedimos el café, Javi me da la mano. Es nuestra señal para arrancar. Hemos quedado en que sea yo la que lo diga. Quería ser él, pero no: voy a ser yo. Se lo pedí.

Cuando el camarero nos pone el café y se retira... Ha llegado el momento.

—Bueno, familia. Os hemos reunido porque tenemos algo que contaros.

Los cuatro me miran fijamente. Mi madre salta:

—Que os casáis.

—Mamá... —le digo.

—Vale, me callo —dice.

—Pues lo dicho. Hay algo que contaros, y es que...

—Vamos —dice mi padre.

—Estoy embarazada. Vamos a tener un bebé.

Sus caras de sorpresa me hacen gracia. No quiero reírme, pero es que es para grabarlo. No dicen nada. No se esperaban esto para nada... Ha sido un sorpresón para ellos.

La primera en reaccionar es Alejandra. Se levanta y viene hacia nosotros. Me mira y me dice:

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta.

—Muy bien.

Me da un beso y la enhorabuena. Luego lo hace con su hijo. Mis padres y el padre de Javi están haciendo cola para hacer lo mismo que su madre. Cuando llega mi madre a mí me dice en un susurro:

—Qué calladito te lo tenías.

Pero acto seguido me abraza y me dice si estoy bien.

—Sí, mamá, estoy estupendamente.

Los papás hacen lo mismo, nos dan la enhorabuena. Una vez sentados todos, empieza el interrogatorio por parte de las madres, aunque más de la mía.

—Bueno, pues ¿qué vais a hacer? ¿Os vais a casar? —pregunta mi madre.

—No, mamá. Estamos viviendo juntos. Las cejas de mi madre se levantan.

—¿Desde cuándo? —me pregunta.

—Desde que supimos que estábamos esperando un hijo.

—Ah. Y ¿qué tal os lleváis? —pregunta.

—Pues de momento muy bien, mamá.

—¿De cuánto estás? —me pregunta Alejandra.

—De casi siete semanas —le digo.

—¿Está todo bien? —dice Alejandra.

—Sí, todo bien

Aunque están contentas, a mi madre la noto un poco molesta en el fondo. Vamos a ver, ya no soy una niña, pero si está enfadadilla también lo puedo entender. Se lo tendría que haber dicho a ella. Creo que todo puede venir por ahí.

Hablamos y hablamos, y cuando salimos del restaurante salimos contentos e ilusionados. Javi y yo, cuando vamos hacia casa, nos sentimos bien.

Ilusionados.

11

Cuando desayunamos, me dice Javi que nos sentemos en el comedor, en la mesa alta. Me siento y viene con un cuaderno y un bolígrafo.

—Vamos a preparar el viaje a Escocia —me dice.

Yo aplaudo.

—Bieeeeeen —le digo.

—Bueno, lunes y martes no puede ser; esos dos días los tengo ocupados con las reuniones. Pero a partir del martes soy todo tuyo.

—Ya me encargaré yo de investigar Edimburgo por mi cuenta, no te preocupes.

—Perfecto —me dice.

—Bueno, vamos a ello.

En el cuaderno lleva folletos. Los saca y los pone encima de la mesa.

—A ver qué te parece —me dice—. Esto es lo que he pensado. Como tienes dos días para conocer Edimburgo, de todas formas yo te diré lo que no puedes dejar de ver. Vamos a empezar el miércoles, cuando iremos a St. Andrews, que es el centro espiritual de Escocia. Lo vemos y nos vamos a Perth, que es la antigua capital de Escocia y asiento de la corona escocesa. Luego nos dirigiremos hacia las Tierras Altas y pararemos en Pitlochry, que es un pequeño pueblo comercial típico de la región. Allí es donde antiguamente hacía sus vacaciones la alta sociedad, y dormiremos en las Tierras Altas.

—Madre mía, eso es mucho, ¿no? —le pregunto.

—No, hazme caso.

—Vale, tú eres el que sabe —le digo.

—Al día siguiente pasaremos por una destilería, iremos hacia Elgin y veremos su catedral, que nos pilla de camino para seguir hacia Inverness. El viernes iremos hacia el lago Ness, y allí buscaremos a Nessie. Luego iremos al castillo de Eilean Donan, donde rodaron *Los inmortales*, y seguiremos hacia la isla de Skye.

»El sábado nos levantamos y nos vamos hacia Inveraray, aunque pasaremos por Glencoe y el lago Awe. Cuando lleguemos a Inveraray veremos el castillo, que es la residencia del clan Campbell. El domingo iremos al lago Lomond pasando por Stirling, el pueblo donde se originó uno de los enfrentamientos más importantes entre Escocia e Inglaterra, la batalla de Stirling Bridge, que es famosa por la película de *Braveheart*. Y veremos su impresionante castillo, situado sobre un promontorio rocoso que domina la región. Después, vuelta a Edimburgo. ¿Qué te parece? —me pregunta.

—¿Que qué me parece? ¿Tú sabes que todo lo que has nombrado yo lo he leído en mis libros románticos en muchísimas escritoras desde hace..., uf, tela de tiempo? Todos esos sitios me tienen enamorada. Yo ya los he visualizado; en mi cabeza están todos esos lugares. Me encanta, Javi. Estoy ahora mismo que no me creo que vaya a estar ahí. Me encanta, me encanta.

Se ríe.

—Me alegro de que te encante —dice, muy socarrón.

Todo está arreglado, todo lo tiene solucionado; solo queda esperar a mañana para irnos. Por cierto, tengo que hacer la maleta.

—Javi, ¿tu maleta? —le pregunto.

—Luego cuando vengamos del Akelarre nos pasamos por mi casa y la cojo. Tengo que coger también el portatrajes, que no se me olvide. Y esta noche la hago. Tú haz la tuya, que luego hago yo la mía.

Me levanto derecha a hacer la maleta. Empiezo a meter ropa, como me pasa siempre: «y si», «por si»... El caso es que llevo de más, pero bueno, da igual. Si vamos a facturar, prefiero que me sobre a que me falte. Cuando termino con ella, Javi está preparando la comida. Pongo yo la mesa y al momento empezamos a comer. Después del postre, me dice Javi que se ha quedado con ganas de más postre. Yo, sin darme cuenta de lo que está insinuando, le digo inocentemente:

—Pues hay plátanos y peras, por si te apetece.

Se echa sobre mí y me dice:

—El postre que quiero eres tú.

Nos besamos, me besa el cuello, el lóbulo de la oreja. Hace que se me ponga la piel de gallina. Me excita. Baja besando hasta llegar a la altura de mis pechos, y por encima de la camiseta me muerde el pezón, uno y otro. Sigue bajando hasta llegar a mi ombligo, donde se deleita, también alrededor de él, pasándome la lengua y dándome besos hasta que llega a mi pubis. Ahí me baja el pantalón y el tanga; no quiere que nada le entorpezca el camino. Beso a beso llega hasta mi clitoris, que está hinchado, esperando que él lo bese, lo succione y me dé más placer aún. Me pasa la lengua por él, sube y baja, me introduce un dedo y, con el ritmo de su dedo y su lengua, me hace estremecerme hasta que no aguanto más y grito, grito de placer. Cuando se incorpora veo que su pene está tan erecto que impresiona. Me lanzo a él, me lo introduzco en la boca y empiezo a jugar con él. Gime de gusto y, en un momento dado, hace que me levante y me ponga a cuatro patas. Entonces me introduce el pene con una fuerza superior, se mueve hasta que su gemido es brutal. Se acerca a mi oído y me dice:

—Qué gusto, cariño.

—Lo mismo te digo —le respondo.

Nos echamos cada uno en un sillón y dormimos un rato la siesta. Nos ha dejado tan relajados que lo que nos apetece es dormir.



Llegamos al Akelarre, donde ya están Jimena y Arturo.

—¿Y Martín? —les pregunto.

—Han venido mis padres y se han quedado con él —dice Jimena.

—¿Qué tal están?

—Muy bien. Están estupendamente, la verdad —dice Jimena.

En ese momento llegan Sofia e Iratxe, nos damos besos y se sientan.

—Carla viene ahora; le he dicho de pasar a por ella, pero ha dicho que no, que bajaba ya.

Cuando la vemos venir todas la miramos; parece que tiene mejor cara. Poco a poco está saliendo.

—Hola, chicos —dice, animada.

Nos levantamos todos a besarla.

—¿Y Martín? —pregunta.

—Con mis padres —dice Jimena.

—Anda, ¿han venido? —pregunta Carla.

—Sí, vinieron ayer.

—¿Cómo estás? —le pregunto a Carla.

—Bien. Voy mejor, aunque tengo días.

—Normal. Tienes mejor cara —le digo.

—Sí, es cierto —contesta.

Pedimos de beber y nos liamos a hablar. Ahora que falta Leo por lo menos está Javi, si no, el pobre Arturo terminaría de nosotras hasta el gorro. Cuando llevamos un rato, les saco lo que ha hecho Javi para el viaje a Escocia. Se lo voy leyendo y todas están flipando. Ellas también han leído esos libros. Iratxe y Sofía dicen que las llevemos, que no molestan. Nos echamos a reír; no estaría mal.

—Para otra ocasión nos vamos todos —dice Jimena.

—Sííí —dice Sofía.

—Tenemos que planear unas vacaciones a Escocia todos juntos. Sería genial.

Después de pasar tres horas allí nos despedimos.

—Que lo paséis bien —nos dicen todos.

—Gracias —contestamos los dos.

Y nos dirigimos a casa de Javi a por la maleta. Cuando entramos en su casa, se dirige a la habitación de invitados a por la maleta, y le grito desde abajo:

—¡Coge también el portatrajes!

—Cierto —le oigo decir.

Cuando baja, mira alrededor y dice:

—Parece triste la casa.

—Es que le faltas tú, es normal.

Nos vamos. Él tiene que preparar sus cosas, y tenemos que descansar, que el avión sale muy pronto.

Feliz.

12

Nos levantamos tempranito, nos duchamos y esperamos a que Gonzalo venga a por nosotros para llevarnos al aeropuerto. Cuando llama al portero, Javi le dice que ya bajamos. Estoy nerviosa, pero a la vez tan ilusionada por el viaje que me espera... Tengo tantas ganas de estar allí...

Llegamos al aeropuerto, nos despedimos de Gonzalo y vamos directos a facturar. Una vez hecho, nos dirigimos a desayunar. Mi café con cruasán no lo perdono. Hacemos tiempo en la cafetería hasta que nos tenemos que poner en la cola de embarque. Nos montamos en el avión y empieza mi suplicio. No lo puedo evitar. Me agarro a Javi y no estoy tranquila hasta que, dos horas y pico después, aterrizamos. Cuando bajamos del avión es cuando digo:

«Ahora sí, ya estoy tranquila».

Hay un coche esperándonos, así que vamos directos al hotel que, por cierto, es un hotelazo; me ha encantado. Me tumbo en la cama, que es enorme. Estoy eufórica, pero necesito descansar un rato. Los nervios me agotan. Javi se da una ducha y se prepara para ir a la oficina. En dos horas empieza una de las reuniones que tiene. Yo le digo que me duermo, que luego hablamos. Y, con una sonrisa en la boca, caigo rendida.



Cuando me despierto dos horas después, me doy una ducha y me visto. Ha llegado la hora de salir del hotel y pasear por Edimburgo. Tengo folletos y un plano para guiarme. Estamos en el centro, con lo que tengo todo bastante cerca. Voy a investigar un poco. Salgo, y lo que voy viendo me está encantando. Me siento en una terraza, que es preciosa, y me pido un café con leche. Menos mal que el inglés se me da genial. Sigo viendo cosas hasta que decido que ya es hora de irme al hotel; estoy cansada. Demasiado cansada, de hecho.

Llego a la habitación del hotel y me tumbo en la cama, no me encuentro muy bien. Esperaré a que venga Javi y luego que me lleve a algún sitio a comer algo. Ahora mismo no tengo ganas de nada. Solo de dormir.



Hacemos todos los días lo que teníamos planeado. Estoy disfrutando mucho, pero no estoy bien al cien por cien. No pasa nada; es llevadero, y muy normal también tener el estómago revuelto, aunque hasta ahora no me había pasado. El último día, cuando llegamos a Edimburgo, soy la persona más feliz de mundo.

Hemos disfrutado. Hemos reído.

Hemos estado, podríamos decir, de luna de miel.

Enamorada.

Volvemos a Madrid. Sigo estando revuelta. Tengo cita con el médico; a ver si me tiene que mandar alguna pastilla para no estar tan revuelta. Me lo he pasado genial, pero ya tenía ganas de regresar a casa. Cuando no estás bien del todo echas de menos lo tuyo.

Al llegar a casa voy derecha al baño para darme una ducha. Me quiero acostar. Tengo cita a

las tres y diez con el médico. Me acuesto y me pongo el despertador, ya que Javi se ha ido a la oficina, luego vendrá a buscarme para ir. A la hora citada, Javi me espera y me monto en el coche.

—¿Cómo sigues?

—Revuelta.

—¿No has comido nada?

—No, no me entra nada.

—Tienes que comer, Sole.

—Ya, Javi, pero es que no puedo.

—Bueno, a ver qué nos dice el médico.

—Eso —le digo.

Llegamos al médico y esperamos a que me llame. Cuando sale la enfermera y dice mi nombre, nos levantamos y entramos en la consulta.

—Buenas tardes —decimos.

—Buenas tardes —nos contesta la doctora—. ¿Qué te ocurre?

—Llevo una semana con angustia, el estómago revuelto y mal cuerpo en general. A ver si me puede mandar alguna pastilla.

—Pasa a la camilla —me dice.

Me tumbo en la camilla y entra ella detrás de mí. Me ausculta y me toca la tripa.

—¿Tienes dolor? —me pregunta.

—No, dolor como tal no. Es mal cuerpo.

—Con lo cual no estás comiendo bien.

—No, llevo unos días que como por tener algo, pero hoy no he tenido cuerpo para nada.

—Eso no puedes hacerlo. Aunque vomites tienes que comer.

—Vale —le digo.

—Bien, pues te voy a mandar unas pastillas que te vas a tomar por la mañana. En principio deberías mejorar. Si no es así, vuelves y te mandamos alguna prueba.

—De acuerdo —le digo.

Salimos de la consulta y nos vamos directos a una farmacia a por las pastillas. Al lado hay una cafetería, y Javi me dice que entremos para tomarme un zumo natural. No me apetece, pero por no oírle me lo tomo.

Nos vamos a casa. Lo único que me apetece es tirarme en el sofá.



Al día siguiente me tomo la pastilla con un zumo. Al rato se me empieza a quitar esa sensación en el estómago. Menos mal.

Llamo a Javi.

—Hola, cariño —me dice—. ¿Cómo estás?

—Bien —le digo.

—Me alegra oírte decir eso.

—Sí, y a mí también me alegra. He pasado unos días muy raros.

—Es verdad. Bueno, a ver si ya se terminó.

—Sí, por favor —le digo—. Javi, les voy a decir a las chicas que vengan esta tarde. Si os apetece a vosotros, os venís cuando salgáis. Bueno, tú tienes que venir..., lo digo más bien por Arturo.

—Vale, yo se lo digo y te digo.

—Muy bien. Chao .

—Adiós, cariño —me dice.

Cuando cuelgo, les mando un mensaje a Las Maris.

«Chicas, venid a por vuestro regalito y a que os cuente lo maravilloso que ha sido. Aunque he estado revuelta todos los días, ya estoy mejor. Nos vemos a las seis en mi casa». Al rato me contestan todas.

A las seis las tendré en mi casa. Cómo las quiero.

Me doy una ducha. Hoy me apetece estar guapa, me encuentro mejor y quiero ir monísima, así que me pinto, me aliso el pelo y me pongo un vestido ceñidito. Aún no se me nota mucho la tripa, con lo cual me sienta estupendamente ese vestido. He quedado con mi madre en su casa. Van mis hermanas, que no me han visto desde que saben la noticia del embarazo y tienen ganas de darme un achuchón y un tirón de orejas por lo calladito que lo tenía.

Cuando llego allí están ya. Entro en el comedor y dicen a la vez:

—¡¡Enhorabuena!!!

Me río. Nunca pensé que todo esto me fuera a pasar de esta manera, pero estoy disfrutando con todo ello. Me preguntan por Javi. Aunque mi madre les ha informado de que es muy alto y muy guapo, quieren saber más. Qué les voy a decir: pues que me tiene coladita, que es un amor conmigo, que me mimas, me cuida y que está buenísimo... Eso lo digo con todas las palabras. Es un morenazo con ojos negros y altura de vértigo, con un cuerpazo. Saco el móvil y les enseño fotos.

—Joder, cómo está el niño —dice mi hermana Adela, que es la mayor.

—Sí está bueno, sí —sigue mi hermana, la mediana, que se llama Laura.

—Qué brutas sois —dice mi madre.

—Brutas no, mamá; somos realistas —dice Laura, y nos echamos todas a reír.

—Bueno, cuéntanos el pedazo de viaje que has hecho.

Les cuento lo bonito que ha sido estar esos días en Escocia.

—Lo único malo fue que tenía mal cuerpo y eso me ha fastidiado un poco, pero bueno, me han mandado unas pastillas y parece que me sientan bien.

—Es normal tener ese mal cuerpo —me dice Laura—. Mira yo con los míos, lo mal que lo pasé los primeros tres meses.

—Y yo igual —dice Adela.

—Yo es que estaba tan bien que me ha dado rabia haber pasado estos días así.

En ese momento llega mi padre, me da un beso y me pregunta qué tal estoy.

—Bien, papá, ¿y tú?

—Bien, no me quejo.

—Hoy como con vosotros porque Javi no viene.

—¿Y qué va a preparar mamá? —pregunta Adela. Mi madre, que viene por el pasillo, dice:

—Hoy tocan lentejas.

—Bueno, menos mal que yo no me quedo —dice Laura.

Mis hermanas se van y nos quedamos los tres. A mi madre la veo preocupada, y es hora de aprovechar y preguntarle:

—Mamá, ¿te pasa algo?

—No, hija —me dice.

—Algo te pasa, dímelo.

—No es nada, de verdad. Tampoco te voy a preocupar. Son cosas de madre.

—Pues quiero saberlas —le digo.

—Hija, es que a mí me parece muy bien todo esto, pero es que no sé, hay algo como que no me cuadra...

—¿Algo como... Javi? —le pregunto.

—Es que tampoco sé decirte. La vez que le vi me pareció muy majo y todo, pero es que apenas os conocéis y ya estáis viviendo juntos.

—Mamá, nos conocemos desde la boda de Jimena.

—Ya, pero ahora es diferente.

—Lógicamente es diferente porque estamos esperando un bebé, y eso es un cambio de vida. De momento nos va bien; si no fuera así, no pasa nada: cada uno por su lado.

—Ya, hija, pero no sé. Me preocupa.

—¿Qué te preocupa? ¿Lo que pueda decir la gente? No entiendo.

—No es eso —dice mi madre.

Y salta mi padre:

—Sí que es eso, ya te lo digo yo.

Mi madre le mira con cara de querer matarle, pero a mi padre le da igual; está harto de oír que si qué van a decir, que si no se conocen, que si no se casan...

—Mamá, por favor, que estamos en el siglo XXI.

—Ya —dice ella.

—Bueno, vamos a comer —dice mi padre.

Ponemos la mesa y nos sentamos. Parece que esta charla ha animado un poco a mi madre, pero yo sabía que esto iba a pasar. Da la sensación de que está medio solucionado.

Después de comer mi padre se va a la cama para echarse su siesta sagrada. Yo me tumbo en el sillón —si me duermo, perfecto—, y mi madre se pone su televisión y todos tan a gusto. Cuando me voy a ir, le doy un beso a mi madre y le digo que esté tranquila. A las cinco salgo para mi casa, que vienen mis chicas.

Paro a comprar unos pastelitos, que nos encantan de esa pastelería. Cuando llego a casa me pongo ropa cómoda y espero a que lleguen. Conforme llegan nos vamos acoplando. Cuando estamos todas, incluido Martín, preparo los cafés y los pastelitos, y nos ponemos moradas.

—Qué ricos.

Les cuento y les enseño fotos; todas están flipando.

—Es precioso —dice Iratxe.

—Lo es —le digo.

—Tenemos que ir, chicas —dice Sofía.

—Eso lo tenemos que planear para el año que viene. Nos vamos una semana y disfrutamos de todo aquello.

—Sí —dice Jimena—, es maravilloso.

Cuando ya nos hemos puesto hasta arriba de pasteles, llegan Javi y Arturo.

—Bueno, pues llegáis tarde; nos hemos comido todos los pasteles —les digo.

—No me lo creo —dice Arturo.

—Pues créeroslo porque es así —dice Jimena—. Y tu hijo también está metido en el ajo.

Arturo se va hacia Martín y le dice:

—¿Por qué no nos has guardado ninguno, Martín?

Se ríe. Es una monada de niño. Saco unas cervecitas para ellos con algo de picar.

—Chicos, hemos estado hablando de que el año que viene nos vamos a Escocia una semana. ¿Os parece bien? —les pregunta Sofía.

Se miran entre ellos y dicen:

—Encantados.

Nos reímos todos, porque ellos van tantas veces a Escocia que pensar que unas vacaciones van a ser allí les puede aburrir, pero como son un encanto...

Cuando se van todos nos tiramos en el sillón los dos, uno casi encima del otro —nos gusta estar así—, y hablamos de mis náuseas y del mal cuerpo.

—Por hoy puedo decir que genial. Espero seguir así.

—Pues sí, cariño.

Cuando llega la hora de irse a la cama me lleva en brazos y empieza el ritual que tanto le gusta.

Me desnuda...

13

Dos días después, me levanto muy malita. Tengo muchísimos dolores; me encuentro fatal. Voy al baño y, cuando pongo los pies en el suelo, empieza a chorrear sangre por las piernas. Tengo un charco en el suelo. Me retuerzo de dolores, tengo muchísimo dolor. Me siento en el suelo y lloro. Llora por todo: por mi niño que estoy perdiendo, por los dolores que cada vez son más...

Lloro.

Llamo a Javi, desquiciada, dolorida y con el alma encogida.

—Dime —me dice.

Entre sollozos y como puedo le digo que venga rápido.

—¿Qué pasa? —me pregunta, histérico.

—El bebé, Javi... Estoy perdiendo a nuestro bebé.

—Voy enseguida. No te preocupes, ¿vale? Ya mismo estoy ahí.

Como puedo le digo que vale.

No tengo fuerzas para levantarme. No puedo moverme, no quiero moverme; me da miedo. Y los dolores son horribles.

Javi llega enseguida y, cuando me ve en el suelo de la habitación, entre la sangre y que estoy llorando desconsoladamente, su cara no me puede decir más que lo que yo siento.

—Sole, ¿qué ha pasado? Dime algo. —Mientras tanto, me abraza y me besa la cabeza—. No te preocupes, viene una ambulancia de camino.

En ese momento llaman al portero. Javi les abre y vuelve adonde yo estoy. Entran los chicos de la ambulancia, vienen derechos a mí y me preguntan qué ha pasado. Como puedo les digo:

—No lo sé, me he levantado con muchos dolores y, según he puesto los pies en el suelo, he empezado a sangrar. Estoy embarazada de tres meses y medio. Es mi niño... Lo estoy perdiendo, lo sé. Siento cómo está saliendo de mí...

Ya mis sollozos son gritos. No puedo soportarlo, no quiero.

—¡Mi niño! —digo—. Javi, nuestro niño se nos va...

—No digas eso, Sole. —Su cara está descompuesta—. Ya verás como todo sale bien.

—No, Javi. Se nos está yendo...

Después de revisarme, dicen que tenemos que irnos al hospital. El médico me mira a mí, luego a Javi y nos dice:

—Puede ser un aborto. Cuando lleguemos al hospital y se le hagan las pruebas pertinentes ya se verá.

No puedo dejar de llorar. Ya no es por los dolores; es por la pérdida de mi bebé.

No es justo. Nada es justo.

Me llevan al hospital y me meten rápidamente en urgencias. Javi no puede entrar; le digo que llame a mamá.

—No te preocupes, cariño —me dice Javi.

Según entro en urgencias, me meten en un *box* y, al momento, tengo al médico, que viene con un ecógrafo. Después de hacerme la ecografía, se gira hacia mí y me dice:

—Es un aborto.

No quiero escuchar más. Me pongo a llorar desconsoladamente. El médico me pregunta si he

venido sola.

—No... Está mi marido.

—¿Cómo se llama? —me pregunta.

—Javier de Madariaga —le digo como puedo.

Mira a la enfermera y le dice que le llame. Cuando Javi entra, viene hacia mí. Me abraza; no puedo parar de llorar. Le digo que he perdido al bebé.

El médico le dice que es un aborto y que hay que hacerme un legrado para dejar todo limpio, que me lo van a hacer en una hora. Javi me abraza y lloramos los dos juntos. Nuestro niño se fue.

Al rato me dice que va a salir por si mis padres han llegado, para que entren y estén conmigo. Le digo que vale.

Cuando se abre la puerta y veo a mis padres y a Javi, mi madre se tira a por mí, llorando. Nos ponemos las dos a llorar. Tengo un vacío en mí, que es lo único que me apetece. Los dolores ya me dan igual. No tengo a mi bebé.

Al cabo de un rato vienen a por mí. Me despido de ellos y vamos a ponerle fin a todo esto. Me meten en quirófano y me hacen el legrado.

Me siento vacía. Estoy vacía.

14

Han pasado dos meses desde que aborté. Mi vida ha dado un cambio radical... Yo sé que no lo estoy haciendo bien, pero es lo que me sale. Javi está distinto también, no sé si es por mi manera de actuar o porque, si no hay bebé, no hay necesidad de estar juntos. Eso me está comiendo la cabeza. Un día y otro con la misma historia dando vueltas y vueltas en mi cabeza.

Necesito estar sola. Quiero lamerme las heridas sola, no quiero tener que aparentar que estoy bien cuando estoy hecha una mierda. No puedo y, además, es que no quiero.

No.

Esto tiene que cambiar, y pronto, además. Lo necesito.

Vienen mis amigas a verme. Ellas no están nada contentas por cómo estoy actuando. Tengo de todas las opiniones, pero lo siento: no hago caso a ninguna. Suena el telefonillo. Son ellas; no me apetece una mierda que vengan, pero es sí o sí, no hay otra. Dejo la puerta abierta y me voy al salón. Ellas entran derechas; el hecho de no esperarlas en la puerta ya es una señal de cómo estoy.

El primero que entra es Martín. Viene a mí y me abre los brazos. Este niño es mi debilidad; parece que nota que no estoy de humor, porque él me hace reír aunque no quiera.

—Bueno, parece que por lo menos sabes reírte —dice Jimena.

—Sí, me río cuando me da la gana y cuando me hacen gracia —le digo.

—Y nosotras te hacemos poca gracia, ¿no? —salta Sofía.

—Ninguna —le contesto.

—Pues qué mala suerte tienes, Sole, porque, tanto si te gusta como si no, aquí estamos —me dice Carla.

—Ya veo, ya —le contesto.

—¿Cómo estás, petarda? —me pregunta Iratxe.

—Bien —le digo.

—No nos jodas, Sole. Estamos de tu «bien» hasta el chichi —dice Sofía.

—Anda, pues hasta donde estoy yo de muchas cosas —le digo.

—Esto se tiene que ir terminando. Ya es hora, ¿no te parece? —insiste Sofía.

—Puede ser, pero es que no tengo fuerzas para hacer las cosas como las tendría que hacer —les digo.

—¿Y qué cosas tienes que hacer? Habla con nosotras, Sole, por favor —me dice Jimena.

—Chicas, no estoy bien, ni conmigo misma ni con Javi. Ala, ya lo he dicho.

—Sigue —dice Jimena.

—Me estoy devorando por dentro. No quiero, pero no lo puedo evitar. Javi me evita, o eso creo yo. Puede que sea yo la que lo está alejando de mi lado, no sé. Me estoy volviendo loca. Me ha dado por pensar que él ya no quiere estar conmigo por no tener al bebé.

—¿Qué estás diciendo? —me dice Jimena—. Sabes que eso no es así.

—Pues para mí sí, ¿vale? Me estoy comiendo la cabeza porque le veo distante. Yo misma te lo estoy diciendo, que puede que sea yo... Estoy vacía por dentro, y quiero estar sola. No le echo la culpa, pero ya no puedo estar con él; es por mi bien. No sé.

Me pongo a llorar. Últimamente es lo que me pasa: lo único que quiero es llorar.

—Sole —me dice Jimena—. No estás bien, y tienes que dejarte ayudar.

—Jimena, ya sé que no estoy bien, pero es que ahora no puedo estar con Javi.

—Pero ¿tú sabes lo que vas a hacerle a Javi? Tú no tienes ni idea de lo que él te quiere, y ¿le estás echando de tu lado?

—Yo sé que le estoy echando de mi lado, pero ahora mismo tiene que ser así. Cuando yo esté bien, y si él quiere estar conmigo, ya sin niño y al cien por cien, aquí me tendrá. Pero ahora no quiero pensar que es por lástima o que nos fuimos a vivir juntos por el motivo que fue... Ya no está ese motivo. Ya no hay bebé.

—Sole, no le hagas eso —dice Jimena.

—Tengo que hacerlo. Por el bien de los dos.

Cuando se van las chicas, me tiro en la cama y me hincho a llorar. Sé que tienen razón, pero tengo que hacerlo a mi manera. Soy una cabezota, lo sé.

Cuando venga Javi se lo tengo que decir. Ya no puedo aguantar más.

No quiero.

Parece que se huele que voy a hablar con él, porque viene más tarde que nunca, y ya no me apetece; es muy tarde. Mañana.

Le digo que me acuesto, estoy cansada. Él viene a mí, me da un beso y me dice que descanse.

—Gracias —le digo, y me voy.

Cuando estoy acostada, se me caen las lágrimas. Me da tanta pena todo esto...

Me doy tanta pena.



Apenas he dormido, aunque cuando se acostó Javi me hice la dormida. No quise que viera que estaba despierta; no quería hablar con él, ni siquiera acercarme a él. ¿Por qué ha tenido que pasar todo esto cuando éramos tan felices? A él lo veo nervioso, y a mí... Qué os cuento; soy un desastre.

Cuando se levanta para ir a trabajar estoy en la cocina. Le he preparado el desayuno. Viene a darme un beso y le digo que tenemos que hablar, que sé que no son horas, pero que no aguanto más. Nos sentamos en la mesa y me dice:

—Habla. —Su gesto es serio.

Mientras se me caen las lágrimas le digo:

—Javi, esto se tiene que terminar.

—¿Por qué? —me dice.

—Porque no estamos bien, y no es justo para ti.

—¿Quién tiene que decidir si es justo para mí? ¿Tú? ¿O yo?

—No estamos bien, ¿no lo ves? —le digo.

—No estamos bien porque tú no quieres dejarte ayudar. Yo te quiero... No entiendo por qué después de haber estado tan bien ahora parece ser todo lo contrario. ¿Tú no me quieres? — me pregunta.

—Sí, Javi, pero tú no querías tener más de lo que había. Nos fuimos a vivir juntos por el bebé, pero ya no hay bebé. No hace falta que te comprometas.

—¿Y eso lo vuelves a decir tú? Aquí yo no decido una mierda..., solo tú. ¿Es que no me quieres?

—Sí te quiero, y lo sabes, pero ahora necesito estar sola. Necesito tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé —le digo.

—O sea, ¿que se acabó?

—Sí. Por ahora es lo que necesito.

—Sole, quieres terminar con todo esto porque quieres estar sola para poder seguir lamiéndote las heridas. Esas heridas son de los dos, no solo tuyas, pero tú no quieres incluirme en esto. Muy bien. Cuando quieras hablaremos. Esta noche, cuando salga del trabajo, me voy a mi casa. Mañana vendré a por mis cosas, si te parece bien.

—Sí, me parece bien.

—Muy bien. Pues no se hable más: ya has tomado tú la decisión.

Me mira, pero yo no tengo ni fuerzas para mirarle a la cara. Sé que tiene razón en todo, pero ahora mismo no quiero ver más allá de donde yo quiero ver. No se toma ni el desayuno; coge su maletín y se va.

Lloro. Últimamente es lo único que hago bien.

Llorar.



Llamo a mi madre y le cuento lo que ha pasado. Ella siente tanta pena por mí en estos momentos que es con la única que me siento a gusto. Me da la paz que necesito ahora, pero hoy me lee la cartilla.

—No está bien eso que has hecho, Sole.

—Sí, mamá.

—No, hija. Te estás equivocando. Ese chico te quiere y te lo ha demostrado desde el primer día que le conocí. No me puedes hacer ver lo contrario.

—Bueno, no voy a decir nada más —le digo.

—Tú como siempre. No puedes ser así: cuando necesitas que la gente esté contigo es cuando nos echas de tu lado. Desde luego, Javi tiene la paciencia de un santo, porque yo te habría dicho cuatro cosas.

—No, si ya me las estás diciendo —le digo.

—No, hija, no te las estoy diciendo.

—Vale. Tengo que dejarte.

—Ya, ahora me tienes que dejar. Tú sigue así —me dice.

—Adiós, mamá.

—Adiós —me dice.

Cuando cuelgo me siento fatal. Todo esto ya lo sé yo, pero no puedo evitarlo. ¿Es que nadie ve que no puedo? Y termino como últimamente: llorando.

Me suena el portero, voy a ver quién es.

—¿Sí? —pregunto.

—Soy Sofía, abre.

Le abro. No es que me haga mucha gracia, pero la pobre no se merece que le diga que no quiero ver a nadie. La estoy esperando en la puerta, se baja del ascensor y viene con un paquete.

—¿Qué traes? —le pregunto.

—El desayuno para las dos, ¿o ya has desayunado? —me pregunta.

—He tomado un café solamente.

—Bueno, pues ahora vamos a disfrutar de esta *delicatessen*, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le digo.

Preparamos la mesa y saca todo lo que trae en esa caja. Todo tiene una pinta exquisita; además

hay dos tazas de porcelana preciosas. Nos ponemos a ello.

Todo espectacular.

Cuando solo nos queda el café es cuando empieza la charla.

—¿Has hablado con Javi? —me pregunta.

—Sí, esta mañana.

—¿Y? —me insiste para que siga hablando.

—Pues le he dicho que ahora mismo necesito estar sola.

—¿Y lo ha entendido?

—Bueno, dice que le estoy excluyendo.

—Y tiene razón —me dice.

—Y que esto es de los dos, pero que yo quiero lamerme mis heridas sin contar con que él tiene las tuyas.

—Y tiene razón —vuelve a decirme.

La miro y digo:

—¿Solo sabes decir eso?

—Te diría otras cosas, pero me las voy a reservar para más adelante. Sole, yo sé que estás mal, que lo que te ha pasado es duro, pero tú no puedes echar a Javi de tu vida porque te creas que estaba contigo por el bebé. Porque digas lo que digas es por eso; el noventa y nueve por ciento es por eso: porque tú no confías en que él haya cambiado y que ahora se sienta atado a ti cuando ya no hay motivo. Pero ¿es que tú no te has dado cuenta de que este chico está coladito por ti? ¿Es que no lo ves? Yo sí. Y te soy sincera: lo que estás haciendo está mal.

Se me caen las lágrimas. Tiene razón en todo lo que me ha dicho. Yo le quiero con locura, siempre le he querido, aun cuando no teníamos más que unos momentos preciosos, pero que me valían para seguir. Él asegura que me quiere, pero me da miedo llegar al fracaso. Y esto empezó por el bebé; creo que ya se tiene que terminar, que puede que más adelante nos volvamos a encontrar, o que le busque yo y vea que, aun sin tener ningún tipo de atadura, él quiere estar conmigo.

Así que miro a Sofía y le digo:

—Tienes razón, has acertado con todo lo que has dicho. Yo le quiero con locura, pero lo que yo necesito es ver que lo que él siente por mí sea realmente por mí, no por nada más. Porque ahora no hay nada más.

—¿Cómo lo vais a hacer? —me pregunta.

—Él me ha dicho que cuando salga esta noche se va a su casa y que mañana vendrá a por sus cosas.

Sofía mueve la cabeza de un lado a otro.

—Joder, pobre —dice.

—Sí, me da mucha pena, Sofía, pero es que tiene que ser así.

—Tiene que ser así por ti —me dice.

—Sí, así es —le digo.

Estamos un rato más hablando, hasta que Sofía dice que tiene que irse. Hoy entra después al trabajo porque tiene que quedarse hasta tarde. Nos despedimos en la puerta y espero a que coja el ascensor. Nos saludamos con la mano y se va. Mientras cierro la puerta pienso que bueno, que no ha sido tan duro como creía que iba a ser. Una superada. Me faltan tres.

Me voy a comprar cosas que necesito, así me distraigo un poco. Cuando estoy esperando el ascensor, me suena el móvil. Lo miro y es Javi.

—Dime —le digo.

—Sole, ¿podemos vernos esta noche?
—No, Javi. Dame tiempo, por favor.
—Es que veo que vamos a tirar por la borda todo lo que estábamos creando.
—Ahora mismo tiene que ser así.
—Pero Sole...
—No, Javi —le corto—, ahora no. Dame tiempo, te vuelvo a decir.
—Está bien. Mañana pasaré a por mis cosas. Espero verte, porque necesito verte.
—Estaré en casa.
—Bien —me dice—. Pues hasta mañana.
—Hasta mañana —le digo.

Me monto en el ascensor y me bajo. Hace un sol precioso, y esto me viene genial para la palidez que tengo en mi cara. Doy un paseo hasta el súper. Entro y empiezo a coger las cosillas que me hacen falta: gel, crema de dientes, toallitas desmaquillantes... Ya no hay caprichos que comprar; ya no tengo que pensar en lo que le gusta a Javi.

Ya no.

Y me doy pena, mucha pena.



Al día siguiente, a las once, viene Javi. Llama al portero, porque cuando se fue dejó las llaves en la mesa. Estoy nerviosa; he pasado una mala noche pensando en Javi y echándole de menos. Le estoy esperando en la puerta. Cuando sale del ascensor y le veo, se me cae el alma a los pies; su cara es peor que la mía. Pero aun así le veo tan guapo...

—Hola —me dice, y me da un beso en los labios.

—Hola —le digo.

No me espero ese gesto, pero tampoco lo rechazo. Ese beso lo tengo que guardar en mi mente; echaré de menos sentir esos labios tan carnosos. Entramos dentro y él va a por sus cosas.

—¿Te ayudo? —le digo.

—No, es mejor que no. No voy a tardar mucho, tranquila.

—No lo digo por eso, Javi.

—Ya, pero déjalo.

—¿Quieres tomarte un café o algo? —le pregunto.

—Ahora no. Luego, si tú quieres. Cuando termine —me dice.

—Vale, estoy en el comedor —le digo.

Me siento en el sillón, me muerdo las uñas, una de las cosas que más rabia me da, pero que últimamente tampoco puedo evitar.

Me llaman al móvil y miro quién es. Es Jimena. Le cuelgo y le mando un mensaje: «Luego te llamo, está Javi aquí. Besos». «Ok», me contesta. Ao el móvil; no quiero que suene mientras Javi está aquí. Oigo un golpe y una maldición. Me levanto y le pregunto si le ha pasado algo.

—No, que se me ha caído la maleta en el pie —me dice.

—Ah —contesto, y vuelvo al salón.

Ya no sé qué hacer, si acercarme o no; no quiero que crea que tengo prisa por que se vaya. Después de un rato, aparece con la maleta en el comedor. Se queda de pie y le digo que se siente.

—¿Quieres tomarte algo? —le pregunto.

—Una cerveza —me dice.

Me levanto y traigo dos cervezas. Me siento al lado de él y nos miramos.

Javi es el que empieza.

—Sole, pienso en todo esto y no me gusta cómo va a terminar una relación que era bonita. Yo te quiero y no entiendo esto —me dice.

—Solo te pido tiempo, Javi, lo necesito. Sé que no lo estoy haciendo bien, pero quiero ser sincera contigo, y es lo que quiero que entiendas. Ahora mismo necesito estar sola. Yo también te quiero, pero ahora me tienes que conceder tiempo.

—Pero ¿esto es un adiós? —me pregunta.

—No, no me gustaría que esto fuera un adiós. Quiero ponerme bien y, una vez que yo vea que eso ocurre, hablaremos.

—Pero Sole...

—No me lo pongas más difícil, Javi, por favor.

—Solo quiero decirte que, siempre que te apetezca hablar conmigo o contarme lo que sea, que me llames. Siempre voy a estar ahí. Voy a intentar no molestarte, pero ¿te podré llamar alguna vez? —me pregunta.

—Sí, claro —le digo—. Cuando quieras hazlo. Yo también lo voy a hacer, si a ti no te importa.

—Claro que no; al contrario, lo estaré deseando.

Le abrazo. Nos abrazamos los dos y lloramos los dos. Estamos tristes. Javi se levanta y se va sin mirarme. Cuando llega a la puerta se gira y me dice:

—Te quiero, Sole. Llámame. Adiós.

—Adiós. Yo también te quiero.

No sé si me ha oído, porque ya se fue. Ahora sí estoy sola.

Sola y triste.

15

Sentado en el jardín de mi casa, repaso una y otra vez todo lo que he vivido con Sole.

Desde el primer día que la vi me gustó. Sí es verdad que, cuando quedábamos, aunque nos llevábamos muy bien, era muy cómodo todo. Nos llamábamos y, si nos apetecía a los dos, nos veíamos y hacíamos el amor de mil maneras. Era perfecto. Ella, con ese cuerpazo, esas piernas largas y esos pechos turgentes, me fascinaba, pero, con un pensamiento egoísta, yo no quería más.

¿Para qué, si ya lo tenía todo? Cuando ella decide que se va durante un tiempo es cuando yo veo que lo que quiero es estar a su lado, pero vuelve a salir mi vena egoísta y me niego a ello. Lo paso mal sin verla y sin poder llamarla. No creía que podría echar tanto de menos a una persona hasta que ese momento estuvo ahí. Pero así fue. Y me sentía celoso de todo lo que ella podía estar haciendo, viviendo con otro hombre o conociendo a gente nueva.

Cuando fui a buscarla a Praga y la vi con ese tío, el mundo se me cayó a los pies. Mis celos me devoraban por dentro, pero no tenía derecho a decirle nada, ya que había sido yo el que no quería nada más serio con ella. Pero cuando hicimos el amor después fue cuando sentí la necesidad de estar con ella. La quería para mí. Por eso, cuando me dijo que estaba embarazada, se cumplió el deseo que yo llevaba pidiendo, sin saberlo, desde hacía mucho tiempo. Decidir irnos a vivir juntos no fue un pacto por el bebé; las ganas de estar junto a ella y de vivir el embarazo de mi primer hijo, estar ahí, fue lo que me convenció.

Todo tan perfecto...

Hasta que llegó el maldito día en que nuestro bebé se fue y, con él, todo lo demás. Sole ya no era la misma, y puede que yo no haya ayudado a que ella...

No me dejó ayudarla.

Y ahora estoy aquí, solo y desesperado, sin ella, sin nada.

Me pides tiempo; yo te lo daré, pero no me apartes de tu vida. Te necesito, Sole.

Te quiero y voy a luchar por ti.

16

Cuánto le echo de menos.

Pasan los días. Mis amigas vienen a visitarme casi todos los días. Estoy depre y no quiero salir. Ellas lo están pasando mal también por verme en este estado. Yo siempre he sido muy alegre y muy chistosa, y me ven de esta guisa y se asustan de verdad... Pero, como les digo a ellas, no os preocupéis, que esto es temporal. Yo sé que voy a salir adelante, pero necesito mi tiempo.

—He perdido todo de golpe —les digo. Y ya salen como leonas.

—De golpe porque tú lo has decidido. Porque has echado a Javi, literalmente. Te has adelantado un poco, Sole.

—No podía estar con él ahora que no había compromiso por el bebé —les digo.

—Él no quería estar contigo solo por el bebé —me dice Iratxe.

—Carlos me ha llamado más de una vez e insiste en que me vaya unos días con él a Praga. No sé qué hacer, la verdad —les digo.

—Pues vete —me dice Jimena—, así te despejas un poco de todo esto. Además, está Marek también.

—Ya, pero no estoy interesada en Marek, Jimena.

—Ya lo sé, pero nunca viene mal un amigo —insiste.

—¿Has vuelto a hablar con Javi? —me pregunta Carla.

—Sí, me llama de vez en cuando para preguntarme cómo estoy y si quiero que quedemos para cenar o simplemente vernos.

—¿Y? —me pregunta Iratxe.

—Nada. Yo se lo agradezco, pero no, ahora mismo no quiero verle. Le echo muchísimo de menos, pero tengo que recuperarme, y luego ya veremos qué pasa.

—Nunca creí que fueras tan terca, hija —me dice Carla—. Tienes la oportunidad de estar junto a la persona que quieres... Él te adora igual, y tú estás perdiendo el tiempo. Si yo pudiera dar marcha atrás al tiempo...

Me tiro a sus brazos y le digo que efectivamente estoy siendo una gilipollas. Con todo lo que le ha pasado a Carla ahí está, ayudándome a mí. Cuando yo lo tengo a un paso, ella lo perdió para siempre.

Y yo también puedo perderlo.

Carla me dice que me vaya a Praga, que haga una sinopsis de mi vida y, cuando llegue al punto en el que estoy, que recapacite y regrese con todas las fuerzas renovadas. Y si en esas fuerzas entra Javi, que vaya a por él. Sin pensar en nada más.

Miro a Carla. Me ha hecho pensar y ver.

—Puede que lo haga.

Las miro a todas y, con otra cara, les digo que no se preocupen, que lo voy a pensar y ya les diré.

—Venga, sí —dice Iratxe—. Queremos ver a la Sole de siempre. Nos duele verte así.

Asiento con la cabeza y les digo que *ok*.

Seguimos de cháchara un rato más. Martín está con su padre, por lo que Jimena no tiene prisa. Estamos tan a gusto las cinco. Cuando se van me siento en el sillón y pienso en ellas. Lo que me

están aguantando... Aunque me dicen las cosas muy claritas, sé que yo y mi cabezonería somos insoportables. Y ahí están ellas. Son mis chicas.

Las quiero.



Pasan los días y pienso en tantas cosas a la vez... Pero voy a ir por partes. Hablo con Carlos muy a menudo y me anima a que vaya. Le comento que las chicas también me lo dicen, que desconecte allí y que regrese con fuerza. Entonces él me dice que no me lo piense, que me vaya y pase unos días allí con él, y que disfrutemos uno del otro, que salgamos y hablemos hasta las tantas. Él está mejor y quiere contagiarme su positividad. Le digo que en unos días le digo algo, pero él insiste en que tengo que ir.

—Bueno, pues sí, voy a ir. Ya te digo el día, cuando vea los vuelos que hay directos.

—Perfecto —me dice—. Espero tu llamada. Besos.

—Besos, cariño —le digo.

Cuando cuelgo estoy sonriendo. ¿Por qué? No lo sé, pero creo que estoy empezando a ver la luz. O eso espero.

Empiezo a buscar un vuelo directo a Praga. Siempre es bonito pasear por sus calles, aunque me duelan los pies por el empedrado, pero es una estampa ideal. Lo encuentro para dentro de tres días. Lo reservo. Mando un mensaje a Carlos: «En tres días estoy allí contigo, rey. Mi vuelo llega a las doce». Me contesta con caritas de alegría y me manda un beso, y le mando yo otro. Otra cosa hecha. Luego llamaré a mi madre para decírselo; también le gustará saber que me voy unos días con Carlos. A quien no le va a hacer ninguna gracia, y no por Carlos, sino por Marek, es a Javi. Me llama a menudo y hablamos de muchas cosas, pero no me pregunta por nuestro tema. Según Jimena no es por ganas, sino por no presionarme. Yo le agradezco que no lo haga. Cuando vuelva de Praga espero llegar con otra aptitud, y de ahí saldrá qué quiero y cómo lo quiero. Y si él sigue estando dispuesto, pues mejor, porque no puedo dejar de pensar en él.

Me dedico a dejar la casa en condiciones para mi partida. Voy a por la maleta y la dejo abierta en una de las habitaciones para ir metiendo ropa según piense qué llevarme. No sé cuánto me voy a quedar, pero prefiero que me sobre a que me falte.

Decido irme a dar un paseo por el Retiro. Voy paseando, hace sol y se está de maravilla. Siempre me ha gustado..., bueno, nos ha gustado a todas irnos allí. Nos relaja. Cuando llego a la zona del lago, me siento a ver las barcas y me meto en mi mundo. No existe otra cosa a mi alrededor, solo la paz que siento rodeada por todo esto. De pronto me tocan el hombro y, cuando reacciono, veo que es Carla.

—Chica, ¿dónde estabas? —me pregunta.

—Pues no te lo sé decir ni yo. A miles de kilómetros de aquí, quizá.

Se sienta conmigo y me pregunta cómo voy.

—Hoy he hablado con Carlos. Me voy unos días a Praga. Voy a intentar recuperar del todo mi alma y, cuando venga, espero volver renovada. Lo necesito ya.

—Me parece muy bien, Sole. Esto no puede llegar más lejos: tienes que plantarle cara a la vida, no hay otra forma.

—Lo sé —le digo.

—¿Has vuelto a hablar con Javi? ¿Sabe que te vas otra vez? — me pregunta.

—No, aún no. Pero sí le voy a llamar para que lo sepa.

—¿Por qué no quedas con él?

—No, mejor no —le digo.

—¿Por qué? Creo que os vendrá bien veros.

—No lo sé. Ya veré —le digo.

Seguimos hablando un buen rato. Va vestida de *footing*, así que le digo:

—Estás haciendo *footing*, por lo que veo.

—Sí, he vuelto a correr. Me viene bien en muchos sentidos.

—Haces bien. Estás haciendo muy bien las cosas, Carla.

—Intento, por lo menos. Por eso tú tienes que tomar las riendas de tu vida, y tienes que ir a por todas. Si sale mal, da igual, lo intentaste. Pero lo que no puedes hacer es dejar todo por si sale mal. Eso nunca, Sole.

—Tienes razón, y voy a poner todo de mi parte. Cuando vuelva ya veré.

—Habla con Javi antes de irte. Creo que es justo.

—Sí, tenía pensado hacerlo —le digo.

—Te dejo, voy a seguir. Ah, y me gusta verte más animada.

—Gracias, cielo —digo, y le tiro un beso.

La miro cómo se aleja. Va guapísima vestida con su conjunto de correr. Bueno, es que ella es muy guapa, y de tipo no hablemos; se sale. Al rato echo a andar. Sigo paseando, pero con otro talante. Cuando llegue a casa voy a llamar a Javi y le diré que me voy unos días. Se lo merece.



Cuando llego a casa me doy una ducha y me relajo en el sillón. Pienso en Javi, en todos los momentos que hemos vivido juntos, y le echo de menos. Decido llamarle ya. Cojo el móvil y marco. Uno, dos, tres tonos..., y lo descuelga.

—Hola, Sole.

—Hola. ¿Te pillo en mal momento?

—No, tú nunca me pillas en mal momento. Sonrío. «Es que es un encanto», pienso.

—Bueno, es que me gustaría hablar contigo de los planes que tengo.

—Dime —me dice.

—En tres días me voy a Praga.

Se queda callado un momento.

—¿Te vas?

—Sí, voy a irme unos días.

—Podemos cenar esta noche, así te veo —me dice.

—Vale —le digo.

—Te recojo a las nueve.

—Perfecto —le digo.

—Hasta luego, entonces.

—Chao —le digo.

Cuando cuelgo pienso en que no sé si estoy haciendo bien las cosas. Tengo un cacao en mi cabeza... Pero bueno, así lo quiero hacer, y de momento me vale. Me lío a preparar cosas para el viaje. Me siento en la cama, delante del armario. Tengo que pensar qué me voy a poner esta noche, quiero estar espectacular. «¿Por qué?», me pregunto a mí misma. Porque quiero que Javi me vea perfecta.

«Pero si él ya te ve perfecta; eres tú la que no lo quiere ver». Cállate un poquito, digo. Agito la cabeza. Fuera pensamientos.

Me dedico a probarme ropa. Al final me decido por unos vaqueros que me quedan rompedores: me hacen un culo perfecto. Y también una camisa nueva que me compré y no estrené

aún. Decido ponerme mis botas de vaquera. Cuando lo visualizo todo me veo guapísima. El pelo y el maquillaje pondrán la guinda al pastel.

Me estoy preparando para la «cita». El resultado está siendo muy bueno, y cuando termino y me miro en el espejo veo a una Sole radiante. Me gusta lo que se refleja en él.

Llaman al portero. Voy a ver quién es.

—¿Sí? —pregunto.

—Soy Javi.

—Ya bajo.

—Ok.

Me doy un último vistazo en el espejo. Me gusta lo que veo. Me pongo la cazadora de cuero negra y salgo de casa. En el ascensor me miro y levanto el pulgar. Siempre pienso que, como haya una cámara en el ascensor, se tienen que partir conmigo. No sé por qué me da por hacer cosas frente al espejo. Salgo a la calle y me encuentro con un Javi de doblárseme las rodillas. Parece que él ha tenido la misma sensación conmigo, porque nos quedamos mirándonos el uno al otro y callados hasta que él dice:

—Estás espectacular.

—Gracias. Tú también —le digo.

Nos damos dos besos. Le miro de arriba abajo: va con unos vaqueros. Con esa altura, esas piernas largas, ese culo... Para qué me voy a engañar: pedazo de culo que tiene el señor. Y esa cara... Es guapísimo. Los ojos negros, tan profundos que cuando te miran te deshaces... Y esa barbita de dos días. Madre mía, qué pensamientos impuros me pasan por la cabeza.

Me dice que tiene reserva en uno de los restaurantes a los que íbamos nosotros, El Cascorro. Vamos andando porque está cerca de mi casa. Le pregunto por su trabajo. Hablamos de ello por el camino. Cuando llegamos, nos sentamos en la mesa reservada y pedimos la bebida mientras elegimos la cena. Él pide unos espárragos con virutas de jamón y un solomillo a la pimienta, y yo elijo una ensalada César y un solomillo al roquefort. Cuando nos traen la bebida, Javi me pregunta:

—Entonces ¿te vas?

—Sí, voy a pasar unos días con Carlos.

—¿Cuántos?

—No lo sé. De momento he cogido la ida; no quiero que sean muchos, pero bueno, voy sin prisa. Quiero poner mis ideas claras y, cuando vuelva, saber qué es lo que quiero.

—¿Aún no lo sabes?

—Sí, creo que sí.

—¿Pero?

—Pero quiero estar segura al cien por cien.

—¿Ese cien por cien es por mí?

—Sí.

—No entiendo que tengas que irte para saber lo que quieres, Sole.

—Javi, no quiero discutir contigo.

—No hace falta que discutamos. Es tan sencillo como saber si quieres estar conmigo o no.

—No quiero hacerte daño.

—Ya lo has hecho, Sole. De hecho, me lo estás haciendo.

—Javi, por favor... Sé que no he hecho bien las cosas, pero ahora lo que quiero es tener seguridad en mí misma, saber que, si cuando venga decido que quiero estar contigo, me vas a tener a tu más entera disposición. Pero eso es lo que me da miedo: dar un paso en falso y volver a cagarla.

—Está bien. Si es así como quieres hacerlo, no tengo más remedio que aceptar. Tú sabes que estoy aquí, que te quiero.

—Lo sé, por eso quiero hacer así las cosas. No te mereces todo esto.

Nos traen la cena y nos ponemos a ello. Está todo riquísimo. Pasamos una velada buena. Una vez aclarado el tema del viaje, hablamos de tantas cosas que, cuando nos damos cuenta, nos hemos comido hasta el postre. Se nos ha pasado volando. Pedimos un café; parece que no queremos salir del restaurante. Sabemos los dos que, una vez salgamos, no nos volveremos a ver hasta que yo vuelva, y nos estamos resistiendo a eso.

Qué curioso, ¿no? Lo tengo todo en mi mano y, aun así, estoy con las ideas revoltosas. Tengo que hacerlo como había decidido porque, si fuera por nosotros, saldríamos del restaurante y nos iríamos a casa a hacer el amor toda la noche hasta terminar rotos. Eso se nos da bien a los dos. Pero ahora lo voy a hacer bien. Voy a seguir el cuadrante que me he hecho yo misma en mi cabeza.

Cuando vemos que ya es la hora de cerrar, nos levantamos sin muchas ganas, pero no nos queda otra. Salimos y paseamos hacia la avenida. Vamos tranquilos, hablando. Y llegamos a mi portal. Me subo en el escalón y me giro hacia él.

—Gracias por esta noche —le digo.

—Gracias a ti por aceptar verme.

—Ha estado genial.

—Sí —me dice—. Aunque se me ha hecho corto.

—A mí también.

—Eso es bueno —me dice.

—Sí, es bueno. Cuando vuelva te llamo, ¿de acuerdo?

—Hazlo, por favor. Te echo mucho de menos, Sole.

—Yo a ti también, de verdad.

—Pues ¿a qué esperamos? —dice.

—A que vuelva. Será lo mejor, hazme caso.

Nos abrazamos. Me aprieta contra él y yo cierro los ojos. Qué maravilla ser arropada por ese cuerpo. Nos miramos y nos damos dos besos.

—Vuelve pronto —me dice.

—Lo haré. Chao.

—Chao —me dice.

Entro sin mirar atrás, no vaya a ser que cometa otra locura, que es lo que deseo en este momento. Cuántas cosas le haría... Solo de pensarlo me excito. Muevo la cabeza para pensar en otra cosa; no me vienen bien ciertos pensamientos. Ahora no.

Estoy ya montada en el avión. Madre, qué nervios. No lo puedo evitar: por más que quiero pensar en otra cosa, no puedo. Hasta que no esté el avión tocando el suelo de Praga, no estaré a gusto. Despegamos, volamos y aterrizamos sin problema.

Ya estoy aquí. Salgo y veo a Carlos. Nos abrazamos y besamos. Me gusta verle. Está mucho más animado que la última vez que le vi, cuando estábamos los dos de bajón. Ahora solo estoy yo. Él me va a ayudar a dar el último paso, salto..., como queráis que se llame. Nos vamos a por su coche. Tenemos un ratito hasta que lleguemos. Hablamos. Me dice que anoche estuvo con Marek y Josef, su hijo, cenando en el *burguer*. Lo hacen a menudo porque a Josef le encantan las hamburguesas. Me gusta saber que a Marek le va bien. Es una buena persona; nos lo demostró cuando estuvimos todos y fue nuestro chófer, aunque le incluimos en todos nuestros saraos. Muy majo.

Llegamos a casa de Carlos. Me voy a la habitación que ya ocupé en su día y deshago la maleta. Estoy ilusionada. Cuelgo todo en los armarios antes de que se me arrugue más. Conforme necesite la ropa, si veo que hace falta plancharla, pues la plancho, pero ahora me quito de en medio la maleta. Me voy al baño para darme una ducha y relajarme del viaje. Cuando me visto salgo al comedor, donde está Carlos, esperándome con un buen aperitivo. Cómo somos los españoles; la hora del aperitivo es sagrada. Me pregunta si esta noche me apunto con sus amigos a una cena.

—No os quiero molestar —le digo.

—No molestas. Si no, no te lo hubiera dicho. Vienen chicas también, ¿eh?

—No es por eso —le digo—. Si de verdad no os importa que vaya, pues cuenta conmigo.

—Perfecto. Esa es mi chica.

Nos ponemos a hablar de nuestra niñez. Qué años más maravillosos; qué bonito es que mires atrás y tengas unos recuerdos tan bonitos, que hayamos tenido una infancia tan buena, sin tantas cosas como ahora, aunque éramos felices con cuatro cosas. No podíamos echar de menos una cosa que no conocíamos. Ahora es todo tan distinto...

Decidimos hacer la comida. Hoy nos deleitamos con unos huevos con patatas, que son la *delicatessen* que más le gusta a Carlos. Me dice que un día de estos le tengo que hacer una tortilla de patatas, pues no ha conseguido hacerla tan rica como la que recuerda. Le doy mi palabra. La hacemos como antiguamente la hacía mi padre, cuando los domingos cogía una sartén y, mientras hacía las patatas con unos ajitos, nos llamaba: «Niñas, el desayuno se está haciendo». Así se tiraba todo el rato para que nos fuéramos despertando y, cuando tenía la fuente llena de patatas con ajitos y cuatro huevos, lo ponía en medio y él cogía el pan, rompía los huevos y nos daba a cada una un cacho de ese pan con yema de huevo, y nos encantaba. Lo llamábamos «fuente», eso nos hacía. Y así se lo hice yo a Carlos. Rompí los huevos, y un cacho de pan para él y otro para mí. Y nos pusimos como el Quico.

Cuando nos tomamos un café, le digo que me voy a echar la siesta. Eso es sagrado para mí. Él me dice que va a salir un momento y que luego viene a prepararse para la cena.

—Perfecto —le digo.

Y me voy a dormir un rato.



Cuando me levanto, voy derecha al baño para darme una ducha y arreglarme. Se me han pegado las sábanas; me pasa el primer día porque no duermo bien el día anterior por el vuelo. Cuando salgo arreglada, Carlos me mira y me dice:

—Menudo pibón, Sole. Me echo a reír.

—Exagerado —le digo.

—De exagerado nada. No te has visto cómo vas, ¿no?

—Sí, pero que no es para tanto. Aunque tengo un tipazo, ¿eh?—le digo en broma.

—Sí que lo tienes. La verdad es que estás muy buena. Esa melena que tienes, junto con esos ojazos, te hace ser preciosa.

—Así da gusto arreglarse.

—Siempre has sido muy guapa. A mi madre le encantabas.

—Pero es que tu madre es como si fuese la mía, no tiene validez. Para ellas somos los más guapos del mundo.

—Pero en este caso es así, te lo digo yo.

18

Desde el primer día que la vi me gustó. Y a partir de la boda de Arturo y Jimena nos dimos los teléfonos y empezamos a quedar. Me gustó. Y poco a poco fuimos quedando más a menudo. Siempre hemos tenido unos encuentros sexuales muy buenos; nos hemos compenetrado muy bien en la cama, y fuera de ella también. Pero lo llevábamos bien, esa manera que teníamos de hacer nuestra vida sin incluir al otro en ella. Solo cuando a uno le interesaba incluía al otro; si no, sin problema. O eso me creí yo. Porque cuando Sole vino diciéndome que no quería seguir así, que quiere más, yo me quedé estupefacto, porque no es lo que yo quería y, además, nunca habíamos hablado de ir más allá. Es más, me gustaba todo como estaba. De pronto, no quería seguir así, y terminamos nuestra «relación». Yo no podía darle más. Estaba dispuesto a eso, y ella se negó. Y se terminó.

Cuando vi que pasaban los días y no sabía nada de ella, la vida me estampó en la cara todo lo que sentía por ella. No quería más, no iba a tener nada. Y eso no me gustaba. Además, me dice que se va a Praga con un tío... Los celos me comían. Y desgraciadamente tuve que ir a buscarla por una tragedia. Me la traje y, más adelante, me dice que está embarazada. Todo lo que sentía perdido vuelve a mis manos del tirón; es mi oportunidad de recuperarla. Vamos a tener un bebé y decidimos vivirlo juntos. Me siento el hombre más feliz del mundo. Pero el destino nos tenía guardado una desgracia: perdimos al bebé y Sole me echa de su lado.

Solo, sufriendo por ella, paso los días esperando un mensaje o una llamada de ella que no recibo nunca.

Te echo de menos.

Te quiero como no te puedes imaginar.

Solo espero una cosa: que cuando vuelvas de Praga me llames y me concedas una oportunidad para empezar de cero. Sin prisas, como tú elijas. Yo aceptaré.

Llámame.

19

Salimos a cenar. Hemos quedado en el puente Carlos. Vamos a un restaurante chiquitito que hay pasando el puente, en una de sus calles. Cuando llegamos nos encontramos con ellos. Son un grupo bastante amplio y peculiar, la mayoría son españoles. Carlos me los presenta uno a uno; parecen majos, la verdad. Nos dirigimos hacia el restaurante y hablamos de dónde somos cada uno, de nuestras ciudades. Cuando llegamos nos encontramos con Marek, que viene directo a mí. Nos abrazamos y nos damos dos besos. Está guapísimo. Entramos y nos sentamos juntos en la mesa; me ha hecho mucha ilusión verle. Le pregunto por Josef, su hijo, y me dice que está precioso y creciendo mucho.

—Como salga al padre no va a parar de crecer —le digo.

Carlos nos mira. Está contento.

Cenamos y hablamos todos mucho. Son un encanto. Cuando terminamos proponen ir al pub de John Lennon. Pasamos por el muro del mismo nombre y nos hacemos fotos. A la vuelta está el pub. Pasamos allí un par de horas y decidimos irnos, pues aún tenemos un paseíto.

Empezamos la vuelta a casa. Da gusto estar con toda esa gente, con tan buen rollo; te contagian la positividad que tienen. Marek y yo caminamos juntos, pero nos reímos de todo lo que dicen. Llegado un punto, nos separamos, cada uno tira para su lado. Cuando Carlos y yo llegamos a casa y nos tiramos en el sillón, tenemos la misma opinión.

Hemos pasado una noche estupenda.

Pasan los días. Veo a Marek a menudo, e incluso hoy hemos quedado con él Carlos y yo. Vamos a ir al *burger* con Josef. Quedamos en la plaza vieja, al lado del reloj astronómico. Cuando llegamos hay un montón de gente. Siempre hay mucho turista en Praga; es preciosa, la verdad. Nos sentamos a esperarles. Mientras, nos pedimos una cerveza que, aparte de barata, está buenísima.

Vemos a Marek y a Josef de lejos, que vienen hacia nosotros, hasta que se les cruza una mujer rubia, se abraza a Marek y le besa. Luego se agacha y besa al niño. Se ponen a hablar y Marek nos señala con la mano; debe de estar diciéndole que se venga, porque ella se gira y después vienen hacia nosotros. Carlos me mira y me dice que si me importa.

—Para nada —le digo—. Menudo pibón, ¿eh, Carlos?

—Sí, está buena.

Cuando llegan a nosotros nos levantamos. Marek nos presenta a Darina. Ella nos da un beso a cada uno y les decimos que se sienten. Josef dice que cuándo nos vamos al *burger*.

—Ahora —le dice su padre—. Cuando nos tomemos algo aquí nos vamos.

Josef se entretiene con unos amigos mientras nosotros estamos tan a gustito en la terraza. Darina es maja; además de guapísima es simpática y habla un poco el español. Menos mal, porque yo, de checo, nada. Nos vamos al *burger* y allí Josef disfruta de la hamburguesa. Yo también; me encantan. Pasamos una tarde muy agradable.

Cuando nos despedimos de Marek, Darina y Josef, Carlos y yo nos vamos andando hasta casa, pero antes de subir decidimos entrar en una cafetería a tomarnos un café. Me dice que me ve muchísimo mejor que cuando llegué, y me pregunta:

—¿Qué sientes?

—¿Qué siento? —le digo—. Pues siento que, ahora que miro atrás, lo he hecho todo tan mal... Me he portado fatal con Javi.

—¿Y ahora?

—Pues quiero arreglar las cosas, pero voy a ir despacio.

—Con él a tu lado has sido feliz, Sole.

—Sí, mucho. Hemos pasado unos meses... Incluso yo pensaba que no podía estar pasando. Era todo tan bonito.

—Ahora sabes lo que quieres, y lo tienes que intentar. Mírame a mí, cómo estaba yo la otra vez que viniste, y ahora soy otro.

—Sí, te veo genial, Carlos.

—Lo estoy. Pero es que hay veces que tienes que pasar por cosas malas para darte cuenta de las buenas.

—Yo lo he pasado, pero no he sabido verlo a tiempo.

—Él te está esperando. No es tarde.

—Cierto, él me espera. Y ¿sabes una cosa, Carlos? Que no me merezco que me espere, porque él ha tenido tanta paciencia conmigo y yo he sido tan desagradable con él... Si me lo hubiera hecho a mí, no lo esperaría, desde luego. Cuando llegue le llamaré y le diré lo que he pensado. Y si todavía quiere intentarlo, pues aquí estoy. Si no quiere, iré a por todas, porque es el hombre que quiero a mi lado.

—Normal. Menudo bombón, bonita. Esos ojos negros, que cuando te miran te doblan las piernas...

Me río.

—Sí, es verdad. A mí me las deshace.

Nos vamos a casa. En dos días vuelo a Madrid.

A por mi amor.

A por mi vida.



La última noche que paso en Praga, hacemos una quedada con todos los amigos con los que he pasado unos días maravillosos y con Marek. También le hemos dicho que venga Darina; parece ser que la cosa va en serio. No se han vuelto a separar desde esa noche. Ella es un encanto de chica, aparte de ser un bellezón, y a Marek se le ve que está encantado. Cuando nos despedimos de ellos les hago prometer que un fin de semana los quiero en Madrid a los tres, o los cuatro, dependiendo de si Josef se apunta. Me dicen que sí, que ha sido un placer conocerme y que nos vemos en Madrid.

Cuando llegamos a casa nos acostamos. Es tarde y mañana hay que madrugar para ir al aeropuerto.

Cuando suena el despertador pego un salto; estaba profundamente dormida. Una vez salgo de la ducha me arreglo y saco las maletas al pasillo. Carlos está haciendo el desayuno. Me lo como a besos.

Nos vamos. Me lleva él porque Marek tenía un servicio y no podía. Cuando llegamos al aeropuerto nos despedimos como si no fuéramos a vernos nunca más, y eso no va a pasar, bien porque él vendrá a Madrid o bien porque nosotros iremos a verle. Le quiero en mi vida.

Cuando he facturado y pasado el control, me siento en una cafetería y mando un mensaje a Las Maris: «Chicas, ya estoy en el aeropuerto. ¿Nos vemos esta tarde?». Todas me dicen que sí. En el

Akelarre a las seis. «Gracias, chicas. Os quiero». «Y nosotras a ti».

Tengo que contarles todo lo que siento, pedirles disculpas por haberme portado algunas veces mal con ellas y contarles mis planes. Las necesito a todas. Son mi vida.

Parece mentira que me dé miedo el avión. Otra vez estoy aquí y, encima, sola. Mi estómago está que parece que me he comido un nido de mariposas. Madre, qué nerviosa estoy. Empezamos a movernos, y ese ruido tan atronador para mis oídos... Es cuando lo paso peor. Una vez arriba me tranquilizo un poco, pero solo un poco. Hasta que no pisemos el suelo no descanso.

Aterrizamos.

Tranquila, por fin. Recojo las maletas y salgo. Están mis padres esperándome. Me abrazo a ellos y les doy muchos besos. Los he echado de menos; aunque he hablado con ellos, no los tenía cerca. Nos vamos hacia el coche, me preguntan por el viaje, por Carlos, por mí.

—Estoy muy bien, no os preocupéis.

—Nos alegramos, hija —dice mi madre—. Nos has tenido muy preocupados.

—Ya lo sé, pero ya no hay de qué preocuparse.

—¿Vas a hablar con Javi? —me pregunta mi madre.

—Sí. Voy a instalarme primero y luego lo llamaré. Ya os contaré, ¿vale?

—Sí, hija. Arréglalo con él.

Me dejan en mi casa; son un cielo los dos. Me despido de ellos y les digo que ya les llamaré cuando haya hablado con Javi.

—No os preocupéis si pasan unos días —les digo.

—Vale, hija —me contestan.

Les lanzo un beso y subo a casa. Por fin en casita.

Mi casita.

Me tiro en el sillón. Estoy cansada del madrugón, así que me tumbo y luego ya desharé la maleta. No tengo prisa. Pongo el despertador, no vaya a ser que me quede frita y llegue tarde a la cita con las chicas.

A las seis estoy en el Akelarre. Cuando llegan nos saludamos como si hiciera meses que no nos vemos. Una vez estamos todas sentadas, Jimena me dice:

—Te veo muy bien, Sole.

—Lo estoy, la verdad es que sí.

—Cómo nos alegramos —me dice Iratxe—. No nos gustaba verte como estabas, y además nos lo has puesto muy difícil.

—Lo sé, y lo siento. De pronto sentí un vacío tan grande dentro de mí... Me daba tanta pena yo misma que no quería que nadie me dijera que poco a poco se pasaría. Yo no quería que se pasara; lo que quería es que me dejarais todos con mi pena. Pero ahora ya ha pasado.

—¿Qué vas a hacer con Javi? —me pregunta Carla.

—Hablaré con él.

—Pero ¿qué tienes pensado? —insiste.

—Si él aún quiere que tengamos una relación, por mí, adelante. Sabéis que siempre le he querido y le sigo queriendo.

—Él está esperando a que le llames —me dice Jimena.

—Lo sé.

—¿Cuándo le vas a llamar? —insiste.

—Voy a esperar un par de días. No sé si llamarle para decirle que ya estoy aquí o esperar ese par de días para hablar con él.

—Avisale de que estás aquí —me recomienda Jimena.

—¿Tú crees que es mejor? —le pregunto.

—Sí. Por lo menos, que sepa que ya has vuelto.

—Bien. Pues así lo haré.

Me preguntan por Carlos y por Marek. Les cuento que Carlos está muy bien, está conociendo a un chico y, de momento, guay. Y que Marek está tan estupendo como siempre. Nos reímos todas.

—Ya te digo que está estupendo —dice Sofía.

Todas asentimos. Es un tío cañón. Les hablo de Darina, y que, si él está cañón, no se pueden imaginar cómo está ella. Les digo que es preciosa. Y además está encantada con Josef, el hijo de Marek. Se están conociendo y, de momento, muy bien. Les cuento que les he dicho que un finde se vengán todos a Madrid. A todas les parece una buena idea.

Hablamos de todo un poco y nos vamos a casa, que se nos ha echado la tarde encima. Nos despedimos. Quedamos en que les informaré cuando haya hablado con Javi. Cuando llego a casa es tarde, pero sé que Javi todavía está activo; es muy nocturno. Pienso en llamarle; tengo ganas de oír su voz. Cojo el móvil y marco. A las tres llamadas lo descuelga.

—Qué sorpresa, Sole. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, la verdad. ¿Y tú?

—No tan bien como tú —me dice.

—¿Y eso?

—Te he echado mucho de menos.

—Yo a ti también —le digo.

—Me alegro —me dice.

—¿Quieres que quedemos pasado mañana para cenar?

—¿Tiene que ser pasado mañana? —me pregunta.

—Si puedes, claro —le digo.

—Sí puedo, pero prefiero que sea mañana. Tengo ganas de verte.

Sonrío y pienso: «Y yo a ti, guapetón».

—Bueno, pues mañana entonces.

—Te recojo a las ocho, ¿te parece?

—Me parece bien.

—Voy a hacer una reserva en el japonés.

—Umm, qué rico. Estupendo —le digo.

«Tú sí que estás rica», piensa Javi.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Me he levantado con mucha energía. Me he liado con las maletas, con la lavadora y con la casa; creo que es lo que necesito para no estar nerviosa. Hasta que no sepa qué va a pasar con nosotros no voy a estar tranquila. A lo mejor él ha cambiado de opinión, pero no quiero ser negativa. Por una vez desde hace mucho tiempo quiero ser positiva. Me dedico a hacerme la comida, veo la tele, me tiro en el sillón y espero a que llegue la hora de arreglarme. No sé qué me voy a poner; solo sé que quiero ir espectacular. Quiero que me vea perfecta, pues hace tiempo que no me ve.

Cuando llega la hora de ir a la ducha, me meto, me ducho y me echo un aceite de vainilla negra que a él le gusta mucho cuando lo huele sobre mi piel. Me maquillo, me visto y, por último, me plancho el pelo. Cuando me miro en el espejo, sale de mis labios un «guau» y una sonrisa. Esto es lo que quería. Al final me he decantado por un pantalón de cuero negro que me hace un culo divino y un lencero de raso y encaje gris. Hoy toca ir sin sujetador. «Para eso tengo unas tetas perfectas», me digo. Terminamos con unas botas de *cowboy*, a las que tengo mucho cariño y que me encantan, y mi chaqueta de cuero negro. Me pongo unos pendientes sencillos y el anillo que tengo a juego.

Lo dicho: voy espectacular.

Cuando llaman al portero, me acerco y pregunto:

—¿Sí?

—¿Bajas?

—Sí, ahora bajo.

—Ok —me dice.

Salgo de casa, llamo al ascensor y, cuando llega, antes de meterme, me miro de arriba abajo. Abro la puerta del portal. Él está apoyado en el coche, justo enfrente de la puerta. Me fijo en su cara, en su reacción al verme, y me encanta haber descubierto que le he dejado con la boca abierta. No más que él a mí, claro, porque ¡cómo viene el señorito! Mejor dicho: ¡cómo está el señorito! Trae una cazadora de cuero negro también, unos vaqueros y unos botos. Vamos, que solo nos falta la moto. Me acerco a él y le doy dos besos. Antes de que me separe me abraza. Nos abrazamos.

—¿Vamos? —me pregunta.

—Sí.

Echamos a andar. Le agarro del brazo; me apetece esa cercanía. En el camino hablamos de mi viaje. Me pregunta por Carlos y cómo he vivido esos días por allí. Le digo que todo ha ido muy bien, que me ha venido genial.

—He pensado mucho y he reflexionado mucho también sobre todo lo que ha pasado entre nosotros, y sobre mi conducta y mi manera de actuar.

—Bueno, cuando cenemos lo hablamos —me dice.

—Sí, mejor —le digo.

Llegamos al restaurante. Nos encanta este sitio, hay una comida exquisita, aparte de una decoración espectacular. Nos llevan a nuestra mesa y, una vez sentados, pedimos la bebida. Cuando nos traen la bebida le decimos lo que queremos cenar: un variado de sushi, *yakimesi* negro y *kushiyaki* de pollo.

Empezamos a cenar y hablamos de temas más triviales. La cena está exquisita; nos está encantando. Cuando terminamos, en vez de postre nos pedimos un café. Y ahí empieza todo. Javi empieza a preguntar.

Ya lo sabía yo; el momento ha llegado.

—Sole, ¿qué tienes que decirme?

Le veo serio. Me estoy empezando a poner nerviosa. Yo creía que él me estaba esperando, pero ¿y si no es así? Ay, madre.

Le miro y le digo:

—Javi, sé que lo he hecho mal.

Le estoy mirando, pero él no se inmuta; no sé por dónde cogerle. Me callo; no sé si voy a poder seguir. Quizá no es buen plan hablar en el restaurante. Entonces le pregunto:

—¿Quieres que hablemos mejor en mi casa?

—No —me dice—. ¿Por qué no aquí?

—Creo que vamos a estar mejor en un sitio privado.

—Vamos a la mía, entonces —me dice.

Madre mía, esto se me está yendo de las manos. Lo presiento. Habrá alguna tía de por medio. Ya lo decía yo, que esto no podía durar. Yo misma me regaño porque estoy sacando conclusiones siquiera sin haber hablado con él. No lo hagas, Sole. Y si cuando hables él te dice que no puede ser, pues te jodes. Sin más.

—Vale —le digo.

Pedimos la cuenta. Él a; yo me ofrezco, pero me dice que hoy a él. Cuando salimos del restaurante nos dirigimos a su casa. Hablamos de trivialidades, pero estamos tensos los dos. Yo, aparte de tensa, voy *cagá*. Todo lo que imaginaba se me está escapando.

Cuando llegamos a su casa prepara algo de beber y se sienta enfrente de mí. No en el mismo sillón ni al lado. Enfrente.

—Sigamos —dice.

Me mira fijamente con esos ojos negros que tiene, que de por sí ya imponen... Ahora mismo me hacen flojear, pero no en el sentido bueno, sino en el malo. Como diría Rambo, *no siento las piernas*. «Sí, tú encima cachondéate de la situación», pienso.

—Bueno, Javi, no sé qué piensas tú de todo esto.

—Lo que pienso ahora mismo no importa. Lo que estoy esperando es que tú hables por primera vez de todo lo que ha pasado y por qué ha pasado. Creo que me merezco una explicación y, cuando yo crea que está todo explicado y aclarado, ya hablaremos de lo que pienso yo.

«¡Toma ya!», me digo. ¿Quieres otra?

Es normal. Tiene toda la razón del mundo.

—Bien, tienes razón. Te explico.

Después de explicarle todo lo que yo he sentido por él desde el principio, lo que me costó tomar la decisión de dejarle...

—Aunque me dolía ver que nos estábamos usando el uno al otro, aun así me costó decirte adiós. Cuando volvimos, cuando yo me quedé embarazada, tenerte a mi lado fue para mí lo más bonito del mundo. Pero cuando el bebé ya no estaba, mis dudas por si estabas conmigo solo por el compromiso del bebé me volvieron a asaltar y pudieron conmigo. No había ni un día que no pensara en que tú decidirías que ya no hacía falta que estuvieras conmigo; ya no existía eso por lo que nos unimos. Y mi pena por la pérdida del bebé terminó por ahogarme. Solo quería estar sola, llorar y no tener que dar explicaciones a nadie de por qué volvía a llorar. Y entre una cosa y otra pues llegué a la conclusión de terminar contigo. Tú serías libre otra vez.

—Y ¿quién te dijo a ti que yo quería ser libre?

—Nadie —le digo—. Fue mi conclusión.

—Sole, lo que has hecho conmigo es cruel. Yo también he perdido a mi bebé. No solo era tuyo. También era mío.

—Lo sé —le digo.

—Lo sabes..., pero me echaste de tu lado.

—Ya.

—¿Sabes los meses que he pasado? No te lo imaginas.

—Bueno, es que yo...

—¿Es que tú qué? —me corta—. Todo tú, Sole. Yo no cuento una mierda.

—No es eso, Javi.

—¿No es eso? —me pregunta.

—No.

—Y ¿qué piensas hacer ahora? —me pregunta.

—Pues pienso que te quiero a mi lado. Si tú estás dispuesto, claro.

Me mira, agacha la cabeza... y eso me está martirizando. ¿Por qué hace eso? ¿Qué tiene que decirme? ¿Para qué me está dejando hablar de todo esto si no quiere nada conmigo? Ay, madre; me estoy volviendo loca. Levanta la cabeza y me dice:

—Yo estoy dispuesto, Sole. Siempre lo he estado.

No sabía que estaba conteniendo el aliento hasta que, al oírle decir eso, lo he soltado de golpe. Estira los brazos, me coge las manos y me las aprieta.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —me pregunta.

—Yo creo que es mejor que vayamos poco a poco y que hagamos las cosas bien. Cada uno tiene su casa. Podemos quedar cuando queramos. Pero vamos a ir despacio. Si a ti te parece bien

—le digo.

—Sí, es mejor.

—Vamos a ser los novios que antes, por las circunstancias que había, no fuimos. Vamos a tener una relación bonita y ya iremos viendo, según pase el tiempo.

—Me parece bien —dice—. ¿Y esta noche vamos a ponerle un broche de oro a la velada o lo tenemos que dejar para dentro de unos meses?

Nos echamos a reír.

—Creo que le podemos poner el broche de oro. Más que nada por si se nos ha olvidado cómo se pone ese broche —le digo.

—Contigo no se me puede olvidar; eres maravillosa. Y ahora tengo que decirte que, cuando te he visto salir del portal, me he quedado sin palabras. Estás guapísima.

—Muchas gracias —le digo—. Tú también.

Tira de mi brazo para que me siente encima de él. Nos miramos fijamente a los ojos. Vemos el uno en el otro el deseo que tenemos en los ojos. Me abrazo a él. Necesito tenerle cerca; le he echado tanto de menos... Me incorporo y le beso, despacio al principio. Él se deja hacer mientras bajo mis labios hacia su cuello, le lamo. Me gusta su sabor, su olor me cautiva y me incita a seguir. Le empiezo a desabrochar la camisa mientras mis ojos le miran profundamente, le doy besos por el pecho, por sus pezones, que se ponen duros, como están los míos ahora mismo. Le paso la lengua por uno y por otro, y voy bajando con mis labios. Le desabrocho el pantalón y le saco el pene, que tiene duro. Me inclino hacia él y me lo introduzco en la boca. Succiono, muevo mi cabeza de arriba abajo. Mi lengua se empieza a mover por su glande, haciendo círculos, excitándole. Me gusta oír sus gemidos. Cierro mi boca y le aprieto el pene, subo y bajo mi cabeza.

Gime y me dice que pare, que si sigo no va a poder aguantar, pero yo quiero ir hasta el final. No le hago caso y sigo subiendo y bajando, apretando su pene y moviendo mi lengua hasta que explota y su semen me inunda la boca. Me coge en volandas y me lleva a la cama.

—Ahora vas a disfrutar tú —me dice.

—Ya disfruté.

—Habrás disfrutado dándome placer a mí, pero ahora te lo voy a dar a ti. Relájate y disfruta —me dice.

Me desnuda, pero me deja el tanga; le gusta mucho jugar con el tanga puesto. Y empieza el disfrute. Los pechos..., cómo me pone que me chupe los pechos. Los pezones se me ponen duros, y empieza su deleite con mi cuerpo. Hace que me retuerza de gusto, le pido que me haga el amor y él se resiste a hacérmelo; quiere que termine con su lengua. Y así hace. Me retira la tira del tanga y empieza a chuparme el clítoris, a meterme a la vez un dedo, dos..., y me retuerzo de placer. Quiero más, mucho más; necesito tenerle dentro de mí, que su pene me llene hasta el último rincón de mi vagina. Le intento apartar a un lado, pero él se resiste. Sigue lamiéndome, moviendo sus dedos dentro y fuera, una y otra vez, y yo gimiendo hasta que él se retira y me monta. Me deja llevar las riendas y que yo ponga el ritmo. Su pene erecto, mirando hacia mi vagina, y mi vagina, deseando tenerle dentro. Me inclino y me lo introduzco. Aprieto contra su cuerpo, quiero que esté dentro del todo, y me restriego. Quiero sentirle a tope.

Mientras me muevo, él me toca el clítoris; estoy tan excitada que no puedo dejar de moverme. Necesito ese placer, llegar al éxtasis, que me haga gritar, que me llene. Y así pasa. Cuando llego al clímax grito de placer, como si estuviera poseída. Me dejo caer en su pecho y me abraza, me besa el cuello y me dice que me quiere.

—Yo también te quiero, Javi.

Y seguimos así un rato. Hasta que nos vamos a la ducha a quitarnos el sudor y a frotarnos de nuevo. Nos corremos los dos a la vez. Esto es vida, y esta vida es la que he echado tanto de menos: estar con mi pareja, dándonos el uno al otro el placer y el amor que necesitamos.

Cuando salimos de la ducha nos acostamos. Hoy me quedo a dormir aquí; lo necesito. Y Javi también me lo pide. Nos abrazamos y nos quedamos dormidos.

Felices sueños.

21

Cuando me despierto Javi no está. Me levanto y voy hacia la cocina. Tampoco. Pero me ha dejado una nota.

Sole, tengo una reunión a primera hora. Cuando termine te llamo. Te quiero.

Sonríó y pienso: «Yo también te quiero». Guardo la nota; me gusta guardar esos detalles. Me preparo el desayuno, termino y me visto. Cuando salgo de su casa, cojo el metro y me voy a donde mi madre. Quiero contárselo para que esté más tranquila. Llego al barrio, ese barrio en el que tantos buenos momentos hemos pasado. Me acerco a la panadería para saludar a Pepi; siempre me gusta verla. Se alegra siempre de verme y sale del mostrador para darme un beso.

—¿Qué tal, hija? ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien. ¿Y tú? ¿Qué tal andas?

—Bien, no me quejo. Con achaques, pero ya sabes: la edad no perdona.

—Te veo muy bien, Pepi.

—No estoy mal, ¿verdad? —Y se ríe—. Yo a ti sí que te veo guapísima.

—Muchas gracias. Y Alberto, ¿cómo va?

—Bien, con dos niños que tiene y viviendo un poco lejos no le veo todo lo que quisiera, pero le va bien.

—Me alegro.

—¿Qué vienes, a ver a los papis?

—Sí. Les voy a dar una sorpresa, porque no me esperan.

—Les gustará.

Viene gente a comprar, así que me despido de ella.

—Hasta otro día, Pepi.

—Adiós, cariño. Ven a verme otro día.

—Sí —le digo.

Salgo de la panadería y voy hacia el portal. Cuando llamo al portero se abre la puerta y es mi padre.

—¿Sí? —dice mi madre por el telefonillo.

—Soy yo, mamá.

—Tu padre está bajando.

—Sí, ya está aquí.

Me giro hacia mi padre y le abrazo.

—¿Cómo estás, cariño? —me pregunta.

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, voy a comprar unas cosas que le hacen falta a tu madre. ¿Vas a estar mucho rato?

—Sí. Tranquilo, que te espero.

—Bien. Entonces nos vemos en un rato.

Y se va. Me giro para meterme en el portal. Subo andando; total, es un segundo. Mi madre ha dejado la puerta abierta. Entro y saludo en voz alta:

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, hija. Qué sorpresa verte.

—Sí. He estado durmiendo en casa de Javi, y al salir he dicho:

«Me voy a verles y les cuento»

La cara de sorpresa que pone mi madre me hace gracia, pero no digo nada.

—¿Has hablado con Javi, entonces?

—Sí, mamá. Está todo hablado, y todo arreglado.

Me abraza.

—¿Cómo me alegro, hija! Verás qué bien vais a estar.

—Vamos a empezar como teníamos que haber empezado: saliendo, y luego ya hablaremos de más, si hay algo de lo que hablar.

—Muy bien, me parece estupendo. ¿Quieres un café? —me pregunta.

—Sí, me apetece.

Se pone a hacer el café. Cuando ya esta todo preparado, se sienta y me dice:

—¿Algo más que contarme?

—Hombre, te podría contar por qué me he quedado a dormir, pero eso lo voy a omitir. Creo que es lo mejor.

—Sí, eso omítelo.

Seguimos de cháchara cuando llega mi padre.

—¿Sigue aquí Sole? —pregunta desde el pasillo.

—Sí, aquí sigue.

Se asoma al comedor. Estamos las dos sentadas en el sillón, donde mi madre me está enseñando unas fotos de los nietos que le ha mandado mi tía. Mi padre se sienta al otro lado mío y me coge la mano.

—¿Qué tal, cariño?

—Muy bien, papá. Lo he pasado genial, vengo con mucha fuerza y las ideas muy claras.

—¿Y respecto a Javi? —me pregunta.

—Pues respecto a Javi, ayer quedamos y nos fuimos a cenar. Y luego ya estuvimos hablando de nosotros y lo hemos solucionado. Empezamos una relación.

—Cómo me alegro, hija. Lo único que queremos tu madre y yo es que estés bien.

—Lo sé, papá.

Estoy un rato más con ellos y les digo que me voy, que tengo cosas que hacer. Me acompañan hasta la puerta y me despido de ellos. Son un encanto los dos.

Les adoro.



Cuando llego a casa me llama Javi.

—Buenos días.

—Buenos días —le contesto.

—¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, muy relajadita. ¿Y tú?

—Como hacía mucho que no lo hacía. ¿Quieres que nos veamos esta tarde?

—¿Te apetece que quedemos con las chicas? Es que las iba a llamar.

—Pues queda tú con ellas y cuando terminéis te pasas por casa. ¿Te parece?

—Perfecto —le digo.

—Sole.

—Dime.

—Estoy feliz.
—Yo también, Javi.
—Nos vemos esta noche, tengo que dejarte. Chao.
—Bien, hasta luego.

Cuando cuelgo les mando un mensaje a Las Maris.

«Chicas, ¿quedamos a las seis en el Akelarre? Tengo cosas que contaros».

Todas contestan: «Síiiiií». «Gracias, chicas. Luego nos vemos». Una vez he hablado con todo el mundo, me dedico a sacar todas las facturas y papeles que guardo y que nunca tiro. Nóminas antiguas... Joder, si tengo un cajón lleno de trastos. Me cojo una bolsa de basura y voy rompiendo y tirando. Cuando he dejado el aparador como quería, me preparo la comida.

Es triste estar sola.



Tres meses después.

Vuelvo al trabajo. Ya tenía muchas ganas de venir, porque la vida que he estado llevando estos últimos meses me desquiciaba. Acostumbrada a trabajar siempre, después de todo lo que he pasado, ya se me caía la casa encima. Cuando mis compañeros me ven entrar, se levantan corriendo para darme besos. He tenido contacto con muchos de ellos durante este tiempo, pero solo los más cercanos saben todo lo que me ha pasado. Me han mimado mucho también; son un encanto. Cuando viene mi jefe me manda a la oficina.

—Buenos días, Sole. —Y me da dos besos.

—Buenos días.

—¿Qué tal estás?

—Bien, gracias.

—Me alegro. ¿Vienes con fuerza?

—Con mucha fuerza.

—Eso está bien. Quiero que sepas que te hemos echado mucho de menos.

—Y yo a vosotros, de verdad. Sobre todo, estos últimos meses.

—Eso está bien. Ahora a por todas.

—Sí. Espero que no se me haya olvidado. —Me río.

—Yo también lo espero. —También se ríe.

—Tengo que empezar —le digo.

—Bienvenida —me dice.

—Gracias.

Cuando salimos a desayunar, mi grupo preferido y yo nos vamos adonde siempre, y allí les pongo al día de todo. Tenía ganas de esto ya.

Cuando salgo de trabajar Javi me está esperando. Me monto en el coche y nos vamos a la iglesia. Vamos a ver qué días hay libres para decidir cuál va a ser nuestro gran día.

Mi gran día.

Llegamos. Don Manuel, el cura, nos guía hasta la sacristía. Allí saca un libro y nos dice las fechas que tiene libres.

—En seis meses, como vosotros queréis. Tengo para el día 6 de marzo. ¿Qué os parece? —nos dice.

Javi y yo nos miramos y, tras sonreírnos, le decimos que sí, que ese día será para nosotros.

—¿Qué hora? —le pregunto.

—A la una.

—Perfecto —decimos los dos.

Queremos una boda larga, que disfrutemos del día. Cuando salimos de la sacristía, vamos tan contentos. Parece mentira, con todo lo que hemos pasado. Ha sido un año muy malo para nosotros. Ahora, sin embargo, desde que retomamos la relación hemos ido sin prisa, pero sin pausa. Cada uno en su casa, y nos quedábamos a dormir o a pasar el finde cuando nos parecía bien. Las familias se conocen, y de vez en cuando liamos una barbacoa en el chalet de Javi. Cada vez que nos juntamos lo pasamos genial. Mis amigas están encantadas de verme tan feliz. Y la verdad es que sí que lo estoy.

Ahora hay que darles la noticia del bodorrio; se van a quedar alucinados. Es una cosa que no se esperan, puesto que no lo hemos hablado en público, pero en privado lo hemos comentado varias veces. A los dos nos apetece. Así que tenemos que preparar una buena fiesta para decirles a todos que...

Nos casamos.

Tenemos todo preparado: iglesia, restaurante, invitaciones... Solo falta juntar a todos para darles el notición. Me ha costado mantenerlo en secreto. Las chicas me van a matar cuando se lo diga, pero queríamos hacerlo así. Solo queda juntar a todos los más cercanos en una *fiestuqui* y... ¡Sorpresaaa!

Dos semanas después, ha llegado el día de dar la noticia. Llegan todos, comemos, bebemos y, cuando vamos a sacar el postre, Javi y yo nos ponemos en el porche, damos dos palmas y todos nos miran. Javi es el que toma el mando.

—Familia, amigos, tenemos algo que contaros. —Todos están expectantes, ni se imaginan qué es—. El 6 de marzo del próximo año nos casamos —decimos al unísono.

Las caras son de sorpresa, pero empiezan los vítores, las enhorabuenas, los vivan los novios. Les empezamos a dar las invitaciones, nos abrazan y nos besan. Todos están felices con esta unión. Una vez hablamos con todos, nos juntamos las madres, amigas y hermanas para empezar a hablar del vestido.

—Porque no lo tienes, ¿verdad? —me preguntan.

—No, eso no podía hacerlo sin todas vosotras —les digo.

—Bien, pues ¿cuándo empezamos la búsqueda? —me pregunta Carla.

—En cuanto me digáis —respondo—. A ver qué sábado podéis y nos vamos a verlos donde lo compró Jimena. Es una tienda que tiene de todo, para todos los gustos, ¿verdad?

—Sí —dice Jimena—. Allí todas se compraron los vestidos, incluida yo.

—Pues podríamos ir el sábado que viene y vemos qué hay — dice Iratxe—. Porque yo tengo que estar rompedora, ¿eh?

—Siempre terminas estando rompedora —dice Sofia.

—Todas lo vamos a estar —dice Carla.

A todos les han gustado mucho las invitaciones. Me preguntan por el restaurante.

—Espero que sea de vuestro agrado. Lo vamos a celebrar en el campo de golf.

—Guauuu —dicen las chicas.

Todos se giran hacia donde estamos.

—¿Qué pasa? —pregunta Arturo.

Jimena le contesta que celebraremos la boda en el campo de golf.

—Salimos de la iglesia y nos dejamos de coche de novios: nos vamos todos en autocar, que viene a recogernos a la puerta, y allí tenemos habitaciones para todos. Al día siguiente, quien quiera podrá jugar al golf, o sea, que os podéis llevar el equipo. Después, todos comeremos y, si queremos más fiesta, pues la tendremos.

—Vaya fiestón nos vamos a dar —dice Gonzalo.

—¿Dónde habéis decidido ir de luna de miel? —me preguntan.

—Nos vamos a Las Vegas, Los Ángeles y San Francisco. Ya que monto tantas horas en avión..., tengo que aprovechar.

—Me encanta —dice Sofia.

Todo ha salido bien, estamos contentos y lo hablamos cuando nos quedamos solos. Hoy me quedo con él a dormir y repasamos el día que acabamos de pasar con todos.

Estamos felices.



Empezamos con la búsqueda de los vestidos. Nos hemos reunido en la puerta, allí habíamos quedado. Cuando estamos todas, entramos y hablamos con las dependientas de lo que queremos. Vamos a empezar por el mío. Me empiezan a enseñar modelos. Dejo a un lado los que me gustan, pero cuando me sacan el sexto me quedo muerta. Ese es mi vestido.

Pasamos al probador y me ayudan a ponérmelo. Me dejan unos zapatos y, cuando salgo vestida de novia, la exclamación que sale de la boca de todas es la señal de que he elegido mi vestido de novia.

—No quiero probarme otro, es este —les digo.

La dependienta nos explica:

—Es una maravilla de vestido. Es dulce y sensual, con una espectacular espalda confeccionada a mano en forma de mariposa. Realizado en otomán, color blanco roto.

Me sacan zapatos y velo, y cuando ya hemos decidido que es el que quiero, empezamos con todas las demás. Esto es un desfile de moda. Yo, que ya he terminado con lo mío, estoy disfrutando al verlas a ellas entrando y saliendo. Cuatro horas después, podemos decir que todas estamos vestidas. Cuando salimos nos vamos derechas a tomarnos un buen chocolate con churros. Somos tantas que hemos llenado la churrería. Estamos todas eufóricas.

Cuando llego a casa llamo a Javi.

—¿Quieres que quedemos para cenar?

—¿Ya habéis terminado?

—Sí, acabo de llegar a casa.

—Vale, te busco en media hora.

—Perfecto.

Me retoco un poco y espero a que llegue. Cuando llama al portero me dice que abra. Le abro y sube. Viene cargado con bolsas.

—Traigo la cena, ¿te parece?

—Me parece genial, porque estoy cansada, la verdad.

Mientras cenamos le cuento todo lo que puedo contarle: lo de las madres, las chicas, las hermanas..., menos de lo mío. Eso es secreto.

—Yo iré el próximo sábado, a ver si encuentro lo que tengo en mente —me dice.

—Seguro. Con ese cuerpo no tendrás problemas.

Terminamos de cenar y nos relajamos en el sillón, él sentado y yo tumbada, con la cabeza en sus piernas. Nos ponemos una peli, y cuando termina nos vamos a la cama.

Nos desnudamos y nos damos un festín de sexo. Qué bien nos complementamos en ese campo; estamos hechos el uno para el otro. Nos acoplamos a la perfección. Después de darnos ese placer, nos damos un beso de buenas noches y nos quedamos dormidos.

23

Empezamos a preparar la casa de Javi. Hemos decidido que vamos a vivir allí; ese jardín no puede quedarse desaprovechado, y la casa es más grande que la mía. Vamos a hacer algunos cambios. Nos vamos a tiendas de muebles y elegimos el salón, la habitación de matrimonio... Vamos a reformar la cocina y los baños. Elegimos los muebles. Su despacho se queda igual, y las otras habitaciones también. Me ha encantado elegir todo. Me gustan los cambios, y vestir mi futura casa me está apasionando: estores, cortinas, cojines...

Javi se ha venido a mi casa mientras hacen la reforma. Nos han prometido que todo estará listo antes de nuestra boda. Esperamos que sí, aunque tampoco tendríamos mucho problema, ya que tenemos la mía. Hasta que no nos traslademos al chalet no la vamos a alquilar. Luego buscaremos un inquilino. ¿Para qué tenerla cerrada? Y no quiero venderla. Tengo mucha ilusión puesta en todo lo que estamos haciendo, y tengo muchas ganas de que llegue el día de la boda. Cómo cambia la vida.



A falta de un mes para la boda, el chalet está impecable. Hemos encargado la limpieza a una empresa, y entre tres trabajadores nos han dejado todo como la patena. Empezamos a llevar cosas mías. Cuanto más tenga allí antes de la boda, mejor. Luego ya sería todo más complicado, ya que nos vamos dos días después un mes de luna de miel, y cuando vengamos queremos que esté allí todo lo posible. Nos ha quedado todo precioso; parece salida de una revista de decoración. Una de las cosas en que insistimos los dos fue que fuese muy hogareño; no queríamos muebles de museo. Pero se ve todo tan cómodo y tan bonito... Según pasamos de una estancia a otra, se nos abre la boca, sobre todo a mí. Cuando se lo enseñamos a las chicas, su expresión es como la mía.

—Pedazo de casa habéis dejado —dice Iratxe.

—Muy bonita, sí. Es de revista —dice Sofía, y todas asienten. Salimos al jardín y nos ponemos unas cervecitas con unas patatas.

—Esto va a estar muy bien, Sole —dice Carla.

—Más de un día vamos a cambiar el Akelarre por este maravilloso jardín —dice Jimena.

—A mí me encantará, pero el Akelarre es nuestro sitio de referencia, chicas.

—Sí que lo es, pero aquí vamos a pasar muchos ratos bonitos —dice Carla.

Asentimos todas. Eso esperamos, poder tener muchos momentos bonitos que, cuando seamos viejecitas, podamos recordar con cariño. Cuando vienen Javi, Arturo y Martín, les enseña la casa, y cuando terminan de verla se unen a nosotras con otra ronda de cervecitas. Al final se nos hace tarde y pedimos unas pizzas para cenar. A Martín le encantan y, aunque echa cachitos, se pone morado. Está bien grande; va a ser tan alto y tan guapo como su padre.

Nos tomamos unos cafés y seguimos de cháchara y risas un rato más, hasta que Martín empieza a ponerse ñoño y sus padres deciden que ya es hora de irse. Al final nos vamos todos.

Mañana más.

Ha llegado mi día.

Hoy he dormido en casa de mis padres. Quería salir de allí, y a mi madre sé que le gustaba la idea, así que anoche me vine. Saldré de mi casa de la infancia del brazo de mi padre. Llegan mis amigas. Hemos cogido la rutina de irnos todas a donde está la novia; así se hizo con Carla y con Jimena, y ahora, conmigo. Mis hermanas también están aquí, así que esto es un caos. Controlado, pero un caos.

Cuando ya solo falta que me pongan el vestido, me entran los nervios; espero que todo salga bien. Viene la costurera a ayudarme con él. Cuando ya lo tengo puesto, las exclamaciones de todas me gustan, eso es buena señal, y cuando me miro en el espejo y me veo reflejada en él no me puedo creer que ese bellezón de tía sea yo. El vestido me queda como un guante. Es precioso.

Las chicas también van guapísimas. Jimena ha elegido un vestido largo de color frambuesa, con el cuerpo de pedrería beis y un hombro al aire. Los zapatos son del mismo color que el vestido. Sofía lleva un vestido largo también, de color turquesa. En el hombro lleva como un lazo enrevesado de color oro. Los zapatos son del mismo color que el lazo. Iratxe va despampanante con un vestido con cuerpo de encaje y lo demás de raso fucsia con forma de sirena. Está espectacular. Carla se ha decantado por el verde esmeralda de chifón, con el cuerpo drapeado en forma de corazón, un cinturón de plata vieja y una falda hasta los pies. Precioso.

Estamos todas espectaculares. Cuando salimos de casa, desde los peques hasta los padres, parecemos formar un desfile de preciosidades. Bajamos a la calle y allí están todas las vecinas para vernos. Empiezan los vítores. «¡Viva la novia!», gritan. Jo, me van a hacer llorar. Mi padre y yo nos montamos en el que coche que nos va a llevar a la iglesia, un Mercedes que han adornado genial. Cuando llegamos nos preparamos para entrar. Todos están esperando.

Cuando arrancamos por el pasillo, con la música sonando en esa iglesia tan bonita, los pelos se me ponen de punta. Mi padre y yo caminamos despacio, y cuando llegamos al altar, Javi está esperándome con su madre, que va guapísima también. Se acerca a mí, me mira y me dice:

—Espectacular. Sonríe y le digo:

—Como tú. Estás guapísimo, Javi.

Nos giramos hacia el cura y empieza la boda. «Ahora sí que sí, ya estamos aquí», pienso. Ha llegado el día. Y está siendo tan emotivo, tan bonito. Cuando va a llegar el momento del «sí, quiero», irrumpe en la iglesia un coro rociero. Eso ya me desinfla. Me encanta, pero me hace llorar. Y con el eco de la iglesia se te ponen los pelos de punta.

—Sí, quiero —decimos los dos.

—Y, sin más, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Y la novia se deja besar. «Porque lo está deseando», pienso.

Salimos de la iglesia y, entre arroz y pétalos de rosa, montamos una...

Felicitaciones de todos, besos, abrazos y, de pronto, aparece el autobús que nos va a llevar al campo de golf, donde vamos a deleitarnos con una buena comida. El viaje está siendo genial. Estamos todos eufóricos; hasta cantamos y todo. Y cuando llegamos al campo de golf, nos llevan adonde se va a dar el coctel. Ahí empieza la sesión de fotos, con unos, con otros, solos...

Vamos a las mesas para que empiece la comida. Fotos, risas, abrazos..., y todos encantados y

felices. Cómo no, me han cortado la liga; ahora se están vengando las otras dos que no querían, pero que yo insistí en que sí. Después de cortar la tarta, nos tomamos el postre y el café, y ya, quien quiera copita, para el otro lado, el que está reservado para la música.

Bailamos el vals de rigor y, después, la pista se llena de todos los que tenemos ganas de fiesta. Bailamos, bebemos y disfrutamos todos juntos. Y a las tantas de la madrugada nos retiramos todos a descansar. Estamos cansadísimos. Pero cuando llegamos a la suite nos quitamos la ropa y, cuando estoy con el ligero y el cor-piño, Javi se vuelve loco y se tira a por mí. Con risas nos tiramos en la cama y empieza nuestro ritual. Tenemos un buen colofón en nuestra noche de bodas.

Y a dormir.

Al día siguiente nos juntamos todos en el desayuno. Tenemos unas caritas que hacen gracia, pero seguimos con la marcha en el cuerpo. Queremos exprimir todo hasta la última gota. Una vez que hemos desayunado, algunos se van a jugar al golf, y las mujeres nos reunimos en una terracita con vistas a los campos impresionante. Cuánta paz se siente. Hablamos de la boda, de cómo salió de bien. La gente salió encantada, y yo me alegro tanto de escucharlo... Mi madre más que yo; ya sabemos cómo son las madres: que nadie pueda decir nada malo, tiene que ser todo perfecto.

Y así ha salido.

Estamos orgullosos.

Acabamos de embarcar en el avión. Nerviosa no, lo siguiente. Muchas horas en este trasto, aunque lo único bueno es que ahora voy acompañada, ya que últimamente iba sola. Lo bueno es que seguimos cansados; espero dormirme varias horas, así se me hace más corto. Nos ponemos a hablar de todo lo referente a la boda. Y la verdad es que tenemos un recuerdo tan bonito de ese día y del siguiente... Todos han estado de acuerdo en que ha sido muy glamurosa y muy bonita.

Despegamos. Vamos primero a Las Vegas; allí vamos a estar cinco días. Luego iremos a Los Ángeles y, por último, a San Francisco. Javi va como un niño con zapatos nuevos. Si por él hubiera sido, nos habríamos casado vestidos de Elvis y de Marilyn, aunque no descarta hacerlo aún. Lo que me faltaba ya.

Cuando pasa la azafata con el carrito de la bebida me pido un café y unas galletas. Los nervios me dan por ahí. Javi no quiere nada; está esperando a que yo me duerma para dormirse él, pero se lo estoy poniendo difícil. Me ha dado por hablar. También me he llevado el libro que me estoy leyendo. Me encanta leer, con lo cual, si estuviera más tranquila, le diría que se durmiera y yo leería, pero como no lo estoy pues aquí está, aguantando.

Muchas horas después nos bajamos del avión. Allí nos espera un chófer para llevarnos al hotel. Cuando empezamos a ver todas esas luces que iluminan la ciudad nos emocionamos; parecemos dos niños pegados al cristal. Me encanta. El hotel es uno de los mejores de Las Vegas, superlujoso, con el casino dentro. Bueno, más bien es un casino-hotel. Cuando entramos en recepción se ve el lujo que desprende. Nos asignan la habitación 210 y subimos. La *suite* es enorme. Corro y me tiro en la cama. Me encanta, es enorme.

—Aquí nos perdemos, Javi.

—No te preocupes, que yo te encontraré —me dice.

—Ya dejaré yo que me encuentres.

Y nos reímos. Se tumba a mi lado, me abraza y nos quedamos los dos dormidos. Estamos rotos.



Cuando volvemos de nuestra luna de miel quedamos con la familia y las chicas en casa. Tenemos barbacoa. Hay que contar todo lo que hemos visto y vivido por esas tierras en las que hemos estado. Preparamos todo y esperamos a que vengan. Tenemos ganas de verlos.

Una vez estamos todos reunidos, comiendo y bebiendo, hablando de nuestro viaje, preguntándonos, y todos vemos nuestra cara de felicidad.

Somos felices.



Dos meses después, Javi y yo estamos esperando el resultado del *predictor*. Yo sé que estoy embarazada, lo noto, pero no quiero decir nada hasta que no vea el resultado. Entramos en el baño a por ello y Javi lo coge, lo mira y dice, todo eufórico:

—Síííí, ¡estás embarazada!

«Ya lo sabía yo», pienso. Me coge en vilo y me da vueltas. Estamos emocionados, pero asustados.



Vamos al médico. Todo está bien. Es la misma doctora que me atendió con mi anterior embarazo, así que no hay que contar nada. Lo van a catalogar como embarazo de alto riesgo, con lo cual, aparte de las revisiones que tendré con ella, me van a llevar también el embarazo en el hospital. Los dos nos quedamos más tranquilos.

Cuando salimos del médico decidimos que, en vez de llamar a la familia, quedaremos el sábado a comer todos juntos.

—Invitan los padres del bebé —dice Javi.

—Pues ya nos ponemos a organizarlo todo, Javi, porque somos muchos y quedan dos días.

—Hago unas llamadas y, con lo que me digan, te pones tú en contacto con la mitad. A la otra mitad les llamo yo. ¿Te parece?

—Me parece perfecto.

Nos dirigimos al coche cuando Javi recibe una llamada de la empresa. Su cara es de preocupación; algo ha pasado. Espero a su lado. Cuando cuelga me dice que se tiene que ir a Escocia.

—Hemos tenido un problema bastante gordo en la plataforma petrolífera que está en el norte y tengo que desplazarme.

—¿Tienes que ir tú? —le pregunto. No sé por qué, pero me ha entrado miedo.

—Sí, tengo que ir yo. Pero no te preocupes por nada, serán como mucho tres días.

—Vale —le digo, nada convencida.

—Además, tienes que comprar los muebles de la habitación del bebé. Hay que arreglarla. Tendrás que llamar a un decorador para que vengan a pintar y decorarla.

—Sí, es verdad. Tengo mucho que hacer.

Nos vamos a casa. Javi prepara una maleta en un *plis plas* y se va. El avión sale en tres horas. Me da un beso y me promete que en nada estará de vuelta.



Gracias a Dios, Javi ya está en casa, y yo ya he elegido la habitación. Ahora solo queda que vengan a pintarla y a amueblarla. Pero no sé por qué tengo una sensación... Hasta que no me hagan la ecografía no lo sabremos, pero creo que vienen dos.

Dos bebés.

Epílogo

Un año después.

Estamos atacados. En dos horas tenemos el bautizo de las peques. Sí, las peques. Si ya lo sabía yo que venían dos...

Erika y Marta. Dos preciosidades. A mí se me cae la baba, pero a su padre hay que ponerle babero.

Llegan a casa todos los invitados. Me alegro, porque necesito ayuda. Javi y yo aún tenemos que vestirnos, y a las niñas hay que ponerles el faldón. Erika lleva el mío, y Marta, el de Javi. Parece mentira que hayan pasado tantos años; están impecables. Y cuando mi madre me lo enseñó pregunté a la madre de Javi. Cuando me dijo que lo tenía guardado, lo decidí: tenían que ir con los faldones de sus padres. Y, ahora que ya las han vestido, solo puedo decir que están preciosas. Erika es rubia con ojos azules, y Marta es morena con ojos verdes.

Nos vamos todos a la iglesia, y cuando el cura les echa el agua por la cabecita lloran. Pobres mías, se han portado genial. Cuando termina el bautizo nos vamos al restaurante donde ya nos conocen, porque siempre se lo llenamos. Somos tantos... Pasamos un buen día en compañía de nuestras familias y amigos. Y, después de tanta angustia por el embarazo, ha merecido tanto la pena que volvería a pasar por lo mismo con tal de tener a mis niñas conmigo.

La vida nos ha cambiado por completo. No somos dos ni tres; somos cuatro de golpe. Pero somos tan felices con nuestra nueva familia que solo os puedo decir una cosa:

Sed felices.

AGRADECIMIENTOS

Primero quiero agradecer a tod@s mis lectores, esto sigue gracias a vosotr@s y espero que por mucho tiempo pueda incluiros a tod@s en los agradecimientos.

A Laura Duque Jaenes que gracias a ella este libro digital existe, por su ayuda, paciencia y su encanto.

A mis hermanas, Mary y Rosana que son mis lectoras cero oficiales, a Queti que también será oficialmente lectora cero a partir de ya y a los no oficiales como Pedro, Lorena que lo leen y me dan su opinion.

A todos mis contactos de Facebbok, Instagram y Twitter que gracias ellos, mis post recorren muchos kilómetros y entran en muchas casas.

Al grupo del Encuentro del Baúl que gracias a él os conocí en persona y día a día nos acompañamos en las redes.

A mis compis de los Cafés Literarios en Parla, gracias por acogerme, se os quiere un montón.

A Javi (mi marido) que aunque va dedicado a él como es un pelusilla también quiere salir aquí.

Gracias a tod@s por estar ahí y que este sueño siga cumpliéndose. Os quiero.

OTROS TRABAJOS DE LA AUTORA

JIMENA

Con motivo de la boda de una de sus mejores amigas, Carla, Jimena conoce a un joven apuesto empresario el día de la boda. Debido a un desafortunado accidente Jimena no puede prestarle la atención que él se merece y ella querría darle ya que se debe a la obligación de cuidar de su amiga, Iratxe, que ha sido la peor parada del mismo.

¿Conseguirá Jimena conocer al hombre que con tan solo una mirada le ha impactado tanto?

Facebook: Luisa Jiménez Carnero / Luisa J. C Escritora

Twitter: @jimenezcarnero Luisa Jiménez Carnero

Instagram: @luisajimenezcarnero

La autora agradece que dejes una reseña en Amazon o en cualquier red social, para los autores es un gran apoyo vuestro comentario.

QUESTION

ANSWER



QUESTION